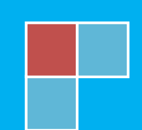
2006

Siete relatos góticos: Del papel a la pantalla

Traducidos y editados por
Sara Martín Alegre

"La leyenda de Sleepy Hollow" (1819), Washington Irving (1783-1859)
"Un incidente en el puente del arroyo del Búho" (1891), Ambrose Bierce (1842-1914?)
"La historia de Hoichi el Desorejado" (1904), Lafcadio Hearn (1850-1904)
"El arte de echar las runas" (1911), M.R. James (1862-1936)
"Espuelas" (1923), Clarence Aaron 'Tod' Robbins (1888-1949)
"La presa más peligrosa" (1924), Richard Connell (1893-1949)
"El Diablo y Daniel Webster (1937)", Stephen Vincent Benet (1898-1943)



Siete relatos góticos: Del papel a la pantalla

Traducidos y editados por Sara Martín Alegre

Contenidos

Introducción: El relato, leído y visto

Para Gonzalo, por todas las películas compartidas

Cuando hablamos de adaptaciones cinematográficas, la mayoría de nosotros tenemos la novela en mente. Aunque es bien cierto que este género literario es la fuente de la gran mayoría de adaptaciones para el cine no es menos cierto que este popular medio narrativo se nutre también de textos provenientes de otros géneros tales como el teatro, los cómics, los juegos para ordenador, las mismas películas y series y, por supuesto, el relato.

Relatos y películas tienen en común bastante más de lo que podría pensarse a primera vista. Ambos modos de narrar historias están diseñados para ser consumidos por el lector o el espectador sin interrupciones y en un tiempo limitado, que varía de un medio a otro pero que en muy raras excepciones sobrepasa las tres horas. La necesidad de adaptarse a la capacidad máxima de un lector o espectador para seguir una narración con atención hace que la economía de estilo y narrativa sea una prioridad absoluta tanto para el escritor de cuentos como para el director de películas: todos los elementos empleados en uno y otro medio deben subordinarse a la imperiosa obligación de no permitir que el lector o el espectador se distraiga. Tanto en uno como en otro caso, el relato y la película buscan un equilibrio entre la trama desnuda, que es la que debe atrapar al consumidor del texto, y la ornamentación estilística que la hace aún más atractiva pero que nunca debe interferir ni sobreponerse a ella.

La novela, por otra parte, puede serpentear como un río repleto de meandros sin preocuparse demasiado de la forma que tomará su desembocadura siempre que le ofrezca al lector, obligado a dosificar la larga lectura, una satisfacción constante. Pocos lectores recuerdan el final concreto de las novelas que leen pero sí pueden decir si su lectura es placentera o no, mientras que en el caso de relatos y películas, puesto que el esfuerzo de seguirlas no admite pausas –pese a la insistencia de la televisión en trocear los largometrajes con publicidad- el final cobra una mayor importancia, acumulando toda la satisfacción que la novela dosifica. Nadie dice de un relato o una película que es atractivo pese a conducir a un final inadecuado: todo lo contrario, el éxito del final puede redondear y limar las asperezas de un texto con defectos y debe, en cualquier caso, satisfacer las expectativas del paciente lector o espectador que ha empleado su tiempo en seguir lo narrado con los cinco sentidos.

Además de la concentración narrativa y de la economía estilística, relato y película coinciden en que el rastro que suelen dejar en la memoria es visual, es decir, se concreta en una imagen más que en un hecho o un personaje, ya que su breve extensión no permiten una familiarización excesiva con lo narrado y con quienes lo viven (a no ser, claro está que se repita la lectura o el visionado varias veces). Es por ello que las adaptaciones del relato al cine suelen centrarse en visualizar para la pantalla la imagen mental sugerida por el texto sobre el papel, mientras que las adaptaciones de la novela tienden a centrarse sobre todo en los personajes, de cuya compañía más que de la trama depende el que el lector admire o no una determinada novela.

Lo curioso del caso es que pese a estas coincidencias entre el relato y la película, el cine tiene una clara preferencia por la novela. Acostumbrados a comprimir el material narrativo que éstas ofrecen, los guionistas cinematográficos parecen sentirse un tanto perplejos ante la limitada extensión del relato y tienden a rellenarlo de elementos superfluos al adaptarlo. En los casos en que el relato es tan breve que no ofrece material suficiente más que

para un cortometraje se entiende que el relleno sea necesario, aunque habría que preguntarse por qué el largometraje de entre 90 y 180 minutos reina en las salas de cine sin dejar apenas lugar para el medio y el cortometraje, mientras que en la literatura hay sitio tanto para la novela como para el relato, incluso para el cada vez más popular microrrelato. Soberbias adaptaciones como la que Roberto Enrico hizo de "Un incidente en el arroyo del Búho" de Ambrose Bierce demuestran que tal vez sería necesario reivindicar la conexión entre la ficción breve y el cine breve limitando el culto a la novela y al largometraje. La brevedad del relato, por otra parte, hace que en muchos casos lo ideal sea su adaptación no al cine sino al formato más limitado del episodio televisivo de 30, 45 o 60 minutos. Es por ello que muchas de las mejores adaptaciones de relatos clásicos se encuentran en series no menos clásicas como *Alfred Hitchcock presenta*, *En los límites de la realidad* o la española *Historias para no dormir*. Lo efímero de la televisión –hoy algo menos gracias al DVD- hace, sin embargo, que se desprecie como medio narrativo en comparación con el cine, que ya lleva décadas sobreviviendo más allá de la gran pantalla en la misma televisión, en VHS y ahora también en DVD.

El propósito del volumen que el lector tiene en sus manos es, simple y llanamente, llamar la atención sobre los vínculos entre relato y cine en un ámbito muy concreto, que es el de la ficción gótica. No me refiero al terror, que es una rama del frondoso árbol gótico, sino a un concepto más amplio o, si se prefiere, a un modo narrativo que abarca todo aquello excluido por el realismo. El territorio del gótico, tal como se presenta aquí, incluye lo terrorífico, lo grotesco, lo fantástico, lo maravilloso... en suma, todo lo que la literatura realista, a menudo confundida con la Literatura con mayúsculas, deja de lado al limitarse a reflejar lo que es posible y encogerse de hombros ante lo que podría ser posible.

Los siete relatos recogidos aquí son muestras bien conocidas, al menos en su país de origen, del gótico americano e inglés aparecidas entre 1818 y 1937. Las películas que los adaptan pertenecen al período entre 1932 y 1999, dándose el caso que el relato más antiguo –"La leyenda de Sleepy Hollow" de Washington Irving- es la fuente original de la adaptación más reciente, *Sleepy Hollow* de Tim Burton. El relato de Stephen Vincent Benet, "El Diablo y Daniel Webster" de 1937 es el que más cercano está a su versión cinematográfica, dirigida por William Dieterle en 1941, dándose el excepcional caso de que el propio autor participó en la escritura del guión. Los otros casos son variados. La versión de Enrico a la que ya me he referido del famoso relato de Ambrose Bierce publicado en 1891 es de 1962. 60 son los años que median entre los cuentos maravillosos de Lafcadio Hearn y la adaptación de Masaki Kobayashi, *Kwaidan* (1964). "El arte de echar las runas" (1911) de M.R. James originó un clásico del terror de los años 50, *La noche del demonio* (1957) de Jacques Tourneur, mientras que "Espuelas" (1923) de Clarence Aaron 'Tod' Robbins y "La presa más peligrosa" (1924) de Richard Connell se transformaron, ambos en 1932, en controvertidas películas: respectivamente, *La parada de los monstruos* dirigida por Tod Browning y *El malvado Zaroff* de Irving Pichel y Ernest B. Schoedshack.

La selección se ha basado en intentar combinar la importancia de los relatos originales dentro de su género con la de las películas dentro del suyo, además de en otros factores tales como dar a conocer adaptaciones poco conocidas en España o intentar refrescar la memoria del lector ya familiarizado con alguna o con todas. La mayoría de lectores habrán visto o al menos oído hablar de la ya mencionada adaptación de Irving realizada por Burton pero seguramente muy pocos sabrán quién era Benet o habrán visto la adaptación de su relato. Todas las traducciones que se ofrecen aquí, sean de textos tan famosos como, por ejemplo, el de Bierce o menos conocidos como el de Connell, han sido hechas especialmente para este volumen, pero lo que lo distingue de otros similares es que van acompañadas de extensas fichas que pretender explicarle al lector de dónde surgen los relatos traducidos y cómo fueron adaptados al cine, ofreciendo una crítica constructiva de los resultados. Lo ideal sería que el

volumen fuera acompañado de los correspondientes DVDs pero al no ser así las traducciones ofrecidas aquí funcionan como invitaciones a recuperar o a ver por primera vez películas que valen la pena no sólo como adaptaciones de singulares relatos góticos sino también como muestras autónomas de buen hacer cinematográfico.

Sara Martín Alegre,
Barcelona, 2006, 2014
Sara.Martin@uab.cat

“La leyenda de Sleepy Hollow” (1819), Washington Irving (1783-1859)

Hallada entre los papeles del difunto Diedrich Knickerbocker.[1]

Era una bella tierra de somnolienta mente,
De sueños que se agitan ante el ojo entreabierto;
Y de alegres castillos en las nubes que pasan,
Coloreando para siempre un cielo de verano.
El castillo de la indolencia[2]

En el seno de unas de esas espaciosas calas que hacen mella en la orilla oriental del Hudson, en el amplio ensanche del río bautizado por los antiguos navegantes holandeses como Tappan Zee,[3] allí donde siempre arriaban las velas por prudencia e imploraban la protección de San Nicolás cuando lo cruzaban, se halla un pequeño enclave comercial o puerto rural, que algunos llaman Greenburgh, pero que se conoce más generalmente por el apropiado nombre de Tarry Town.[4] El nombre le fue dado, nos dicen, en el pasado, por las buenas vecinas del condado adyacente, en vista de la inveterada proclividad de sus maridos a pasar el tiempo sin prisas en la taberna del pueblo en los días de mercado. Cualquiera que sea el caso, no respondo de que este hecho sea cierto, sino que me limito a señalarlo, con la intención de ser más preciso y fidedigno. No muy lejos de este pueblo, quizás a unas dos millas, hay un pequeño valle o mejor dicho franja de tierra entre colinas altas, que es uno de los lugares más tranquilos del mundo entero. Un pequeño arroyo transcurre por allí, murmurando lo justo para incitar el sueño; y el silbido ocasional de una codorniz o el picoteo de un pájaro carpintero son prácticamente los únicos sonidos que alguna vez rompen tan uniforme tranquilidad.

Recuerdo que, cuando era un chiquillo, mi primera hazaña en el campo de la caza de la ardilla ocurrió en una arboleda de altos nogales que da sombra a una ladera del valle. Había llegado hasta allí al mediodía, cuando la naturaleza está singularmente callada, y me sobresaltó el ruido de mi propio arma al romper la calma sabática a mi alrededor, ruido prolongado y multiplicado por furiosos ecos. Si alguna vez deseara un lugar de reposo al que pudiera escaparme dejando atrás el mundo y sus distracciones, para pasar soñando allí el resto de una vida agitada, no se me ocurre lugar más prometedor que ese pequeño valle.

A causa del sosiego abúlico del lugar y del peculiar carácter de sus habitantes, descendientes de los primeros colonos holandeses, se conoce a esta apartada cañada desde hace mucho tiempo por el nombre de SLEEPY HOLLOW[5]; a sus rústicos muchachos los llaman por todo el vecindario los Chicos de la Hondonada Somnolienta. Un influjo soñoliento y soñador parece flotar sobre la tierra y empapar la atmósfera misma. Algunos dicen que el lugar fue embrujado por un doctor alemán del sur, durante los primeros días de la colonia; otros dicen que un jefe indio, profeta o mago de su tribu, solía celebrar sus *powwows* allí antes de que la región fuera descubierta por el Capitán Henrick Hudson. Lo cierto es que el lugar sigue bajo el dominio de algún poder embrujador que mantiene hechizadas las mentes de las buenas gentes, haciéndolos vivir en un constante duermevela. Son dados a todo tipo de

creencia maravillosa; son presa de trances y apariciones y con frecuencia tienen extrañas visiones y oyen música y voces en el aire. El vecindario entero abunda en cuentos locales, lugares encantados y supersticiones crepusculares; las estrellas fugaces yerran y los meteoros brillan en el valle más que en ninguna otra parte del país, y la pesadilla, con todos sus nueve rostros,[6] parece haberlo escogido como escenario favorito de sus travesuras.

El principal espíritu, sin embargo, que hostiga esta región encantada, y que parece ser el comandante en jefe de todos los poderes del aire, es la aparición de una figura a caballo sin cabeza. Algunos dicen que es el fantasma de un soldado germano de Hesse,[7] cuya cabeza habría sido cercenada por una bala de cañón en alguna batalla anónima de la Guerra Revolucionaria, y a quien las gentes de la región a menudo ven cabalgando a toda prisa en la penumbra de la noche, como en alas del viento. Su presencia no se limita al valle sino que en ocasiones se extiende a la vecindad de una iglesia no demasiado lejana. De hecho, algunos de los historiadores más fiables de esos lugares, que han recogido y contrastado los datos dispersos que conciernen al espectro con sumo cuidado, alegan que al haber sido enterrado el cuerpo del soldado en su cementerio, el fantasma cabalga cada noche al escenario de la batalla en busca de su cabeza, y que la extrema velocidad con la que a veces cruza la hondonada, como un vendaval de medianoche, se debe a que va con retraso y tiene prisa para volver al camposanto antes de que amanezca.[8]

Ese es el sentido general de esta superstición legendaria, que ha aportado elementos para muchas historias desmesuradas en esa región de sombras; al fantasma se lo conoce en todas los hogares de la región por el nombre del Jinete Descabezado de Sleepy Hollow.

Hay que señalar que la predisposición visionaria que he mencionado no se limita a los habitantes nativos del valle sino que es absorbida de manera inconsciente por todos los que residen allí durante un tiempo. No importa cuán despiertos pudieran estar antes de entrar en esa región somnolienta, seguro que, en muy poco tiempo, inhalan el influjo embrujador del valle, y empiezan a volverse imaginativos, a soñar, y a ver apariciones.

Menciono este lugar lleno de paz con todas mi alabanzas dado que en estos apartados valles holandeses, que se hallan dispersos en el seno del gran estado de Nueva York, es donde la población, los modales y las costumbres permanecen bien anclados en el pasado mientras el gran torrente de emigración y de progreso, que ocasiona incesantes cambios en otras zonas de este incansable país, pasa ante ellos sin dejar rastro. Son como esos pequeños recodos de aguas mansas que bordean una rauda corriente, donde podemos ver briznas y burbujas flotando ancladas en calma, o meciéndose lentamente en su falso puerto, sin notar la fuerza de la corriente que pasa. Aunque han pasado muchos años desde que pisé las sombras amodorradas de Sleepy Hollow, me pregunto si no encontraría aún los mismos árboles y las mismas familias vegetando en su abrigado seno.

En este lugar retirado de la naturaleza residía, en un remoto período de la historia americana, es decir, hace unos treinta años, un impagable sujeto de nombre Ichabod Crane, quien moraba o, como él decía, “remoloneaba” en Sleepy Hollow con el propósito de instruir a los niños del vecindario. Era un nativo de Connecticut, un estado que surte a la Unión de pioneros de la mente así como del bosque, y que cada año envía a la frontera sus legiones de leñadores y de maestros de escuela. El apellido Crane[9] no era incongruente con su aspecto. Era alto pero exageradamente larguirucho, de hombros estrechos, brazos y piernas largos, manos que sobresalían una milla de las mangas y pies que podían usarse como palas, y toda su figura estaba ensamblada del modo más desastrado posible. Su cabeza era pequeña y plana en la parte superior; tenía enormes orejones, grandes y vidriosos ojos verdes, y una larga nariz de becacina que parecía una veleta colocada sobre su cuello de huso para indicar de qué lado soplaba el viento. Viéndolo caminar por la cresta de una colina en un día de viento, con sus ropas agitándose y revoloteando a su alrededor, uno podría tomarlo por el genio de la hambruna de visita en la tierra, o por algún espantapájaros fugado de un campo de maíz.

Su escuela era un edificio bajo con una sola gran aula, construido muy toscamente con maderos; las ventanas estaban acristaladas en parte y en parte mal cubiertas con hojas de antiguas libretas de ortografía. En las horas en que estaba vacante, la escuela quedaba protegida con gran ingenio mediante una cuerda trenzada sujeta al mango de la puerta y con estacas apoyadas contra las contraventanas, de modo que aunque un ladrón podría entrar sin dificultad alguna, lo pasaría bastante mal intentando salir, idea que el arquitecto, Yost Van Houten, posiblemente tomó prestada del misterio de la nasa para pescar anguilas. La escuela ocupaba un lugar bastante solitario pero agradable, justo al pie de una colina boscosa, cerca de un arroyo y de un abedul formidable que crecía en uno de sus extremos. Desde aquí el murmullo de las voces de sus alumnos, trampeando las lecciones, podía oírse en un amodorrado día de verano como si fuera el zumbido de una colmena, interrumpido de tanto en cuanto por la voz autoritaria del maestro, en tono de amenaza o de orden, o, quizás, por el sonido horrendo de la vara al apresurar a algún holgazán rezagado por el camino de la sabiduría. Para decir la verdad, era un hombre puntilloso y siempre tuvo en cuenta la máxima dorada: ‘la letra con sangre entra’. Los estudiantes de Ichabod Crane ciertamente sabían lo que era sangrar.

No quisiera presentarlo, sin embargo, como uno de esos crueles potentados de la escuela que disfrutan del daño infligido a sus súbditos; al contrario, Crane impartía justicia con discernimiento más que con severidad, quitando la carga de los hombros de los débiles para depositarla sobre los de los fuertes. El chiquillo escuchimizado, que se encogía ante el menor amago de blandir la vara, era ignorado con indulgencia pero se satisfacían las demandas de justicia aplicando una porción doble sobre algún mocoso holandés duro de pelar y vestido con amplios faldones, que se enfurruñaba y se crecía y se volvía obstinado y resentido bajo la vara. A todo esto Crane lo llamaba “cumplir el deber en nombre de los padres”; nunca impartió un castigo sin acompañarlo de la frase, tan alentadora para el dolido mocoso, en el sentido de que “lo recordaría y se lo agradecería hasta el fin de su vida”.

Al acabar las clases, Crane era incluso el acompañante y compañero de juegos de los chicos mayores y en las tardes sin escuela llevaba a sus casas a algunos de los pequeños que, casualmente, tenían hermanas agraciadas o madres que eran buenas amas de casa famosas por la calidad de su despensa. Le convenía sin duda estar a bien con sus alumnos. Los ingresos que generaba su escuela eran escasos y apenas habrían bastado para proveerlo de pan a diario ya que era un gran glotón y, aunque delgaducho, tenía la capacidad de ensancharse de una anaconda, si no fuera porque, según las costumbres rurales de aquellos lugares, los granjeros a cuyos hijos educaba contribuían a su manutención dándole comida y alojamiento en sus casas. Vivía con ellos por turnos de una semana, visitando así todo el vecindario con sus posesiones atadas en un hatillo hecho con un pañuelo de algodón.

Para que todo esto no pesara demasiado sobre las economías de sus patrones rústicos, que tienden a considerar los costes de escolarización una carga insufrible y a los maestros como simples zánganos, Crane usaba varias estratagemas para hacerse tan útil como simpático. Auxiliaba a los granjeros de tanto en tanto en los trabajos más ligeros de sus granjas ayudando a hacer heno, reparar las vallas, abrevar los caballos, recoger las vacas tras pastar y a cortar leña para el fuego invernal. Solía también dejar de lado toda la dignidad dominante y el poder absoluto con el que controlaba su pequeño imperio, la escuela, y se volvía maravillosamente gentil y cordial. Buscaba el favor de las madres mimando a los niños, especialmente a los más pequeños, y como el león bravo que una vez tan magnánimamente abrazó a un cordero, solía sentarse con un niño en cada rodilla y pasarse horas usando su pie para columpiarlos.

Además de sus otras vocaciones, Crane era el maestro de canto del vecindario y había cosechado muchos rutilantes chelines instruyendo a los jóvenes en el arte de salmodiar. Su vanidad se sentía halagada al ocupar los domingos su puesto frente a la galería de la iglesia

con una banda de selectos cantantes dentro de la cual, según lo veía él, se llevaba la palma muy por encima del párroco. Es cierto que su voz resonaba muy por encima de las de la congregación; se oyen aún peculiares notas temblorosas en esa iglesia e incluso a media milla de ella, frente al estanque del molino, en una tranquila mañana de domingo, de las que se dice que son descendientes legítimas de la nariz de Ichabod Crane. Así pues, con diversas pequeñas artimañas, en esa manera ingeniosa que se denomina comúnmente 'a trancas y barrancas', el insigne pedagogo se las apañaba bastante bien y daba la impresión, entre quienes no tenían ni idea de lo duro que es trabajar usando la cabeza, de llevar una vida maravillosamente fácil.

El maestro de escuela es en general un hombre de relativa importancia en el círculo femenino de un vecindario rural al ser considerado una especie de personaje ocioso y caballeroso, de gusto y cualidades muy superiores a las de los toscos mozos del campo y, sin duda, inferior tan sólo al párroco en cuanto a saber. Su presencia, por lo tanto, suele ocasionar alguna pequeña alteración en la mesa de té de la granja y puede hacer que se añada un plato extra de pasteles o de pastelillos rellenos o, quizás, que se exhiba alguna que otra tetera de plata. Nuestro hombre de letras se complacía, por lo tanto, en provocar las sonrisas de las damiselas de la región. Se pavoneaba entre ellas en el cementerio entre los servicios dominicales; les ofrecía uvas de las viñas silvestres que trepaban por los árboles de los alrededores; recitaba para divertirlas los epitafios de todas las tumbas; paseaba con un grupito por el borde del estanque adyacente –mientras, los palurdos lugareños, más tímidos, se quedaban atrás azorados, envidiándole a Crane su superior elegancia y su labia.

A causa de su vida medio itinerante Crane era también una especie de gaceta ambulante encargada de llevar todo el cómputo del cotilleo local de casa en casa, de modo que su presencia siempre se recibía con satisfacción. Él era, además, tenido en gran estima por las mujeres como hombre de gran erudición ya que había leído a fondo varios libros y conocía a la perfección *La historia de la brujería en Nueva Inglaterra* de Cotton Mather[10] materia en la que, por cierto, creía a pies juntillas.

Era, de hecho, una rara mezcla de pequeñas astucias y de credulidad simplona. Su apetito por lo maravilloso y su capacidad de digerirlo eran igualmente extraordinarios y ambos habían aumentado a causa de su residencia en esta región encantada. Ningún cuento era lo bastante burdo o monstruoso para sus amplias tragaderas. A menudo, una vez acabadas sus clases de la tarde, disfrutaba tendiéndose sobre el rico lecho de tréboles a la orilla del arroyo que gimoteaba cerca de la escuela, para memorizar los horripilante cuentos de Mather hasta que el crepúsculo invasor convertía la página ante sus ojos en mera neblina. Entonces, al dirigirse por pantano y río y bosque abominable a la granja donde estuviera alojado, cada sonido de la naturaleza, en esa hora bruja, alteraba su excitada imaginación –el quejido del tapacamino[11] desde la colina, el grito agorero del sapo arbóreo, ese heraldo de la tormenta, el ulular lúgubre de la lechuza, incluso el rumor repentino levantado en los matorrales por unos pájaros en reposo a los que algo había asustado. Las libélulas, también, que centelleaban con la mayor viveza en los lugares más oscuros, lo sobresaltaban de tanto en tanto cuando una de singular brillo se cruzaba en su camino y si, por casualidad, un enorme escarabajo zoquete daba con él en el curso de su patoso vuelo, el pobre truhán se preparaba para entregar su alma, convencido de que había sido tocado por una bruja. Su único recurso en tales ocasiones, sea para acallar sus pensamientos o ahuyentar los malos espíritus, era cantar salmos y las buenas gentes de Sleepy Hollow, sentadas a la puerta de sus casas una tarde cualquiera, se sentían a menudo amedrentadas al oír su nasal melodía, "prolongada con dulzura encadenada"[12], flotando en la distante colina o en el oscurecido camino.

Otras de sus fuentes de temeroso placer era pasar las largas noches de invierno con las matronas holandesas, mientras ellas hilaban junto al fuego, con una hilera de manzanas asándose y chisporroteando en el hogar, para escuchar sus maravillosos relatos sobre

fantasmas y duendes, y campos encantados, y arroyos encantados, y puentes encantados, y casas encantadas, y en particular sobre el jinete descabezado, o Germano Galopante de la Hondonada, como a veces lo llamaban. A cambio las embelesaba con sus anécdotas sobre brujería y sobre los presagios tremebundos, visiones portentosas y sonidos en el aire, que prevalecían en los primeros tiempos de Connecticut, y las aterrorizaba con especulaciones sobre cometas y estrellas fugaces y con el hecho alarmante de que estaba comprobado que el mundo giraba sobre sí mismo, ¡así que la mitad del tiempo estaban cabeza abajo!

Todo el placer que obtenía mientras se acurrucaba en el rincón junto a la chimenea de una sala ruborizada por el fuego de crepitante leña, y donde, por supuesto, a ningún espectro se le ocurriría asomarse, le costaba el alto precio de su consiguiente retorno a casa. ¡Qué figuras y sombras terribles lo asediaban en el camino! ¡Con qué mirada expectante escudriñaba cada tembloroso rayo de luz que se filtraba en los campos baldíos desde alguna lejana ventana! ¡Cuántas veces lo espantaba algún arbusto cubierto de nieve que, cual fantasma oculto por una sábana, se entrometía en su camino! ¡Cuántas veces se encogió con miedo que helaba la sangre por culpa del sonido de sus propios pasos sobre la capa helada bajo sus pies, y cuántas temía mirar atrás por si acaso descubría que alguna zafia criatura le seguía los pasos! ¡Cuántas veces lo desasosegaba algún golpe de viento, aullando entre los árboles, con la idea de que era el Germano Galopante un una de sus batidas nocturnas!

Todo esto, sin embargo, eran meros temores nocturnos, fantasmas de la mente que camina en la oscuridad y, aunque había visto muchos trasgos en su momento y había sido asediado más de una vez por Satán bajo distintas identidades en sus solitarios paseos, la luz del día ponía fin a todos estos males. Crane habría disfrutado de esa vida, a pesar del Diablo y todas sus obras, si no se hubiera cruzado en su camino un ser que causa más perplejidad al hombre mortal que todos los fantasmas, duendes y la casta entera de brujas juntos, y que no era otro que –una mujer.

Entre los discípulos musicales que se reunían, una tarde a la semana, para recibir sus enseñanzas en el campo de la salmodia, estaba Katrina Van Tassel, hija y única descendiente de un próspero granjero holandés. Era una lozana muchacha de unos airosos dieciocho años, rellenita como una perdiz, bien formada, sabrosa y de mejillas rosadas como uno de las melocotones de su padre y con fama universal no sólo por su belleza sino también por sus grandes esperanzas de heredar. Era, además, un tanto coqueta, como podía observarse por su modo de vestir, una mezcla de antiguas y nuevas modas que resaltaba sus encantos. Solía lleva adornos de puro oro amarillo, que su tatarabuela había traído de la región del dique de Saar, el tentador corsé estomacal de antiguos tiempos y, además, una provocadora (por corta) enagua para exhibir así los pies y los tobillos más bonitos de toda la región.

Ichabod Crane tenía un corazón blando y sentía una inclinación insensata por las mujeres así que no hay que maravillarse de que un bocado tan tentador atrajera su mirada, especialmente después de que la visitara en la mansión paternal. El viejo Baltus Van Tassel era el perfecto retrato del granjero boyante, satisfecho y de corazón generoso. Es cierto que sus ojos o sus pensamientos apenas tocaban nada más allá de los límites de su propia granja pero dentro de ellos todo era acogedor y feliz y estaba en perfectas condiciones. Su bastión se hallaba a orillas del Hudson, en uno de esos recodos verdes, resguardados y fértiles en los que tanto les gusta anidar a los granjeros holandeses. Un gran olmo lo guardaba con sus ramas; de su pie brotaba un manantial del agua más pura y dulce, que caía en un pequeño pozo formado con un barril antes de fluir centelleando por la hierba hasta un arroyo cercano que balbuceaba entre alisos y sauces enanos. Cerca de la granja había un gran granero, que podría haber servido de iglesia; sus ventanas y grietas estaban a reventar con los tesoros de la granja, el mayal resonaba atareado día y noche en su interior, golondrinas y martines gorjeaban rasando los aleros; hileras de palomas, algunas con los ojos mirando hacia arriba como si observaran el tiempo, otras con las cabezas bajo las alas o enterradas en sus pechos, y otras hinchándolos

y arrullando o pavoneándose ante sus damas, disfrutaban del sol en el tejado. Los voluminosos y lustrosos cebones gruñían en el reposo y abundancia de sus porqueras, de las que se escapaban, de tanto en cuanto, tropas de lechones como si quisieran esnifar el aire fuera de ellas. Un majestuoso escuadrón de níveos gansos nadaba en un estanque contiguo, controlando flotas enteras de patos; regimientos de pavos embuchaban cuanto podían en el corral, y las pintadas se movían como amas de casa malhumoradas con sus gritos enojados y descontentos. El galante gallo, ese modelo de marido, guerrero y fino caballero, se paseaba ante la puerta del granero, batiendo sus bruñidas alas y cacareando con todo el orgullo y alborozo de su corazón, a veces desgarrando la tierra con sus patas y llamando después generosamente a su siempre hambrienta familia de esposas e hijos para disfrutar de un rico bocado que había descubierto.

La boca del pedagogo se hacía agua al contemplar toda esta suntuosa promesa de lujoso sustento invernal. Con el ojo devorador de su mente se imaginaba a todo cerdo que veía corretear con la barriga bien rellena de *pudding* y una manzana en la boca; a los pichones los veía cómodamente acostados en un acogedor pastel y arropados con una colcha de masa; los gansos nadaban en su propio jugo; y los patos se emparejaban cálidamente en los platos, como matrimonios afectuosos, acompañados de una ración respetable de salsa de cebolla. En los cebones veía ya cortada la futura tersa pieza de tocino y los jugosos, gustosos jamones; no había pavo que no viera aderezado con primor, con su molleja bajo el ala y, por qué no, un collar de sabrosas salchichas; hasta al mismo gallo veía tumbado, como entremés, con sus garras al aire como si anhelara estar allí pero su caballeresco espíritu no se hubiera dignado a pedirlo en vida.

Mientras el extasiado Ichabod imaginaba todo esto, y mientras paseaba su mirada por los rollizos prados, los ricos campos de trigo, centeno, alforfón y maíz, y por los huertos cargados de rubicundos frutos que rodeaban la cálida morada de Van Tassel, su corazón suspiraba por la damisela que heredaría estos dominios y su imaginación se inflamaba con la idea de cómo podrían convertirse en dinero que podría invertirse en inmensas extensiones de tierra salvaje y en palacios hechos con guijarros construidos en ellas.[13] Su bulliciosa imaginación había ya incluso materializado sus esperanzas hasta el punto de presentarle a la lozana Katrina rodeada de una familia entera, con los niños montados en la carreta cargada de cachivaches domésticos, con cazuelas y hervidores colgando de ella; en cuanto a sí mismo se vio a lomos de una tranquila yegua, con un potrillo siguiéndoles los pasos, a punto de partir hacia Kentucky, Tennessee... o ¡Dios sabe dónde!

Al entrar en la casa su corazón se rindió del todo. Era una de esas granjas espaciosas, con un tejado apoyado en una viga alta pero de vertientes suaves, construido en el estilo heredado de los primeros colonos holandeses; los alerones bajos formaban una galería a lo largo de la parte delantera de la casa que se podía cerrar con el mal tiempo. En ella colgaban mayales, arreos, varios utensilios de labranza y redes para pescar en el río vecino. En sus lados se colocaron bancos para ser usados en verano; una gran rueca en un extremo y una mantequera en el otro daban testimonio de los variados usos que se hacían de este esencial porche. El maravillado Ichabod pasó de la galería al vestíbulo, que formaba el centro de la mansión y era la estancia más usada. Aquí lo cegaron hileras de resplandecientes piezas de peltre, colocadas sobre un largo aparador. En un rincón había un inmenso ovillo de lana, listo para ser hilado; en otro, una pieza de tela mezcla de lino y de lana recién tejida; había también mazorcas de maíz y sartas de manzanas y melocotones secos, colgados en alegres festones en las paredes, mezclándose con vulgares pimientos rojos. Una puerta entreabierta le permitió vislumbrar el mejor salón, donde las sillas con patas en forma de garras y las mesas de oscura caoba brillaban como espejos; el morillo, con su pala y pinzas, relucía con su remate imitando a un espárrago; falsas naranjas y conchas decoraban el manto de la chimenea; colgaban del techo hileras de huevos de diversos pájaros y colores; del centro pendía un gran huevo de

avestruz y una esquina del armario, dejada a la vista a propósito, exhibía inmensos tesoros de plata vieja y porcelana bien restaurada.

En el momento en que Ichabod posó su mirada sobre esas deliciosas regiones acabó su paz interior y su única preocupación fue cómo ganarse el cariño de la sin par hija de Van Tassel. En su empeño, sin embargo, se enfrentaba a dificultades más reales que las que generalmente le cabría esperar a un caballero andante de antaño, quien apenas tenía que luchar más que con gigantes, hechiceros, fieros dragones y otros adversarios fáciles de conquistar de la misma calaña y quien tan sólo tenía que cruzar puertas de hierro y bronce y muros insalvables antes de alcanzar la torre del castillo donde la dama de su corazón permanecía prisionera, cosas que conseguía con tanta facilidad como aquel que corta un pastel de Navidad; por supuesto, la dama le concedía siempre su mano. Ichabod, por el contrario, tenía que ganarse el corazón de una rústica coqueta, órgano rodeado de un laberinto de antojos y caprichos que siempre presentaban nuevas dificultades e impedimentos, y tenía, además, que batallar con una horda de temibles adversarios de muy reales carne y hueso; los muchos admiradores campestres que asediaban cada portal del corazón de Katrina mantenían una fiera vigilancia mutua pero estaban siempre dispuestos a unirse en la causa común contra todo nuevo rival.

Entre ellos, el más formidable era un fornido, estruendoso, revoltoso fanfarrón, de nombre Abraham o, según la abreviatura holandesa, Brom Van Brunt, héroe de una comarca en la que resonaban sus proezas de fuerza y resistencia. Brom era ancho de hombros y muy flexible de extremidades, tenía el cabello corto, negro y rizado y una expresión ufana pero no desagradable, con un aire mezcla de socarronería y arrogancia. A causa de su hercúlea constitución y la potencia de sus brazos y piernas había recibido el apoyo de Brom Huesos[14], por el cual se le conocía en todas partes. Era famoso por su gran arte y destreza en la monta, siendo un jinete tan hábil como un tártaro. Siempre ganaba carreras y peleas de gallos y con el privilegio que la fuerza corporal da en la vida del campo, siempre era árbitro de todas las disputas, poniéndose del lado de unos y sentenciando con un aire y un tono que no admitía duda ni apelación. Siempre estaba a punto para pelear o retozar pero tenía más malicia que maldad en su composición y, pese a toda su autoritaria aspereza tenía en el fondo una robusta pizca de burlón buen humor. Tenía tres o cuatro amigotes, que lo consideraban su modelo, a la cabeza de los cuales peinaba la región, visitando toda escena de contienda o fiesta en millas a la redonda. Cuando hacía frío se distinguía por su gorra de piel, rematada con una llamativa cola de zorro; las gentes reunidas en una fiesta local, al ver asomar la conocida cresta a lo lejos, agitándose entre un pelotón de rápidos jinetes, se preparaban ya para recibir el vendaval. A veces se oía a su camarilla pasando a toda prisa a medianoche cerca de las granjas, gritando y alborotando como una tropa de cosacos del Don y las viejas damas, sacadas de su sueño de sopetón, se paraban a escuchar un instante hasta que la algarabía cesaba y exclamaban "¡Ahí va Brom Huesos y su pandilla!" Los vecinos lo trataban con una mezcla de temor, admiración y buena voluntad y, siempre que en el vecindario alguien padecía una jugarreta descabellada o había una tangana, movían las cabezas de lado a lado y aseguraban que Brom Huesos tendría mucho que ver.

Este héroe rumboso ya hacía tiempo que había escogido a la lozana Katrina como objeto de su tosco galanteo y aunque sus jugueteos amorosos eran algo así como las tiernas caricias y los arrumacos de un oso, se rumoreaba que ella no lo desalentaba del todo. Lo cierto es que sus avances eran señales para que los candidatos rivales se batieran en retirada, ya que nadie se sentía inclinado a encolerizar a un león en sus amoríos, de tal modo que, cuando su caballo era visto atado a la cerca de los Van Tassel una noche cualquiera de domingo, señal segura de que su amo estaba cortejando, o, como se decía, 'chispeando' en el interior, todos los otros galanes pasaban de largo desesperados, y se llevaban su guerra a otro cuartel.

Así era el formidable rival al que se enfrentaba Ichabod Crane; tomando en consideración todas estas cosas, está claro que un hombre menos tenaz se habría retirado de la competición y uno más sabio se habría desesperado. Él poseía, sin embargo, una feliz mezcla de elasticidad y de perseverancia en su naturaleza; era en forma y espíritu como uno de esos bastones hechos de madera flexible, cimbreante pero duro y aunque se doblaba, nunca se rompía, y aunque se inclinaba a la menor presión, en el momento en que ésta cedía se erguía de nuevo y llevaba la cabeza tan alta como siempre.

Haber luchado contra su rival abiertamente habría sido pura locura, ya que no era éste un hombre al que se pudiera frustrar en sus amoríos, lo mismo que aquel otro tempestuoso amante, Aquiles.[15] Ichabod, por lo tanto, avanzó de un modo pausado, gentil e insinuante. Usando como tapadera su identidad como maestro de canto visitó la granja con frecuencia sin que tuviera nada que temer de la injerencia entrometida de los padres, cosa que es tan a menudo un obstáculo insalvable en el camino de los amantes. Balt Van Tassel tenía un alma tranquila e indulgente; amaba a su hija incluso más que a su pipa y, como hombre razonable y padre excelente, le dejaba hacer lo que quería. Su notable mujercita tenía ya bastante con atender a sus labores y administrar su corral ya que, como observaba sabiamente, los patos y los gansos son bobos pero las chicas se saben cuidar solas. Así pues, mientras la hacendosa dama andaba ajetreada por la casa, o se ocupaba de la rueca en un extremo de la galería, observando las hazañas de un pequeño guerrero de madera que, armado con una espada en cada mano, luchaba con gran coraje contra el viento en el pináculo del granero, Ichabod proseguía su galanteo con la hija junto al arroyo bajo el gran olmo, o paseando durante el crepúsculo, esa hora tan favorable a la elocuencia del amante.

Admito no saber cómo se asedian y conquistan los corazones de las mujeres. Estos temas siempre me han provocado perplejidad y admiración. Algunas parecen tener tan sólo un punto débil, o puerta de acceso, mientras otras tienen mil avenidas y pueden ser capturadas de mil maneras distintas. Es un gran triunfo de la pericia amorosa ganarse a las primeras pero es aún prueba mayor de que se posee una gran habilidad táctica mantener la posesión de las segundas, ya que en ese caso se ve uno obligado a batallar por defender su fortaleza en cada puerta y ventana. El que gana mil corazones comunes se merece cierta fama pero el que mantiene el dominio incontestable sobre el corazón de una coqueta es sin duda un héroe. Lo cierto es que no era éste el caso del formidable Brom Bones y desde el momento en que Ichabod Crane ganó terreno, los intereses del primero claramente decayeron: ya no se veía a su caballo atado a la cerca las noches de los domingos y una mortal inquina creció gradualmente entre él y el preceptor de Sleepy Hollow.

Brom, cuya personalidad tenía un toque de caballerosidad bruta, habría preferido llevar las cosas a un estado de guerra abierta y haber solucionado así sus aspiraciones a la dama al estilo de aquellos pensadores simples y concisos, los caballeros errantes de antaño, en combate singular. Ichabod, sin embargo, era demasiado consciente del poder superior de su adversario como para entrar en lid contra él, ya que lo había oído fanfarronear que “plegaría al maestro y lo dejaría en un estante de su propia escuela”, y era demasiado cauto como para darle una oportunidad. Había, además, algo extremadamente provocativo en este sistema obstinadamente pacífico, que no le dejaba a Brom otra alternativa que servirse de los fondos de rústica jocosidad a su disposición para gastarle groseras bromas a su rival. Ichabod se convirtió, pues, en el objeto de la caprichosa persecución de Bones y su pandilla de rudos jinetes. Invadían sus hasta entonces pacíficos dominios, llenaban de humo su escuela de canto obstruyendo la chimenea, entraban a la fuerza en su otra escuela por la noche pese a los imponentes ataduras de cuerda trenzada y las estacas de las ventanas y dejaban todo patas arriba de modo que el pobre maestro empezó a pensar que todas las brujas de la región celebraban allí sus reuniones. Lo que era aún más molesto es que Brom aprovechaba todas las oportunidades para dejarlo en ridículo delante de su amada; tenía un chucho tunante al que

había enseñado a gañir del modo más ridículo imaginable y se lo presentó como rival de Ichabod en la enseñanza de la salmodia.

Las cosas siguieron así durante algún tiempo sin introducir ningún cambio perceptible en las situaciones relativas de los poderes en lucha. Una bella tarde de otoño, Ichabod, pensativo, se hallaba entronizado en el elevado taburete desde el cual vigilaba todos los asuntos de su pequeño reino literario. En su mano blandía una palmeta, ese cetro del poder despótico, la vara de la justicia reposaba sobre tres clavos detrás del trono, terror constante de los malhechores, mientras en la mesa frente a él se podían ver diversos artículos de contrabando y armas prohibidas, halladas en las personas de los perezosos mocosos, tales como manzanas medio mordisqueadas, pistolas de juguete, peonzas, trampas para cazar moscas y legiones enteras de rampantes gallos de pelea de papel. Al parecer se había impartido atroz justicia hacía poco ya que los escolares se afanaban con sus libros, o susurraban sigilosamente tras ellos con un ojo puesto en el maestro, de modo que reinaba un silencio zumbante en la escuela. Éste se vio interrumpido repentinamente por la aparición de un negro vestido con chaqueta y pantalones de tela de saco hecha de lino, la corona tan sólo de un sombrero, al estilo del gorro de Mercurio, y montado a lomos de un potro a medio domar, salvaje y de líneas angulosas, que controlaba con una cuerda en lugar de riendas. Se acercó trotando a la puerta de la escuela con una invitación para Ichabod al festejo o fiesta para coser colchas[16] que se iba a celebrar esa noche en casa del Señor Van Tassel, y una vez hubo entregado el mensaje dándose aires de importancia y haciendo un esfuerzo para usar un lenguaje fino, cosas ambas que un negro suele hacer en cometidos triviales de este tipo, saltó por encima del arroyo y se lo vio trotar hondonada arriba, lleno de la importancia y urgencia de su misión.

Todo pasó a ser bullicio y barullo en la hasta entonces tranquila escuela. Los escolares dieron a toda prisa sus lecciones sin pararse en minucias; los más rápidos se saltaron la mitad con toda impunidad, y los más lentos recibieron un punzante recordatorio en sus traseros o bien para que aceleraran o para ayudarlos con las palabras más arduas. Los libros fueron abandonados sin ser devueltos a sus estantes, los tinteros cayeron boca abajo, se volcaron los bancos y la escuela entera salió una hora antes de lo habitual, cruzando la puerta a toda presión como una legión de jóvenes diablillos, aullando y armando jaleo en la hierba de pura alegría por su temprana liberación.

El galante Ichabod se pasó al menos media hora extra arreglándose, cepillando y puliendo su mejor traje de color negro oxidado –de hecho, el único que poseía- y recolocando sus mechones mirándose en un pedacito de espejo roto que colgaba en la escuela. Para poder aparecer ante su amada al estilo de un auténtico caballero le había pedido prestado un caballo al granjero con quien estaba domiciliado, un colérico holandés de nombre Hans Van Ripper, y así, montado con gallardía, partió como un caballero errante al encuentro de aventuras. Me corresponde ahora, siguiendo la verdadera esencia de las historias románticas, dar una idea aproximada del aspecto y del equipamiento de mi héroe y su corcel. El animal que montaba era un atrotinado caballo de labranza que había sobrevivido a todo menos a su propia virulencia. Estaba demacrado y tenía el pelaje descuidado, su cuello era como el de una oveja y su cabeza tenía forma de martillo; su crin y su cola, de color de orín, estaban enredadas y llenas de puntiagudas vainas de semilla de bardana; un ojo había perdido la pupila y tenía una mirada fija y espectral pero en el otro lucía una chispa propia de un auténtico diablo. Pese a todo, en su día debía haber poseído fuego y temple a juzgar por el hecho de que su nombre era Pólvora. Había sido, de hecho, el corcel favorito de su amo, el colérico Van Ripper, que era un jinete furioso, y muy probablemente le había pasado algo de su espíritu al animal; podía parecer viejo y atrotinado pero se emboscaba en él un demonio mayor que en cualquier potranca joven de la comarca.

Ichabod era una figura adecuada para tal corcel. Montaba con estribos cortos, lo cual elevaba sus rodillas casi a la altura del pomo de la silla de montar; sus codos sobresalían como patas de saltamontes; llevaba la fusta perpendicular a su mano, como un cetro, y al trotar su caballo el movimiento de sus brazos recordaba al batir de un par de alas. Un pequeño sombrero de lana descansaba sobre la parte alta de su nariz, ya que así se podría llamar a su escasa franja de frente, y los faldones de su abrigo negro se agitaban casi tanto como la cola del caballo. Ése era el aspecto de Ichabod y su corcel cuando dejaron atrás la verja de Hans Van Ripper, en conjunto una aparición que raras veces se ve a la luz del día.

Era, como he dicho, un bello día de otoño; el cielo estaba despejado y sereno y la naturaleza llevaba ese atavío rico y dorado que siempre asociamos con la idea de abundancia. Los bosques lucían sus sobrios pardos y amarillos, mientras que algunos de los árboles más tiernos habían sido pintados por la escarcha con brillantes tonos naranja, púrpura y escarlata. Filas abundantes de patos salvajes empezaban a hacer acto de presencia a lo alto; se podía oír el ladrido de la ardilla en los hayedos y los nogales y, de tanto el tanto, el silbido pensativo de la codorniz en los cercanos campos segados.

Los pajarillos celebraban sus banquetes de despedida. En medio del jolgorio, revoloteaban piando y jugueteando de arbusto en arbusto y de árbol en árbol, sintiéndose caprichosos por la misma profusión y variedad a su alrededor. Ahí estaba el honesto petirrojo, la pieza favorita de los deportistas imberbes, con su cantar quejumbroso; y los gorjeantes mirlos formando nubes azabache; y el pájaro carpintero de alas doradas con su cresta carmesí, su amplia gorguera negra y su espléndido plumaje; y el picotero de los cedros con sus alas de puntas rojas y su cola tocada de amarillo y su pequeña gorra montera de plumas; y el arrendajo azul, ese bribón ruidoso, con su alegre abrigo azul pálido y su ropa interior blanca, chillón y hablador, siempre con la inclinación, la reverencia y la cortesía a punto, fingiendo que se llevaba bien con todos los cantores de la arboleda.

Ichabod, en camino a paso lento, paseaba su encantada mirada, siempre alerta a cualquier síntoma de abundancia culinaria, por los tesoros del jovial otoño. Por todos lados veía vastas reservas de manzanas: unas colgaban en sofocante opulencia de los árboles, otras yacían juntas en cestos y barriles listas para el mercado, y otras más estaban apiladas en ricos montones listas para la prensa sidrera. Más adelante vio grandes campos de maíz, con las mazorcas doradas asomando entre sus cubiertas verdes, ofreciendo la promesa de tartas y dulces gachas; y yaciendo bajo ellas las calabazas amarillas, con sus barrigas al sol, sugiriendo con rotundidad los más deliciosos pasteles. En seguida pasó por los fragantes campos de alforfón, respirando el olor de la colmena, y al contemplarlos su mente se vio dominada por la tierna perspectiva de devorar suculentas tortitas, bien untadas de mantequilla y adornadas con miel o melaza por la delicada manita con hoyuelos de Katrina Van Tassel.

Alimentando su mente con muchos pensamientos dulces y con ‘almibarados supuestos’, Ichabod prosiguió su trayecto por los flancos de una hilera de colinas que contemplan algunas de las más divinas escenas del poderoso Hudson. El sol condujo poco a poco su ancho disco hacia el oeste. El amplio seno del Tappan Zee yacía inmóvil y liso como un cristal, salvo por alguna suave ondulación que prolongaba el liviano azul de las distantes montañas. Unas cuantas nubes de color ámbar flotaban en el cielo sin que las moviera una brizna de viento. Teñía el horizonte un bello tono dorado que viró gradualmente a puro verde manzana y en seguida al azul profundo del centro del cielo. Un rayo sesgado se hizo el remolón sobre las crestas agrestes de los precipicios que colgaban sobre algunas partes del río, dando mayor profundidad al gris oscuro y al púrpura de sus laderas rocosas. En la distancia una balandra ganduleaba, abandonándose lentamente a la marea, con su vela colgando inútil contra el mástil; como el reflejo del cielo resplandecía junto a las aguas tranquilas la embarcación parecía suspendida en el aire.

Era ya casi de noche cuando Ichabod llegó al castillo del Señor Van Tassel, a quien encontró rodeado de la flor y nata entre los viejos granjeros de la región, una raza de hombres con rostro enjuto y curtido, vestidos con levitas y calzas tejidos en casa, medias azules, enormes zapatos y luciendo magníficas hebillas de peltre. Sus vivaces y marchitas damitas, tocadas con cofias de fino plisado, vestidas con trajes cortos de cintura baja y enaguas tejidas en casa, llevaban tijeras y acericos, y alegres bolsillos de calicó. Las macizas mozas, casi tan anticuadas como sus madres, excepto por algún que otro sombrero de paja, un lazo fino o quizás un vestido blanco, ofrecían síntomas de innovación importada de la ciudad. Los hijos, con sus chaquetas de montar de faldones cuadrados, adornadas con filas de llamativos botones de bronce, llevaban casi todos el pelo recogido en una cola según la moda de aquellos tiempos, especialmente si podían hacerse con una pieza de piel de anguila para sujetarlo, apreciada en toda la región como poderoso nutriente y fortaleciente del cabello.

Brom Huesos, sin embargo, era el héroe de la escena, habiendo llegado a la reunión montando a su corcel favorito, Audaz[17], una criatura, como él mismo, llena de brío y malicia y que nadie excepto él podía controlar. De hecho, tenía fama de preferir animales violentos, dados a todo tipo de trucos que hicieran peligrar constantemente el cuello del jinete, ya que consideraba que un caballo tratable y bien domado no estaba a la altura de un joven con espíritu como él.

Me encantaría poder pararme a hacer hincapié en el universo de encantos que se abalanzó sobre la mirada extasiada de mi héroe al entrar en la engalanada sala de la mansión de Van Tassel. No me refiero a los del ramillete de macizas muchachas, con su voluptuoso despliegue de rojo y blanco, sino a los generosos encantos de una genuina mesa de té holandesa en la suntuosa época otoñal. Sobre ella se amontonaban platos de pasteles de los más variados e indescriptibles tipos, ¡conocidos sólo por las versadas amas de casa holandesas! Ahí estaba el valiente donut[18], el tierno pastel de aceite[19], el crujiente y desmigado *cruller*[20]; dulces y galletas, pasteles de jengibre y de miel y toda su familia. Había también tartas de manzana, de melocotón y de calabaza; lonchas de jamón y de buey ahumado; y, además, sabrosos platos de ciruelas, melocotones, peras y membrillos en conserva, sin mencionar los sábalos y los pollos asados puestos junto a fuentes de leche y de nata, todo mezclado de cualquier manera tal como lo he enumerado, con la maternal tetera lanzando sus nubes de vapor desde el centro de este bendito cielo. Necesitaría aliento y tiempo para presentar este banquete como se merece pero siento más deseos de continuar mi historia. Felizmente, Ichabod Crane no tenía tanta prisa como este historiador, y le hizo sobrada justicia a cada delicia.

Él era una criatura amable y agradecida, cuyo corazón se dilataba al tiempo que su piel se llenaba de alegría y su ánimos se levantaban con la comida, como les ocurre a algunos hombres con la bebida. No podía evitar, tampoco, pasar su mirada por su alrededor mientras comía y reírse por lo bajo con la posibilidad de que un día pudiera ser el amo de aquella escena de lujo y esplendor casi inimaginable. Entonces, pensó, qué pronto le daría la espalda a su vieja escuela; chasquearía los dedos a la cara de Hans Van Ripper[21] y de cada uno de sus tacaños patrones y echaría a patadas a cualquier pedagogo itinerante que se atreviera a llamarlo colega.

El viejo Baltus Van Tassel se movía entre sus invitados con el rostro lleno de satisfacción y de buen humor, redondo y jovial como la luna de agosto. Sus hospitalarias atenciones eran breves pero expresivas, limitándose a un apretón de manos, una palmada a la espalda, una risa sonora y una invitación apremiante a "aprovechar y servirse".

En aquel momento el sonido de la música proveniente de la sala común invitó a los presentes a bailar. El músico era un negro de cabeza cana que llevaba siendo la orquesta ambulante del vecindario más de medio siglo. Su instrumento era viejo y destartalado como él mismo. La mayor parte del tiempo raspaba dos o tres cuerdas, acompañando cada movimiento

del arco con la cabeza, inclinándose casi hasta el suelo y golpeando con el pie cada vez que una nueva pareja se disponía a empezar.

Ichabod estaba tan orgulloso de su modo de bailar como de sus poderes vocales. No dejaba descansar un solo miembro ni fibra de su cuerpo y, de haber visto su mal articulada figura en pleno movimiento, causando gran estrépito por la sala, habríais pensado que el mismo San Vito, ese bendito patrón del baile, estaba en persona ante vosotros. Era la admiración de los negros que, habiendo venido en todas las edades y tamaños de la granja y sus alrededores, formaban una pirámide de brillantes caras negras en cada puerta y ventana, observando encantados la escena, dejando rodar sus blancos globos oculares y mostrando hileras de marfil en amplias sonrisas de oreja a oreja. ¿Cómo, si no animado y alegre, podía sentirse este azote de la chiquillería? La dama de su corazón era su compañera de baile y sonreía gentilmente en respuesta a todos sus ávidas miradas amorosas mientras Brom Huesos, gravemente herido de amor y celos, permanecía sentado solo en un rincón.

Cuando acabó el baile, Ichabod se acercó a un grupo formados por los vecinos más sabios, quienes, junto al viejo Van Tassel, permanecían sentados fumando en un extremo de la galería, cotilleando sobre los viejos tiempos y reviviendo largas historias sobre la guerra.

Este vecindario, en la época de la que hablo, era una de esos lugares altamente favorecidos que abundan en crónicas y grandes hombres. La línea divisoria entre británicos y americanos había pasado cerca durante la guerra y había sido, por lo tanto, el escenario de asaltos realizados por merodeadores estando, además, infestado de refugiados, vaqueros[22] y todo tipo de caballeros fronterizos. Había transcurrido justo el tiempo suficiente para que cada narrador pudiera embellecer su cuento con un poco de favorecedora ficción y, en la bruma de su memoria, transformarse en el héroe de cada hazaña.

Estaba la historia de Doffue Martling, un grandullón holandés de cerradísima barba, que habría tomado una fragata británica con un viejo cañón capaz de disparar balas de nueve libras situado en un parapeto de barro sino fuera porque el arma explotó al sexto disparo. Y estaba aquel viejo caballero, cuyo anonimato conservaremos al ser un personaje demasiado rico como para tomarse su nombre a la ligera, que, en la batalla de White Plains,[23] siendo un excelente maestro de esgrima, desvió una bala de mosquete con una espada corta, de modo que notó con claridad como la bala bordeaba a toda velocidad la hoja para salir disparada por la empuñadura, y que siempre estaba dispuesto a mostrar la espada con la empuñadura un poco torcida como prueba. Había varios más que se habían distinguido en el campo de batalla, a ninguno de los cuales se pudo convencer de que su participación había sido inestimable para llevar la guerra a su feliz conclusión.

Todo esto no era nada, sin embargo, en comparación con los cuentos de fantasmas y aparecidos que siguieron. El vecindario es rico en tesoros legendarios de este tipo. Los cuentos locales y las supersticiones florecen con fuerza en estos rincones resguardados, colonizados hace ya mucho tiempo, pero son pisoteados por esa masa cambiante que forma la población de la mayoría de los lugares de nuestro país. Además, no se anima a los fantasmas en nuestros pueblos, ya que apenas tienen tiempo de acabar su primera siesta y girarse en sus tumbas antes de que sus amigos supervivientes abandonen el vecindario, de modo que cuando salen a hacer sus rondas nocturnas no les quedan conocidos a quienes visitar. Ésa es tal vez la razón por la cual casi nunca oímos hablar de fantasmas excepto en nuestras perdurables comunidades holandesas.

La causa inmediata, no obstante, de la prevalencia de las historias sobrenaturales en estos lugares se debía sin duda a la cercanía de Sleepy Hollow. El aire mismo que soplaba desde esa región encantada era contagioso y diseminaba una atmósfera de sueños y fantasías que infectaba toda la comarca. Varios vecinos de Sleepy Hollow estaban presentes en casa de Van Tassel y, como era habitual, estaban suministrando buenas dosis de sus maravillosas y extravagantes leyendas. Se contaban muchos cuentos lúgubres sobre cortejos funerarios, y

sobre los plañidos y los lamentos oídos y vistos cerca del gran árbol donde el desgraciado Comandante Andre[24] había sido aprehendido, y que se hallaba en el vecindario. Se hizo alguna mención también de la mujer de blanco que se aparecía en la oscura cañada de la Roca del Cuervo y a quien a menudo se oía gritar aterrorizada en las noches de invierno antes de una tormenta, ya que había fallecido allí en la nieve. La mayor parte de estas historias, sin embargo, giraban en torno al espectro favorito de Sleepy Hollow, el Jinete Descabezado, a quien se había oído recientemente varias veces patrullando la región y que, según se decía, ataba su caballo cada noche entre las tumbas del cementerio.

La situación retirada de esta iglesia parece haberla convertido desde siempre en guarida preferida por los espíritus en apuros. Está situada sobre un cerro, rodeada de algarrobos y de altos olmos, entre los que sus encaladas y limpias paredes lucen con modestia, como la pureza cristiana entre las sombras del retiro. Una suave ladera desciende desde ella hasta una masa plateada de agua, bordeada por árboles altos, entre los cuales apenas asoman las azules colinas del Hudson. Al mirar este prado tapizado de hierba, donde los rayos de sol parecen dormir tranquilos, uno podría pensar que al menos allí los muertos descansan en paz. A un lado de la iglesia se extiende una amplia hondonada poblada de árboles, a lo largo de la cual corre bullicioso un gran arroyo entre piedras quebradas y troncos de árboles caídos. Antiguamente un puente de madera cruzaba una parte oscura y profunda del arroyo, no muy lejos de la iglesia; el camino que llevaba a él, y el puente mismo, estaban casi ocultos por la sombra espesa de los árboles que se alzaban sobre ellos y que generaban penumbra incluso a la luz del día y una oscuridad aterradora de noche. Así era uno de los lugares preferidos por el Jinete Descabezado y el lugar donde se lo veía con mayor frecuencia. El cuento del viejo Brouwer, un gran hereje que no creía en fantasmas, narraba cómo se había encontrado con el Jinete volviendo de su incursión en Sleepy Hollow y se vio así obligado a cabalgar detrás de él; cómo los dos galoparon sobre arbusto y zarza, colina y pantano, hasta que llegaron al puente, momento en que el Jinete se transformó de repente en un esqueleto, tiró al viejo Brouwer al arroyo y saltó por encima de los árboles con el estampido del trueno.

Siguió a esta historia una aventura tres veces más maravillosa de Brom Huesos, a quien ni siquiera el Germano Galopante se podía comparar como consumado jinete. Brom aseguraba que al volver una noche del pueblo vecino de Sing Sing, lo había adelantado este soldado de medianoche, que se había ofrecido a competir con él por un bol de ponche y que habría ganado, ya que Audaz derrotó de sobras al caballo del trasgo, si no fuera porque al llegar al puente de la iglesia, el Germano salió desbocado y desapareció con un relámpago de fuego.

Todos estos cuentos, narrados con el tono aletargado con el que los hombres hablan en la oscuridad, con los rostros de los oyentes iluminados tan sólo de tanto en tanto por el brillo ocasional del ascua de una pipa, causaron una profunda impresión en la mente de Ichabod. Por su parte correspondió con largos pasajes de su inestimable autor, Cotton Mather, y añadió muchos hechos maravillosos que habían tenido lugar en su estado natal de Connecticut además de las temibles visiones que había tenido en sus paseos nocturnos por Sleepy Hollow.

Poco a poco la gente se dispersó acabado el festejo. Los viejos granjeros reunieron a sus familias en sus carretas y se les pudo oír durante algún tiempo traqueteando por los socavados caminos y las distantes colinas. Algunas de las damiselas iban montadas en la grupera detrás de sus galanes favoritos y su risa frívola, mezclada con el claqueteo de las pezuñas, era reproducida por el eco a lo largo de los silenciosos bosques, sonando cada vez más débil hasta que se apagó. Y así el escenario del fragor y la jarana quedo callado y vacío. Sólo Ichabod quedó atrás, de acuerdo con la costumbre de los amantes rurales, para mantener un cara a cara con la heredera, plenamente convencido de que estaba en el camino al éxito. No tengo intención de decir que ocurrió en esa entrevista, ya que el hecho es que no lo sé. Algo, no obstante, me temo que fue mal, ya que él salió, no mucho más tarde, con un gran aire de

desolación y cansancio. ¡Ay, estas mujeres! ¡Estas mujeres! ¿Es posible que esa chica estuviera tan sólo ejercitando sus trucos de coqueta? ¿No eran las esperanzas que le daba al pobre pedagogo sino una mera artimaña para asegurarse la conquista de su rival? ¡Tan sólo el Cielo lo sabe –yo no! Baste decir que Ichabod partió con el aire de quien ha estado robando un gallinero más que el corazón de una bella dama. Sin mirar ni a izquierda ni a derecha ni reparar en la escena de riqueza rural, que tan a menudo había ambicionado, se fue derecho al establo, y con diversos puñetazos y patadas dados con ganas sacó a su corcel con muy pocos miramientos del confortable reducto en el que había estado durmiendo a pata suelta, soñando con montañas de maíz y de avena y valles enteros de tomillo tapizados de tréboles.

Era en la mismísima hora bruja cuando Ichabod, con el corazón apesadumbrado y el ánimo decaído, proseguía su camino a casa por los flancos de las altas colinas que se alzan sobre Tarry Town y que había atravesado tan alegremente por la tarde. Era un momento del día tan triste como el propio Ichabod. Muy por debajo de él, el Tappan Zee extendía su erial de aguas oscuras y borrosas, con algún que otro alto mástil de balandra, flotando tranquilamente anclada en el fondo. En el silencio total de la medianoche Ichabod podía oír incluso el ladrido de un perro guardián en la orilla opuesta del Hudson, vago y débil como no podía ser de otro modo dada su distancia de este fiel compañero del hombre. De tanto en tanto, sonaba también muy a lo lejos el cacareo muy prolongado de un gallo, despertado accidentalmente en alguna granja entre las colinas, pero era como el sonido de un sueño en su oído. No había señal alguna de vida cerca de él excepto, ocasionalmente, el canto melancólico de un grillo, o tal vez el croar gutural de una rana toro en una ciénaga cercana, como si estuviera durmiendo incómoda y se hubiera dado la vuelta de repente en su cama.

Todas las historias de fantasmas y duendes que había oído por la tarde se apilaron en su mente al recordarlas. La noche se hizo cada vez más oscura, las estrellas parecían hundirse cada vez más en el profundo cielo y las nubes pasajeras las ocultaban a la vista de vez en cuando. Nunca se había sentido tan solo y tan abatido. Estaba, además, aproximándose al mismo lugar donde se solían situar muchas de las escenas de las historias de fantasmas. En el centro del camino había un enorme árbol de los tulipanes, que se alzaba como un gigante por encima de los otros árboles del vecindario, y que era una especie de punto de referencia local. Sus ramas eran nudosas y fantásticas, lo bastante grandes como para servir de tronco a árboles corrientes, y se retorcían hasta casi tocar la tierra, levantándose de nuevo al aire. Estaba vinculado con la trágica historia del desgraciado Ande, que había sido hecho prisionero muy cerca, y se lo conocía en todas partes por el nombre del árbol del Comandante Ande. La gente corriente le guardaba una mezcla de respeto y superstición, en parte por compasión hacia el destino de su malhadado tocayo, y en parte a causa de los cuentos que circulaban sobre extrañas visiones y lastimeros quejidos.

Al aproximarse al temible árbol, Ichabod empezó a silbar; le pareció que alguien respondía a su silbido pero era tan sólo una ráfaga azotando con brusquedad las ramas secas. Al aproximarse un poco más, le pareció ver algo blanco colgando en medio del árbol: se detuvo y dejó de silbar, pero al mirar más de cerca percibió que era una parte donde el árbol había sido dañado por un rayo y su madera blanca raspada. De repente oyó un gemido –sus dientes castañetearon y sus rodillas golpearon la silla de montar: no era sino el frotar de una enorme rama contra otra al ser ambas mecidas por la brisa. Pasó el árbol a salvo pero nuevos peligros se cernían sobre él.

A unas doscientas yardas del árbol un pequeño arroyo cruzaba el camino y entraba en una hondonada fangosa y muy poblada de árboles, conocida por el nombre de la Ciénaga de Wiley. Unos cuantos troncos sin pulir, colocados uno al lado del otro, hacían de puente sobre este riachuelo. En el lado del camino donde el arroyuelo entraba en el bosque un grupo de robles y castaños, bien cubiertos de viñas silvestres, arrojaban una sombra cavernosa sobre él. Cruzar el puente era una prueba de fuego. Era en este punto donde el desgraciado Ande había

sido capturado y fue a cubierto de esos castaños y viñas que se colocaron los fornidos granjeros que lo sorprendieron. Siempre se había dicho que el arroyo estaba hechizado y temor es lo que siente el colegial que tiene que cruzarlo de noche.

Al acercarse al arroyo, el corazón de Ichabod empezó a latir con fuerza; hizo acopio, sin embargo, de todo su valor, le dio a su caballo media docena de patadas en las costillas e intentó cruzar a buen paso el puente pero, en lugar de ir hacia delante, el viejo e infame animal hizo un movimiento lateral y dio con su flanco contra la verja. Ichabod, cuyos temores aumentaban con el retraso, tiró de las riendas hacia el otro lado y dio una perentoria patada con el pie contrario: todo fue en vano; su corcel se movió, es cierto, pero tan sólo para arrojarse a un matorral de zarzas y alisos al otro lado del camino. El maestro aplicó entonces tanto la fusta como el talón contra las costillas famélicas del viejo Pólvora, que se echó hacia adelante, resollando y resoplando, pero se paró justo al lado del puente tan de repente que casi arrojó de bruces al jinete por encima de su cabeza. En ese preciso instante el sonido de un caminar encharcado por el lado del puente alcanzó el sensible oído de Ichabod. En la oscura sombra de la arboleda, en el margen del arroyo, vio algo enorme, deforme e imponente. No se movía pero parecía concentrado en la penumbra, como un monstruo gigantesco listo para asaltar al viajero.

El cabello del aterrado pedagogo se erizó de miedo sobre su cabeza. ¿Qué podía hacer? Era ya demasiado tarde para dar la vuelta y huir, y, además, ¿qué probabilidades tenía de escapar de un fantasma o duende, si eso es lo que era, que podía cabalgar en alas del viento? Haciendo, por lo tanto, un extraordinario acopio de arrojo, preguntó en tono tembloroso, "¿Quién eres?" No recibió respuesta. Repitió su pregunta con voz aún más agitada. Aún así no recibió una respuesta. Una vez más aporreó los flancos del inflexible Pólvora y, cerrando los ojos, se echó a cantar con involuntario fervor la melodía de un salmo. En ese momento el sombrío y alarmante objeto se puso en movimiento y con un correteo y un brinco en seguida alcanzó el centro del camino. Aunque la noche era oscura y lóbrega se podía discernir la silueta del desconocido. Parecía ser un jinete de grandes dimensiones montado en un caballo de poderosa complexión. No hizo nada por incordiar ni por congeniar, sino que se mantuvo apartado a un lado del camino, paseándose por el lado ciego de Pólvora, que aún no se había recuperado del susto ni de su excentricidad.

Ichabod, a quien no le agradaba este extraño compañero de medianoche, y que había recordado la aventura de Brom Huesos con el Germano Galopante, apretó el paso de su corcel con la esperanza de dejarlo atrás. El desconocido, sin embargo, puso a su caballo al mismo paso. Ichabod frenó e inició un trote lento, con la intención de quedarse atrás –el otro hizo lo mismo. Se empezó a sentir descorazonado e intentó reanudar su canturreo del salmo pero su reseca lengua estaba adherida al paladar y no pudo dar ni un verso. Había algo misterioso y desagradable en el silencio taciturno y tenaz de su pertinaz compañero. Pronto supo qué era. Al trepar por un terreno inclinado, cosa que hizo resaltar la silueta de su compañero de viaje contra el cielo –gigantesca en altura y embozada en una capa- Ichabod se quedó horrorizado ¡al ver que no tenía cabeza! Su horror se vio aún más incrementado al observar que el jinete llevaba la cabeza, que debería haber descansado sobre sus hombros, ¡sujeta al pomo de la silla de montar! Su terror se convirtió en desespero; hizo llover patadas y golpes sobre Pólvora, esperando dar el esquinazo a su acompañante con un movimiento súbito pero el espectro salió disparado de un salto con él. Corrieron, pues, a toda prisa contra viento y marea echando a volar piedras y chispas relucientes a cada brinco. Los ropajes ligeros de Ichabod revoloteaban en el aire al estirar él su flaco cuerpo sobre la cabeza de su caballo en su ansiosa huida.

Habían alcanzado ya al camino que lleva a Sleepy Hollow pero Pólvora, que parecía poseído por un demonio, en lugar de tomarlo cogió el cruce contrario y se lanzó de cabeza colina abajo hacia la izquierda. Este camino lleva a través de una cañada arenosa sombreada por árboles a lo largo de un cuarto de milla hasta donde cruza el puente famoso por las

historias de duendes; un poco más allá se alza el verde cerro sobre el que se levanta la iglesia encalada.

Hasta ese momento el pánico del corcel le había dado a su inepto jinete una aparente ventaja en la persecución pero justo en mitad de la cañada las cinchas de la silla de montar cedieron y notó cómo se deslizaban bajo él. Agarró el pomo e intentó mantenerlo firme pero fue en vano y tuvo sólo el tiempo suficiente para salvarse agarrando al viejo Pólvora por el cuello antes de que la silla cayera al suelo y oyera cómo su perseguidor la pisoteaba. Por un momento el terror de la ira de Han Van Ripper cruzó su mente –ya que era su silla de los domingos- pero no había tiempo para miedos nimios: el espectro le rozaba los talones y, por muy mal jinete que fuera, bastante tenía con mantenerse sentado, a veces resbalando a un lado, a veces al otro, y a veces traqueteando sobre la cruz de su caballo con una violencia que mucho se temía lo iba a partir en dos.

Un claro entre los árboles lo animó al darle la esperanza de que el puente de la iglesia estaba cerca. El reflejo ondulante de una estrella plateada en el seno del arroyo le confirmó que no se equivocaba. Vio los muros de la iglesia reluciendo tenuemente bajo los árboles algo más allá. Recordó el lugar donde el fantasmal rival de Brom Huesos había desaparecido. “Si puedo alcanzar ese puente”, pensó Ichabod, “estaré a salvo”. Justo entonces oyó al corcel negro, jadeando y resoplando muy cerca detrás de él; incluso le pareció que podía sentir su cálido aliento. Otra patada convulsiva en el costado y el viejo Pólvora saltó sobre el puente, cayó como un trueno sobre los retumbantes tablones, alcanzó el lado opuesto y sólo entonces echó Ichabod un vistazo para ver si su perseguidor, según la regla, se evaporaría en una nube de fuego y azufre. En ese instante vio al trasgo alzarse sobre sus estribos para acto seguido lanzarle su cabeza. Ichabod trató de esquivar el horrendo misil pero demasiado tarde. Dio contra su cráneo con un tremendo estruendo, Ichabod cayó dando volteretas de cabeza al suelo y Pólvora, el negro corcel y el jinete fantasma pasaron a su lado como un torbellino.

A la mañana siguiente encontraron al viejo caballo sin su silla y con la brida bajo los cascos, paciendo tan campante la hierba ante la verja de su amo. Ichabod no se presentó a desayunar; llegó la hora de la cena pero no Ichabod. Los chicos se reunieron en la escuela y se pasearon sin hacer nada por las orillas del arroyo pero sin maestro. Han Van Ripper se empezó a inquietar un tanto pensando en qué habría sido de Ichabod y de su silla. Se abrió una investigación y tras diligentes pesquisas se dio con su rastro. En la parte del camino que lleva a la iglesia se encontró la silla pisoteada en el barro; se descubrieron huellas de cascos de caballos bien marcadas en el camino, hechas claramente a toda velocidad, que llevaban hasta el puente, más allá del cual, en la parte ancha del arroyo, allí donde las aguas corren profundas y negras, se halló el sombrero del desgraciado Ichabod, y a su lado, una calabaza despedazada.

Se rastreó el arroyo pero no se puedo encontrar el cuerpo del maestro. Hans Van Ripper, como albacea de su legado, examinó el fardo que contenía todos sus efectos personales. Éstos consistían en dos camisas y media, dos pañuelos para el cuello, un par o dos de medias de lana, un viejo par de calzas de pana, una navaja oxidada, un libro de música para salmos con muchas esquinas dobladas, y un diapasón roto. En cuanto a los libros y los muebles de la escuela, pertenecían a la comunidad, con excepción de la *Historia de la brujería* de Cotton Mather, un *Almanaque de Nueva Inglaterra* y un libro sobre sueños y adivinación en el cual había un folio lleno de garabatos y tachaduras debidos a varios intentos fallidos de copiar versos en honor de la heredera de Van Tassel. Estos libros mágicos y los poéticos garabatos fueron consignados a las llamas por Hans Van Ripper quien, desde ese momento en adelante, decidió no enviar más a sus hijos a la escuela, comentando que no le constaba que leer y escribir hicieran bien alguno. El poco dinero que el maestro poseía, ya que había recibido su paga trimestral sólo uno o dos días antes, lo llevaba encima en el momento de su desaparición.

El misterioso suceso fue pábulo de mucha especulación en la iglesia el domingo siguiente. Grupos de mirones y cotillas se reunieron en el cementerio, en el puente, y en el lugar donde se habían hallado el sombrero y la calabaza. Se rememoraron las historias de Brouwer, de Brom Huesos, y otras muchas y cuando se hubieron repasado todas debidamente y se hubieron comparado con los síntomas del presente caso, todos movieron las cabezas de lado a lado y llegaron a la conclusión de que Ichabod había sido raptado por el Germano Galopante. Como era soltero y no debía nada a nadie, ningún vecino se devanó más los sesos; se trasladó la escuela a otro paraje del Hollow y otro pedagogo reinó en su lugar.

Es cierto que un viejo granjero que estuvo de visita en Nueva York años más tarde, y de quien se recibió este relato de la fantasmal aventura, llevó a casa la noticia de que Ichabod aún estaba vivo, que había dejado el vecindario en parte por miedo al espectro y a Hans Van Ripper, y en parte abochornado al ser rechazado de repente por la heredera, que se había mudado a una parte distante del país, que había ejercido de maestro y estudiado leyes al mismo tiempo, que se había licenciado, convertido en político, participado en elecciones, escrito para los periódicos y finalmente nombrado juez de la corte de diez libras[25]. Se podía también apreciar que Brom Huesos quien, poco después de la desaparición de su rival llevó triunfante a la lozana Katrina al altar, asumía una expresión extremadamente sagaz siempre que se narraba la historia de Ichabod y que se echaba a reír a mandíbula batiente siempre que se mencionaba la calabaza, cosa que llevó a algunos a sospechar que sabía más del asunto de lo que decidió decir.

Las viejas comadres, sin embargo, que son quienes mejor juzgan estos asuntos, afirman aún hoy que Ichabod fue arrebatado por medios sobrenaturales; es una historia predilecta que a menudo se cuenta en el vecindario al amor del fuego en las tardes de invierno. El puente se convirtió más que nunca en objeto de temor supersticioso y esa puede que sea la razón por la cual se cambió el trazado del camino hace pocos años de modo que la iglesia se alcanza ahora bordeando la orilla del estanque del molino. La escuela, al ser abandonada, pronto quedó en ruinas y se dijo que estaba poseída por el fantasma del desgraciado pedagogo; al muchacho del arado, de camino a casa una noche apacible de verano, a menudo le ha parecido oír a cierta distancia su voz, cantando un melancólico salmo entre las tranquilas soledades de Sleepy Hollow.

Fin.

Postdata
Manuscrita por el Sr. Knickerbocker.

El cuento anterior se ofrece casi usando las palabras exactas con las que lo oí contar en una reunión de la Corporación de la antigua ciudad de Manhattoes, en la que estuvieron presentes muchos de sus más sabios e ilustres ciudadanos. El narrador era un anciano agradable, desarrapado, cortés, vestido con ropas jaspeadas, con un rostro tristemente cómico y que, según sospecho, era pobre –hizo muchos esfuerzos por resultar ameno. Cuando concluyó su historia, hubo muchas risas y beneplácitos, particularmente por parte de dos o tres concejales delegados, que se habían pasado durmiendo la mayor parte del tiempo. Había, sin embargo, un viejo caballero, alto, adusto, con cejas prominentes, que mantuvo una expresión seria y severa en todo momento, de tanto en tanto plegando los brazos, inclinando la cabeza y mirando al suelo, como si le diera vueltas a una duda en su mente. Era uno de esos hombres cautos, que nunca ríen si no es por causas claras –cuando tienen la razón y la ley de su parte. Cuando se hubo disipado la risa del resto de la compañía y se rehízo el silencio, apoyó un brazo en el codo de su silla y, poniendo el otro en jarras, preguntó, con un pequeño

pero extremadamente inteligente movimiento de la cabeza y un fruncir del ceño, cuál era la moral de la historia y qué se suponía que probaba.

El narrador, que estaba en ese instante llevándose una copa de vino a los labios, como refrigerio tras su tarea, se detuvo un momento, miró a quien le preguntaba con un aire de infinito respeto y, depositando la copa lentamente sobre la mesa, comentó que la intención de la historia era probar con toda lógica:

"Que no hay situación en la vida que no tenga sus ventajas y placeres –siempre que sepamos aceptar una broma.

Que, por lo tanto, quien hace carreras con soldados duendes muy posiblemente se verá en apuros.

Ergo, el maestro de escuela rural a quien no se le concede la mano de una heredera holandesa da un paso firme hacia las altas instancias del estado".

El viejo y cauto caballero frunció el ceño con profundidad diez veces mayor después de esta explicación, quedándose muy extrañado por el razonamiento del silogismo; mientras, creo yo, el que llevaba las ropas jaspeadas lo miraba con una cierta sonrisa maliciosa y triunfante. Al cabo de un tiempo, comentó el caballero que eso estaba muy bien pero aún así pensaba que la historia era un tanto extravagante –había uno o dos puntos sobre los que aún tenía sus dudas.

"Desde luego, señor", contestó el narrador, "si es por eso, yo mismo no me creo ni la mitad".

D.K.

Notas

1. Irving usó por primera vez el pseudónimo Dietrich o Diedrich Knickerbocker (la grafía varía según las ediciones), el nombre de un ficticio historiador americano de origen holandés, para su popular *History of New York* (1809). Aún hoy se denomina 'knickerbocker' a los ciudadanos de Nueva York que descienden de los primeros emigrantes holandeses que la fundaron.
2. De la obra del autor escocés James Thomson (1700-48) de 1748, Acto I, versos 46-49.
3. 'Zee' significa 'mar' en holandés.
4. 'Tarry' significa permanecer en un lugar sin realizar ninguna actividad específica, 'remolonear', si se quiere. Tarrytown es una localidad cercana a Nueva York en la que Irving vivió durante años.
5. Como Tarry Town, Sleepy Hollow es un apelativo traducible, en este caso por 'hondonada somnolienta'.
6. Cita de *El rey Lear* de William Shakespeare, Acto III, escena iv, verso 117.
7. Hubo soldados alemanes ejerciendo de mercenarios para los británicos durante la Guerra de Independencia americana (1775-83).
8. Alusión a *Hamlet* de William Shakespeare, Acto I, escena i, versos 158-65.
9. Crane significa 'grulla'.
10. Irving se refiere probablemente a *Memorable Providences Relating to Witchcraft and Possessions* (1689) o tal vez a *Wonders of the Invisible World* (1693). Mather (1663-1728) fue un influyente ministro puritano que, pese a estar en contra de los famosos juicios contra las brujas de Salem (1692), contribuyó con sus publicaciones a alentar la histeria que se desató en ellos.
11. Irving, añadió una nota en este punto a la edición de 1820: "El tapacamino es un pájaro que sólo se oye de noche. Recibe su nombre de su canto, del que se dice que recuerda a esas palabras". 'Whip-poor-will', el nombre en inglés de pájaro significa literalmente 'fustiga-al-pobre-Will'.
12. Del poema "L'Allegro" (1631) de John Milton (1608-74), verso 140.
13. Al parecer, Irving usó esta singular expresión para referirse a las moradas toscas pero amplias de los granjeros yanquis.
14. Su sonoro apodo en el inglés original es 'Brom Bones'.
15. Homero relata en *La Ilíada* que Aquiles se enfureció en grado extremo con el rey Agamenón cuando éste le robó a su amada esclava Briséis, su botín de guerra, y se negó a seguir luchando.

Esta decisión hizo peligrar la victoria griega hasta que, tras la muerte del amigo y amado de Aquiles, Patroclo, Agamenón le devolvió a Briséis.

16. 'Quilting frolic', la expresión usada en el original, se refiere a las fiestas en las que las mujeres del siglo XIX se juntaban para coser colchas hecha con pedazos de distintas telas mientras los hombres debatían los temas candentes del momento. Las colchas se regalaban a personas pobres, enfermas, o recién casadas, o se subastaban para recaudar fondos para caridad.
17. El caballo de Brom se llama 'Daredevil' que significa literalmente 'El que reta al Diablo' pero se traduce por 'Audaz'. He preferido traducir el nombre al haber traducirlo también el del caballo de Ichabod, 'Gunpowder' por 'Pólvora'.
18. La broma a costa del 'doughty doughnut' se pierde en la traducción. 'Dough' significa pasta hecha de harina lo bastante consistente como para trabajarla. Un 'doughnut' es, pues, un buñuelo hecho de esta pasta. 'Doughty' se puede traducir por 'valiente' aunque recuerda a la expresión castellana 'de buena pasta'.
19. El pastel de aceite o 'olykoek' es el antecesor holandés del donut americano.
20. El 'cruller' es un bollo frito en aceite hecho de tiras de pasta similar al donut.
21. El gesto es despectivo.
22. Un eufemismo usado para denominar a los grupos de guerrilleros aliados con los británicos durante la Guerra de Independencia americana.
23. Batalla en que George Washington fue derrotado por el General británico William Howe (28 Octubre 1776).
24. John Andre (1750-80) era un espía británico capturado y ejecutado tal como relata Irving.
25. Un tipo de juzgado para asuntos de importancia menor.

WASHINGTON IRVING, "La leyenda de Sleepy Hollow" (1819).
TIM BURTON, *Sleepy Hollow* (1999). Guión de Andrew Kevin Walker (con contribuciones al argumento de Kevin Yagher y reescritura no acreditada de Tom Stoppard). American Zoetrope / Mandalay Pictures / Paramount / Scott Rudin. Color. 105 mins.

"La leyenda de Sleepy Hollow" es uno de los grandes clásicos de la literatura de los Estados Unidos y un texto imprescindible para entender el nacimiento del relato como género literario moderno a principios del siglo XIX. Aparecido por primera vez dentro de la colección *El álbum de bocetos del Caballero Geoffrey Crayon* (1819-20), este cuento es junto a "Rip Van Winkle", el legado más perdurable de su famoso autor.

La carrera literaria de Washington Irving (1783-1859), abogado de formación nacido en Nueva York y fallecido en la Tarrytown cerca de la cual se sitúa la acción de "La leyenda...", se inició en 1802 con colaboraciones en diversos periódicos y revistas en asociación con sus hermanos. La historia cómica de la fundación de su ciudad natal por parte de la comunidad emigrante holandesa *A History of New York* (1809) situó en el mapa literario no sólo a Irving sino también a su más conocido pseudónimo, Diedrich Knickerbocker, el ficticio historiador entre cuyos papeles Irving supuestamente descubrió "La leyenda de Sleepy Hollow". La ya mencionada colección donde se publicó originalmente el cuento le permitió a su autor ser plenamente reconocido e independizarse económicamente tras el colapso de la empresa familiar para la que trabajaba.

Washington Irving fue un escritor tan europeo como americano, factor que explica por qué fue el primero de su nacionalidad en conquistar la fama internacional. Irving viajó por el continente en su juventud (1804-6), retornando en 1815 para una larga estancia de 17 años, incluyendo 3 en España trabajando para la embajada americana (1826-9), años durante los cuales escribió el libro que más fama le ha dado entre nosotros, la colección *Cuentos de La Alhambra* (1832). Tras una década disfrutando de la fama en su patria, Irving la dejó de nuevo

para volver a nuestro país como embajador (1842-45), habiendo sido designado para el cargo por Daniel Webster, el popular político héroe del relato "El Diablo y Daniel Webster" escrito por Stephen Vincent Benet e incluido en esta misma colección. A los lectores de inclinaciones románticas les gustará saber que Irving jamás se casó debido al profundo trauma que supuso para él la temprana muerte por enfermedad de su joven prometida Matilda Hoffman en 1809. Se dice que Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*, viuda entonces, intentó sin éxito mantener un romance con Irving en la época de su estancia en Inglaterra.

Como fuentes de "La leyenda de Sleepy Hollow" se han citado los cuentos del autor alemán Johann Karl August Musaus, que recogen con cierto tono satírico imitado por Irving narraciones propias del folklore alemán; la famosa persecución a caballo que Tam O'Shanter sufre en el poema que lleva su nombre del escocés Robert Burns y el poema "Der wilde Jäger" ("La caza salvaje") de otro ilustre autor alemán, Gottfried August Bürger. "La leyenda..." inspiró, por su parte, la opereta *The Headless Horseman* (1936) con música de Douglas Moore y libreto del ya mencionado Benet.

La presencia en el cine y la televisión de Irving se divide entre adaptaciones de "Rip Van Winkle" y de "La leyenda de Sleepy Hollow", con ocasionales incursiones en los cuentos de la colección en torno a La Alhambra. La base de datos cinematográfica IMDB cita 14 versiones de "La leyenda..." hechas entre 1908 y 2000 aunque entre todas ellas sólo cabe destacar la realizada por Tim Burton en 1999 y de manera secundaria la versión musical con dibujos animados producida por Disney en 1949, dirigida por Clyde Geromini y Jack Finney. Esa versión fue la que inspiró al mismo Burton, antiguo artista de animación para la misma Disney, a realizar su propia adaptación. Para los curiosos cabe decir que Jeff Goldblum interpretó a Ichabod Crane en la versión para televisión de 1979 dirigida por James L. Conway, el más directo precedente de la de Burton.

Sleepy Hollow fue co-producida por el estudio American Zoetrope de Francis Ford Coppola, el director que renovó las adaptaciones de los clásicos del gótico decimonónico con *Drácula de Bram Stoker* (1992), y que también produjo *Frankenstein de Mary Shelley* (1994) dirigida por Kenneth Branagh. El argumento es obra de Andrew Kevin Walker, el conocido guionista de *Se7en* (1995) dirigida por David Fincher, y de Kevin Yagher, conocido especialista en efectos especiales de maquillaje y responsable de los de *Sleepy Hollow*. Aunque sólo Walker firma el guión, Tom Stoppard, el reputado autor teatral británico y co-guionista de *Shakespeare in Love*, recibió el encargo de Burton de suavizar sus aspectos más violentos y añadir más toques de humor, aportaciones que no aparecen acreditadas como es habitual en el caso de las revisiones.

La adaptación dirigida por Burton difiere en mucho del original de Irving en la forma y en el espíritu. El relato se burla de lo irracional narrando cómo el crédulo maestro de escuela Ichabod Crane es víctima de una monumental broma de su rival amoroso por la mano de la coqueta heredera Katrina Van Tassel. El socarrón y musculoso Brom Huesos aprovecha la leyenda del soldado germano descabezado, cuyo fantasma se dice que campa a sus anchas por los alrededores de Sleepy Hollow, para asustar a su cándido competidor en una memorable persecución nocturna y ponerlo así en fuga. Irving no rechaza la leyenda del todo pero lo cierto es que el fantasmal jinete que persigue a Crane y le llega a arrojar su cabeza –en realidad, una simple calabaza- es el propio Brom disfrazado. Mientras que Irving se ríe de los excesos de la imaginación de Crane poniéndose de lado del pragmatismo burlón de Brom, la película simpatiza con su remilgado Ichabod Crane, un inspector de policía cuyos métodos científicos y racionales de deducción chocan con la más que palpable realidad de la existencia del descabezado y de los brutales crímenes cometidos por éste que debe resolver. Brom (Casper Van Dien), convertido en mero personaje secundario, cae víctima del jinete sin pena ni gloria mientras que la trama de la extravagante broma que le gasta a Ichabod se transforma en un confusa nueva subtrama en torno a las ambiciones de un personaje también nuevo, la

madrastra de Katrina. Lady Van Tassel (Miranda Richardson) resulta ser una bruja que manipula al espectral jinete para satisfacer sus ansias de venganza contra la élite de la comunidad de Sleepy Hollow, que la dejó a ella, su hermana y su madre sin hogar por pura codicia. Crane, forzado converso a la religión de lo extraño y lo sobrenatural, es en cierto sentido el campo de batalla esta bruja mala y la buena, Katrina (Christina Ricci), que en esta versión sí lo ama. Esta circunstancia no es sorprendente ya que el Ichabod de Irving, personaje ridículo donde los haya tanto en aspecto físico como en conducta, pasa a ser en la versión de Burton un Ichabod mucho más atractivo (lo interpreta Johnny Depp) e incluso encantador pese a su cobardía y su propensión a desmayarse.

Aparte de la atrayente reconversión que sufre Crane, la película se apoya en otros dos pilares fundamentales: por una parte, su espléndida dirección artística, que le valió un Oscar a Rich Heinrich y Peter Young (la película tuvo otras dos nominaciones por mejor fotografía y vestuario), y, por otra, el contraste entre el humor a costa de las excentricidades detectivescas de Ichabod y la extrema violencia de las decapitaciones a cargo del jinete. La rica estética del film está inspirada en las suntuosas películas que el estudio londinense Hammer produjo entre los años 50 y los 70, versiones libres de clásicos como *Frankenstein* y *Drácula*, famosas por su atractiva fotografía, su estilizada atmósfera victoriana, la generosa anatomía de sus actrices y el talento de actores como Peter Cushing y Christopher Lee. Como homenaje Burton empleó al propio Lee para dar vida al juez que envía a Crane a Sleepy Hollow con la intención de demostrarle que sus modernos y urbanos métodos de investigación fracasarán en la anticuada y rural comunidad. Por su parte la mezcla de humor y terror de la película, causa principal de su éxito de taquilla, no sentó tan bien entre los críticos. La violencia extrema de algunas secuencias es la razón principal por la cual los críticos discrepan sobre la calidad global de la película, juzgada a menudo como una versión injustificadamente cruenta de Irving, débil en caracterización excepto por Crane, y más cercana a películas juveniles del tipo *Pesadilla en Elm Street* que a las obras mayores de Burton, como *Eduardo Manostijeras*. Esta crítica adversa está justificada en parte pero en todo caso hay que recordar que *Sleepy Hollow* supera en calidad a otras películas de su irregular director, tales como la execrable adaptación de la novela de Pierre Boulle, *El planeta de los simios*.

Como adaptación, en suma, *Sleepy Hollow*, niega el espíritu racionalista del relato original en el que basa, limitándose a tomar de él algunas de sus potentes imágenes –sobre todo la del jinete y la del inquietante árbol cerca del cual se detuvo al espía Ande- además de la localización espacio-temporal y de los nombres de los personajes para crear una trama totalmente nueva. La duda sobre la veracidad de la existencia del jinete y sobre la anécdota misma ocurrida a Ichabod Crane se transforma en certeza para un público que sí quiere creer en lo maravilloso aunque sea tan sangriento y oscuro como la atmósfera gótica que domina la película de Burton.

"Un incidente en el puente del arroyo del Búho" (1891), Ambrose Bierce (1842-1914?)

I

Un hombre, en pie sobre un puente ferroviario en el norte de Alabama, observaba el veloz flujo de agua seis metros más abajo. Tenía las manos a la espalda, las muñecas atadas con una cuerda. Una soga le rodeaba el cuello. Estaba sujeta a un recio travesaño situado sobre su cabeza y caía hasta sus rodillas. Unos tablones sueltos colocados sobre las traviesas que fijaban las vías del ferrocarril lo sostenían a él y a sus ejecutores –dos soldados rasos del ejército Federal a las órdenes de un sargento que en la vida civil bien podía haber sido un ayudante de sheriff. No muy lejos de esta misma plataforma improvisada se hallaba un oficial con el uniforme correspondiente a su rango, armado. Se trataba de un capitán. A cada extremo del puente un centinela permanecía con el rifle en la posición conocida como 'de apoyo', es decir, vertical frente al hombro izquierdo, el percutor descansando sobre el antebrazo cruzado sobre el pecho –una posición formal y muy poco natural que forzaba al cuerpo a mantenerse erguido. No parecía que esos dos hombres tuvieran que estar al tanto de lo que acontecía en el centro del puente; simplemente bloqueaban los dos extremos del pasillo peatonal que lo atravesaba.

Más allá de cada uno de los centinelas no se veía a nadie; las vías pasaban por un bosque a lo largo de unos cien metros y se perdían de vista al trazar una curva. Sin duda había otro puesto de avanzada más adelante. La otra orilla del arroyo era campo abierto –una pendiente suave rematada por un cerco de troncos verticales, perforados para que los rifles pudieran apuntar, con un solo portillo por el cual asomaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A media pendiente entre el puente y el fuerte se situaban los espectadores –una única compañía de infantería en formación, en 'posición de descanso', con las culatas de sus rifles apoyadas en el suelo, los cañones inclinados ligeramente hacia atrás sobre el hombro derecho, las manos cruzadas sobre la caja. Había un teniente al final de la fila, el extremo de su espada sobre el suelo, la mano izquierda descansando sobre la derecha. Con la excepción del grupo de cuatro en el centro del puente, nadie se movía. La compañía se situó de cara al puente, con la mirada perdida en el horizonte, inmóvil. Los centinelas, mirando hacia las orillas del arroyo, bien podían ser simples estatuas que adornaran el puente. El capitán, con los brazos cruzados y silencioso, observaba el trabajo de sus subordinados sin dar señal alguna. La muerte es un dignatario recibido con manifestaciones formales de respeto cuando llega anunciada, incluso por parte de aquellos que tienen trato frecuente con ella. En el código de etiqueta militar el silencio y la rigidez son señales de cortesía.

El hombre al que se procedía a colgar tenía unos treinta y cinco años. Era un civil a juzgar por sus ropas, que eran las propias de un plantador. Sus rasgos eran atractivos –una nariz recta, una boca firme, una frente ancha de la que nacía el cabello largo y oscuro que, peinado hacia atrás, caía tras las orejas y hasta el cuello de su bien cortada levita. El hombre llevaba bigote y una barba puntiaguda pero sin patillas; sus ojos eran grandes y de color gris oscuro, y tenían una expresión amable que no cabría esperar en un hombre cuyo cuello estaba rodeado por una soga. Obviamente no era un vulgar asesino. El liberal código militar regula la ejecución de todo tipo de personas sin excluir a los caballeros.[1]

Al completarse los preparativos, los dos soldados rasos se hicieron a un lado y cada uno retiró el tablón sobre el que se había colocado. El sargento se volvió hacia el capitán, saludó y se situó inmediatamente detrás de este oficial, quien por su parte se apartó un paso. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento solos sobre cada uno de los extremos del mismo tablón, que abarcaba tres traviesas del puente. El extremo sobre el que se hallaba el civil casi alcanzaba una cuarta traviesa. El peso del capitán había mantenido este tablón en su sitio; ahora lo hacía el peso del sargento. A una señal del primero el segundo se apartaría, el tablón se inclinaría y el condenado caería entre dos travesaños. El hombre juzgó el método simple y efectivo. No le habían tapado el rostro ni vendado los ojos. Miró un instante la insegura tarima y deslizó la vista hasta las tumultuosas aguas del arroyo, que corrían raudas bajo sus pies, y las siguió corriente abajo. ¡Parecían tan lentas! ¡Qué arroyo tan perezoso!

Cerró los ojos para así concentrar sus últimos pensamientos en su mujer y sus hijos. El agua, teñida de oro por el primer sol de la mañana, la neblina enzarzada con las orillas a cierta distancia aguas abajo, el fuerte, los soldados, un madero a la deriva –todo ello lo había distraído. Fue entonces cuando llamó su atención algo en lo que no había reparado. Imponiéndose a los pensamientos dedicados a sus seres queridos se alzaba un sonido que no podía ni ignorar ni comprender, una percusión metálica, nítida y clara como los martillazos del herrero sobre el yunque; tenía la misma sonoridad. Se preguntó qué podía ser y si venía de lejísimos o de cerca –ambas cosas parecían posibles. Su ritmo era regular pero lento como el tañido de las campanadas que anuncian una muerte. Aguardó cada nuevo repicar con impaciencia –no sabía por qué- y aprensión. Los intervalos de silencio se hicieron progresivamente más largos; las pausas eran insoportables. Al espaciarse, los sonidos ganaron fuerza y nitidez. Herían su oído como puñaladas; pensó horrorizado que pronto gritaría. Lo que oía era el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y contempló de nuevo el agua bajo sus pies. “Si lograra desatarme las manos” pensó, “podría deshacerme del lazo que aprieta mi cuello y saltar al agua. Si buceo podría esquivar las balas y, nadando con todas mis fuerzas, podría alcanzar la orilla; entraría entonces en el bosque y no pararía hasta llegar a casa. Mi hogar, gracias a Dios, todavía está fuera de las líneas enemigas; mi esposa y los pequeños están a salvo de las posiciones más avanzadas del invasor”.

Mientras los pensamientos que han sido aquí consignados al papel más que brotar de él relampagueaban en el cerebro de este desdichado, el capitán le hizo una señal al sargento. Éste se hizo a un lado.

II

Peyton Fahrquhar era un próspero hacendado de una antigua y muy respetada familia de Alabama. Como todos los que poseían esclavos se consideraba un político, y por ello fue uno de los primeros secesionistas y un ardiente defensor de la causa del Sur.[2] Circunstancias de una naturaleza ineludible, que no es necesario relatar aquí, habían impedido que se alistara en el gallardo ejército que había luchado en las desastrosas campañas que culminaron en la caída de Corinth[3], y él sufría a causa de su deshonrosa inmovilidad, deseando dar rienda suelta a sus energías llevando una vida plena de soldado y disfrutando de la oportunidad de alcanzar la gloria. Sentía que esa oportunidad llegaría, como le llega a todos en tiempo de guerra. Mientras tanto hacía cuanto podía. Ningún servicio que pudiera prestar en ayuda del sur era demasiado nimio, ninguna aventura demasiado peligrosa siempre que encajara con la personalidad de un civil que se sentía soldado y que, de buena fe y sin reflexionar a fondo sobre el tema, estaba de acuerdo al menos en parte con esa máxima francamente ruin de que en el amor y en la guerra todo vale.

Una tarde en que Fahrquhar y su esposa estaban descansando en un rústico banco cerca de la entrada de sus tierras, un soldado luciendo el uniforme gris del Sur detuvo su

montura ante la verja y pidió un vaso de agua. La Sra. Fahrquhar se mostró encantada de poder servirlo con sus propias blancas manos.[4] Mientras iba a por el agua su marido se acercó al jinete cubierto de polvo y le pidió con gran avidez noticias del frente.

"Los Yanquis están reparando las vías del ferrocarril", dijo el hombre, "y se preparan para otro avance. Ya han alcanzado el puente del arroyo del Búho, lo han reparado y han construido una empalizada en la orilla norte. El comandante ha dado una orden, que se puede ver en carteles por todas partes, en el sentido de que cualquier civil al que se descubra saboteando las vías, los puentes, túneles o trenes será colgado de inmediato. Yo mismo la he visto".

"¿Cuánto hay de aquí al puente del arroyo del Búho?", preguntó Fahrquhar.

"Unas treinta millas".

"¿No hay soldados en este lado del arroyo?"

"Sólo un piquete destacado a media milla, en las vías, y un solo centinela de este lado del puente."

"Suponga que un hombre –un civil partidario de la horca- pudiera eludir el piquete y tal vez engatusar al centinela", dijo Fahrquhar sonriendo, "¿qué podría conseguir?"

El soldado se paró a pensar. "Estuve allí hace un mes", respondió. "Observé que la crecida del pasado invierno había arrastrado una gran cantidad de troncos hasta el muelle de madera a este lado del puente. Ahora está seca y arderá bien".

La dama ya había regresado con el agua, que el soldado bebió. Él le dio las gracias cortésmente, se inclinó ante su esposo y se marchó. Una hora más tarde, tras el ocaso, volvió sobre sus pasos, dirigiéndose hacia el norte en la dirección de la que había venido. Era un explorador Federal.[5]

III

Al precipitarse puente abajo Peyton Fahrquhar perdió el sentido y quedó como muerto. De este estado despertó –muchísimo más tarde, le pareció- a causa del dolor que le producía una fuerte presión sobre su garganta, seguida por una sensación de asfixia. Dolores agudos y penetrantes que partían de su cuello traspasaban cada fibra de su tronco y de sus extremidades. Estos dolores parecían relampaguear a lo largo de ramificaciones bien definidas y seguir un ritmo regular increíblemente rápido. Eran como corrientes de fuego palpitante que lo calentaban hasta alcanzar temperaturas insoportables. En cuanto a su cabeza, sólo era consciente de una impresión de saturación –de congestión. Estas sensaciones anulaban todo pensamiento. La parte intelectual de su naturaleza se había borrado; sólo tenía poder para sentir, y sentir era un tormento. Era consciente de que se movía. Rodeado de una nube luminosa, de la que él era simplemente el ardiente corazón, sin sustancia material, se balanceó oscilando en arcos impensables como los de un gran péndulo. De repente, con una terrible urgencia, la luz que lo rodeaba salió despedida hacia arriba acompañada por el ruido de una gran salpicadura; un tremendo rugido se adueñó de sus oídos y todo se volvió frío y oscuro. Su capacidad de razonar reapareció; se dio cuenta de que la soga se había roto y de que él había caído al agua. No es que se estuviera ahogando sino que el lazo alrededor de su cuello lo estaba asfixiando preservando los pulmones del agua. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! –la idea le parecía ridícula. Abrió los ojos en la oscuridad y vio por encima de su cabeza un destello de luz pero ¡qué distante, qué inaccesible! Se estaba hundiendo aún puesto que la luz se debilitaba cada vez más hasta no ser más que un mero temblor. Al empezar a aumentar y hacerse más brillante supo que se estaba elevando hacia la superficie –lo supo con pesar ya que para entonces se sentía muy cómodo. "Ser ahorcado y ahogarse", pensó, "no es tan malo; pero no quiero que me disparen. No; no quiero que me disparen; eso no es justo".

No era consciente del esfuerzo, pero un dolor agudo en su muñeca le advirtió que estaba intentando desatarse las manos. Prestó atención al forcejeo del mismo modo que una persona ociosa podría observar las proezas de un malabarista, sin interés en sus logros. ¡Qué empeño tan espléndido! ¡Qué fuerza tan magnífica y sobrehumana! ¡Ah, qué gran propósito! ¡Bravo! La ligadura se desprendió; sus brazos se separaron y flotaron hacia arriba, las manos apenas se veían en la luz cada vez más radiante. Observó con renacido interés como una y después la otra se abalanzaban sobre el lazo alrededor del cuello. Lo arrancaron y lo dejaron caer a un lado ondulándose como una serpiente acuática. "¡Devolvedlo a su sitio, devolvedlo a su sitio!" Creyó haber gritado esas palabras a sus manos porque al soltarse el lazo había sentido el dolor más insufrible de todos los que había sufrido. Su cuello le dolía horriblemente; su cerebro ardía, su corazón, que había estado latiendo débilmente, dio un gran vuelco, intentado salirse de su boca. ¡Todo su cuerpo se convulsionaba y se retorcía con una angustia insoportable! Pero sus díscolas manos no hacían caso de la orden. Batieron el agua con vigor dando rápidas brazadas hacia abajo que lo llevaron en vilo a la superficie. Sintió cómo emergía su cabeza, cómo quedaban sus ojos cegados por el sol; su tórax se dilató convulsivamente y sufriendo un suplicio intensísimo y supremo sus pulmones tragaron una gran cantidad de aire que en seguida expulsó con un grito de dolor.

Había recobrado por fin la plena posesión de sus sentidos físicos. Los notaba aguzados y alerta de un modo sin duda sobrehumano. Algo en esa tremenda turbulencia de su sistema orgánico lo había elevado y refinado de tal modo que sus sentidos captaban cosas que nunca antes habían percibido. Sentía las ondas del agua sobre su rostro y oía por separado cada uno de sus sonidos al romper sobre él. Contempló el bosque en la orilla del río, vio con claridad cada uno de los árboles, cada una de las hojas y los nervios de cada hoja –vio hasta los insectos sobre ellas: las langostas, las moscas de cuerpo brillante, las grises arañas tejiendo sus telas de rama a rama. Percibió los colores del prisma reflejado en todas las gotas de rocío sobre un millón de hojas de hierba. El murmullo de los mosquitos que bailaban sobre los remolinos de la corriente, el batir de las alas de las libélulas, las brazadas que las arañas de agua daban con sus patas como remos que impulsan el bote –todo ello producía música audible para él. Un pez se deslizó bajo sus ojos y oyó el susurro de su cuerpo contra el agua.

Había salido a la superficie en el sentido de la corriente; en seguida el mundo visible empezó a girar lentamente como si él mismo fuera su eje central y vio el puente, el fuerte, los soldados sobre el puente, el capitán, el sargento, los dos soldados rasos y a sus ejecutores. Su silueta se recortaba contra el cielo azul. Gritaron y gesticularon señalándolo con el dedo. El capitán empuñó su pistola pero no disparó; los otros no llevaban armas. Sus movimientos eran grotescos y horribles, sus figuras gigantescas.

De repente oyó el ruido seco de un disparo y algo dio en el agua pulcramente a pocas pulgadas de su cabeza, salpicándolo. Oyó un segundo disparo y vio a uno de los centinelas con el rifle al hombro, con una liviana nube de humo alzándose de la boca del cañón. El hombre que estaba en el agua pudo ver el ojo del hombre que le apuntaba a través de la mirilla del rifle. Observó que era un ojo gris y recordó haber leído que los ojos grises tenían la mejor visión y que todos los grandes tiradores los tenían de ese color. Sin embargo éste había errado el tiro.

Un remolino atrapó a Fahrquhar y lo hizo girar de nuevo, poniéndolo otra vez de cara al bosque de la orilla frente al fuerte. El soniquete monótono de una voz aguda y nítida sonó detrás de él y le llegó a través del agua con una sonoridad que penetraba y dominaba todos los demás sonidos, incluso el batir de las ondas en sus oídos. Aunque no era soldado conocía los campamentos lo bastante bien como para saber el pavoroso significado de esa cantinela premeditada, vehemente y precisa: el teniente daba la instrucción matinal en la orilla. Con qué frialdad y falta de compasión –con qué entonación sosegada y regular, anunciando y

reforzando la calma de sus hombres- con qué ritmo tan bien calculado sonaron esas crueles palabras: “¡Compañía!... ¡Atención!... ¡Carguen!... ¡Preparados!... ¡Apunten!... ¡Fuego!”

Fahrquhar se zambulló a tanta profundidad como pudo. El agua rugió en sus oídos como la voz del Niágara, pero pese a ello aún oyó el trueno sordo de la descarga y, emergiendo de nuevo a la superficie, se dio de cara con piezas de metal, extrañamente aplanadas, que se hundían lentamente. Algunas de ellas le dieron en el rostro y las manos antes de continuar su descenso. Una se alojó entre su cuello y el de la camisa; estaba insoportablemente caliente y la arrancó como pudo.

Al subir a la superficie, buscando una bocanada de aire fresco, se dio cuenta de que había permanecido mucho tiempo bajo el agua dado que la corriente lo había arrastrado a bastante distancia –acercándolo a la salvación. Los soldados casi habían acabado de recargar; las baquetas de metal refulgieron al sol cuando las sacaron de los cañones, las giraron en el aire y las pusieron en su resguardo. Los dos centinelas dispararon de nuevo, cada uno por su cuenta y sin acierto.

El hombre perseguido vio todo esto al mirar por encima de su hombro mientras nadaba con todas sus fuerzas siguiendo la corriente. Su cerebro tenía tanto vigor como sus brazos y piernas y pensó con la velocidad del rayo: “El oficial”, razonó, “no cometerá un segundo error por mantener la disciplina. Es tan difícil esquivar una descarga como un solo tiro. Probablemente, ya ha dado la orden de disparar a voluntad. ¡Qué Dios me ayude, no puedo esquivarlo todo!”

A dos yardas algo cayó en el agua con avasalladora fuerza seguido de un ruido ensordecedor que, disminuyendo, pareció retornar al fuerte a través del aire y ¡morir en una explosión que sacudió el mismo lecho del río! ¡Una imponente pared de agua se levantó sobre él, lo engulló, lo cegó y lo sofocó! El cañón había entrado en el juego. Al sacar la cabeza del torbellino pudo oír cómo el proyectil desviado zumbaba y en un instante alcanzaba y hacía pedazos las ramas del bosque algo más allá.

“No harán lo mismo otra vez”, pensó, “la próxima vez usarán una carga de metralla. Tengo que fijarme en el cañón; el humo me dará una buena pista –el sonido del disparo llega demasiado tarde, después del proyectil. Es un buen cañón”.

De repente sintió que daba vueltas sin parar -rodando como una peonza. El agua, las orillas, el puente ya lejano, el fuerte y los hombres, todo se mezclaba y se hacía borroso. De los objetos sólo se percibían los colores; masas circulares de color –eso era todo lo que veía. Lo había atrapado un remolino que lo hacía girar con una gran velocidad de avance y de rotación y que lo dejaba mareado y descompuesto. En unos instantes se vio lanzado sobre la grava al pie de la orilla izquierda del río –la orilla sur- y tras un saliente que lo ocultaba a los ojos de sus enemigos. El repentino fin de su trayectoria y la mano despellejada por contacto con la grava lo reanimaron y lloró de puro gozo. Hundió sus dedos en la arena, se la tiró por encima a puñados y la bendijo en voz alta. Le parecían diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada hermoso a lo que no se pareciera. Los árboles sobre la orilla eran grandes plantas de jardín; había un orden intencionado en su disposición y se dedicó a oler la fragancia de sus flores. Una extraña luz rosada brillaba a través de los espacios entre los troncos y el viento tocaba música con sus ramas como si fueran arpas eólicas. Casi no le apetecía llevar su huida hasta el final –le parecía suficiente quedarse en este lugar encantado hasta que lo capturaran.

El zumbido de una descarga de perdigones que dio en las ramas altas sobre su cabeza lo sacó de su ensueño. El perplejo cañonero le había disparado un tiro al azar a modo de despedida. Se puso en pie de un salto, corrió pendiente arriba por la orilla y se lanzó al bosque.

Viajó todo el día guiándose por el sol. El bosque parecía interminable; no había sendero alguno, ni siquiera uno hecho por un leñador. No sabía que vivía en una región tan salvaje. Había algo inquietante en ese descubrimiento.

Al caer la noche se encontraba fatigado, con los pies doloridos y muy hambriento. Sacaba fuerzas de flaqueza al pensar en su esposa e hijos. Al fin dio con un camino que le llevó en la dirección que él sabía era la correcta. Era ancho y rectilíneo como una calle, pero parecía no haber sido pisado jamás. No había campos en los márgenes ni casa alguna a la vista. Nada, ni siquiera un ladrido, indicaba que cerca había gente. Los negros cuerpos de los árboles formaban un muro a ambos lados que se perdía en el horizonte, como el diagrama de una lección sobre la perspectiva. Sobre su cabeza, según vio al alzar la vista entre las copas de los árboles, brillaban grandes estrellas doradas de aspecto desconocido y agrupadas en constelaciones irreconocibles. Estaba seguro de que estaban dispuestas en un orden que tenía un significado secreto y maligno. En el bosque, a ambos lados del camino, se oían singulares sonidos entre ellos –una y otra vez- murmullos en una lengua ininteligible.

Le dolía el cuello y al llevarse las manos a él lo encontró sumamente hinchado. Estaba seguro de que tenía un círculo negro allí donde la soga lo había rozado. Sentía los ojos abotargados, ya no podía cerrarlos. Su lengua estaba inflamada por la sed y buscando alivio para su fiebre la dejó asomar entre dientes al aire frío. ¡Qué suave era la hierba que alfombraba la intacta avenida –ya no sentía el camino bajo los pies!

Sin duda, pese a su sufrimiento, se había quedado dormido porque ahora ve otra escena –tal vez tan sólo ha dejado atrás el delirio. Se encuentra delante de la verja de su propio hogar. Todo es como lo dejó, reluciente y hermoso bajo el sol matinal. Debe haber viajado toda la noche. Al abrir la verja y tomar la ancha vereda blanca, ve agitarse unos ropajes femeninos; su esposa, con un semblante lozano, sereno y dulce deja la galería para recibirlo. Se queda esperando al pie de las escalera, con una sonrisa de indescriptible alegría, en una pose de inigualable gracia y dignidad. ¡Ah, qué hermosa es! Ella corre hacia él con los brazos abiertos. Cuando ya está a punto de abrazarla siente un golpe contundente en la nuca; una luz blanca y cegadora relumbra a su alrededor acompañada de un ruido como el retumbar de un cañón -¡todo es oscuridad y silencio!

Peyton Fahrquhar había muerto; su cuerpo, con el cuello roto, oscilaba con suavidad de lado a lado bajo los maderos del puente del arroyo del Búho.

Notas

1. ‘Gentleman’ o ‘caballero’ no significa aquí un hombre de modales exquisitos sino un hombre respetable de estatus social alto, muy distinto al de un “vulgar asesino”. Habría que preguntarse si nuestra simpatía hacia el condenado variaría de ser éste un rufián de baja estofa.
2. La Guerra Civil americana (1861-5) estalló cuando 11 estados sureños formaron una Confederación con intención de formar una república federal independiente. Sus vecinos yanquis del norte, encabezados por el Presidente Abraham Lincoln, amenazaban con abolir la esclavitud de los africanos en esos estados, pieza esencial de su economía agraria. La abolición se firmó en 1865 al salir el sur derrotado de la Guerra Civil.
3. Acontecida en 1862.
4. Lo habitual hubiera sido que le sirviera el agua una esclava.
5. Como tal debería haber vestido el uniforme azul del ejército del Norte y no el gris del Sur.

AMBROSE BIERCE, "Un incidente en el puente del arroyo del Búho" (1891).
ROBERTO ENRICO, *La rivière du hibou* (1961). Guión de Roberto Enrico. Filmartic/Films du Centaure. Blanco y negro. 28 mins.

"Un incidente en el puente del arroyo del Búho" es un relato imprescindible en cualquier antología de las grandes obras dentro de su género. Lo que le da su singular valor no es sólo su tema -¿qué ocurre cuando morimos?- sino también su final, excepcionalmente cruel con su protagonista y con los lectores que simpatizan con él. "Un incidente...", publicado originalmente en la colección *Cuentos de soldados y civiles* (1891) le ha dado fama imperecedera a su autor conjuntamente con el volumen *El diccionario del Diablo*.

Ambrose Bierce, nacido en 1842 en Ohio y criado en una granja de Indiana, se dedicó mayormente al periodismo de opinión tras una etapa en el ejército regular –luchó del lado de la Unión en la Guerra Civil americana (1861-5), experiencia que lo marcó profundamente y no sólo porque de ella le quedó una bala alojada en el cráneo- y otras ocupaciones nada literarias tales como empleado de la Casa de la Moneda Americana y gestor de minas. Conocido por su carácter amargo, aumentado por su tormentosa vida doméstica, como autor prefirió las piezas cortas, tanto el relato como la columna periodística y, si bien evitó la novela, le dio a su vida un novelesco final al desaparecer en Méjico en 1914 sin que se sepa si se suicidó o si murió en el cerco de Ojinega durante la breve guerra entre este país y EEUU. Tal insólita circunstancia le inspiró al novelista mejicano su obra *Gringo viejo* (1985), llevada al cine por Luis Puenzo (1989) con Gregory Peck como protagonista.

Bierce inició su carrera periodística y literaria en San Francisco a partir de 1867; su primer relato apareció en 1871, fecha en la que, además, contrajo infeliz matrimonio con Mollie Day (se divorciaron en 1905). La pareja vivió entre 1872 y 1875 en Londres y tras una estancia en Dakota asociada con un negocio minero en 1887 Bierce se incorporó a la plantilla del periódico *San Francisco Examiner* del magnate retratado por Orson Welles en *Ciudadano Kane* (1941), William Randolph Hearst, cuyos intereses siempre defendió. Durante veinte años, en los que vivió principalmente en Washington D.C., Bierce escribió entre otras colaboraciones con diversos medios una popular columna bajo el título *Prattle* ('Cháchara') y redactó los epigramas recogidos en *El libro de vocablos del cínico* (1906), rebautizados al publicarlos en sus obras completas (1909-12) con el título de *El diccionario del Diablo*.

"Un incidente...", como habrá apreciado el lector, es un cuento tenso y terso que narra con todo lujo de detalles cómo al ser ejecutado en la horca Peyton Fahrquhar cree vivir un laborioso pero feliz retorno a casa que es bruscamente interrumpido por su muerte. Tal vez la manera más adecuada de leer este relato es suponer que Bierce especula en él sobre qué le sucede al cerebro en las extremas circunstancias por las que pasa Peyton. En lugar de la archiconocida visión del túnel o del resumen de la vida propia que tantas personas al borde de la muerte han descrito, Bierce supone que el cerebro de Peyton sobrevive lo justo para imaginar el regreso a casa y que esa alucinación se basa en sus últimos pensamientos, centrados en su familia y, lógicamente, en su deseo de escapar. El truco del cuento, por lo demás extremadamente realista, consiste en no plantear duda alguna sobre qué le está ocurriendo a Peyton, de modo que tras sufrir con él en su atribulada huida el lector se siente desagradablemente sorprendido al comprobar que Peyton lejos de escapar, ha muerto. El otro truco consiste en escoger como protagonista a un caballero que tiene motivos honorables para realizar una acción terrorista y no, como señala Bierce de pasada, a un "vulgar asesino", caso en el que seguramente nuestra simpatía sería menor.

La particularidad de las adaptaciones al cine y la televisión de las obras de Bierce es que han inspirado casi exclusivamente cortometrajes o, en el caso de la televisión, episodios de duración media (de 30 a 45 minutos). Ése es el caso del excelente cortometraje del francés

Roberto Enrico (1931-2001) que adapta "Un incidente en el arroyo del Búho" en tan sólo 28 minutos. Enrico, de hecho, estrenó en 1963 *Au cour du vie*, largometraje compuesto o episódico que recoge no sólo *La rivière du hibou* sino también otros dos cortos basados en historias de Bierce: *L'oiseau moqueur* (basado en "The Mockingbird") y *Chickamauga*, del cuento epónimo, hoy prácticamente desaparecidos. *La rivière du hibou* ganó el premio al mejor cortometraje en el Festival de Cannes de 1961, un Oscar en la misma categoría en 1964 y cerró ese mismo año la longeva serie de Rod Serling *En los límites de la realidad* (1959-64). Al parecer, Serling, agotado ya su presupuesto, decidió poner un broche de oro a su serie, que tanto hizo por promocionar el fantástico en televisión y que tantos buenos autores adaptó, con el corto de Enrico, razón por la cual se lo puede encontrar en DVD en un volumen de clásicos de *En los límites*... con el añadido del prólogo y el epílogo con la voz del propio Serling. Alfred Hitchcock había ya patrocinado una adaptación del relato en 1959 para su no menos exitosa serie *Alfred Hitchcock presenta* (1955-62, primera fase) pero fue el insigne Charles Vidor quien dirigió la primera versión para cine en 1929, la película muda más conocida como *El espía*.

La adaptación de Enrico, en blanco y negro y escrita por el propio director, ignora el *flashback* en el que Bierce narra cómo Fahrquhar es tentado por el falso explorador sureño a cometer la acción terrorista que le cuesta la vida, usando en su lugar simplemente el cartel que amenaza con la pena de muerte a todo civil que interfiera con el ferrocarril y el puente. Aparte de esta variación, la adaptación es muy fiel al texto, cosa nada fácil dado que el cuento narra principalmente las impresiones y emociones del ajusticiado desde un punto de vista subjetivo y silencioso. Enrico imita a la perfección, sin embargo, el modo en que Bierce conecta al lector con la subjetividad de Fahrquhar, apoyándose además en un excelente tratamiento del sonido para compensar la ausencia de narrador. Su ralentización en momentos clave y el uso de música –una graciosa cancioncilla con letra que comenta las sensaciones del ahorcado al caer al río ("Live living man"), un repique de tambor para el largo camino a casa- compensan muy bien esa ausencia. Como puntos negativos cabe destacar el reparto –Roger Jacquet actúa bien pero parece más un bracero mejicano que un plantador americano sureño-, el aspecto excesivamente mediterráneo del bosque que atraviesa Fahrquhar y un involuntario tono cómico en el momento del tan deseado abrazo entre él y su esposa. Con todo, es, sin duda, una estupenda adaptación.

Sin ser versiones directas de "Un incidente..." hay varias películas, todas ellas largometrajes, que pueden calificarse de adaptaciones indirectas al tomar prestado el motivo central del cuento, es decir, el tema de la persona muerta que ignora su condición. *Carnival of Souls* (Herk Hervey, escrita por John Clifford, 1962), película de terror de culto no estrenada en España, narra lo que le ocurre a la joven Mary Henry tras escapar –en apariencia- de un accidente de coche. La violenta *A quemarropa* (1967, John Boorman, escrita por Alexander Jacobs, David Newhouse y Rafe Newhouse siguiendo la novela de Donald E. Westlake *The Hunter*), sitúa en el centro de la acción a un ladrón (Lee Marvin) que busca vengarse del cómplice que le disparó a traición. La alucinatoria *La escalera de Jacob* (1990, Adrian Lyne, escrita por Bruce Joel Rubin) retrata el martirio de un veterano de Vietnam (Tim Robbins) víctima de un experimento militar fallido. Más recientemente, dos películas escritas por sus propios directores -*El sexto sentido* (1999, M. Night Shyamalan), protagonizada por Bruce Willis, y *Los otros* (2001, Alejandro Amenábar) con Nicole Kidman- han mezclado el tema derivado de Bierce con la figura del fantasma con resultados excelentes. En el caso de *Los otros* una escena en particular, la de la visita a la casa familiar del marido ausente por estar combatiendo en la Segunda Guerra Mundial, tiene innegables ecos biercianos.

"Un incidente..." se revela pues, no sólo como un relato inquietante, perfectamente hilvanado y capaz de inspirar estupendos cortometrajes como el de Roberto Enrico sino también como el texto seminal que ha inspirado diversas películas en apariencia muy

dispares. Es difícil determinar hasta que punto en estos largometrajes el guión se inspira directamente en la lectura de Bierce pero la coincidencia en el tratamiento de la muerte hace suponer que, por lo menos, se conoce su famoso cuento de segunda mano.

“La historia de Hoichi el Desorejado” (1904), Lafcadio Hearn (1850-1904)

Hace más de setecientos años, en Dan-no-ura, en los estrechos de Shimonoseki, se libró la última batalla en la larga lucha entre los Heike, o clan Taira, y los Genji, o clan Minamoto. Fue ahí donde los Heike fueron aniquilados, con sus mujeres y niños y su emperador niño –hoy recordado como Antoku Tenno. Y el mar y la orilla llevan setecientos años hechizados... En otra historia os hablé ya de los extraños cangrejos que se encuentran allí, llamados cangrejos Heike, que tienen caras humanas en sus dorsos y se dice que son espíritus de guerreros Heike (1). Pero hay muchas cosas extrañas que ver y oír a lo largo de esa costa. En noches oscuras miles de fuegos fatuos flotan sobre la playa, o revolotean sobre las olas –luces pálidas que los pescadores llaman Oni-bi, o fuegos endemoniados; y, siempre que se levantan los vientos, se oye un griterío que surge del mar, como el clamor de una batalla.

Años atrás los Heike eran mucho más revoltosos de lo que lo son hoy. Solían asaltar los barcos que pasaban de noche con intención de hacerlos naufragar; y siempre vigilaban si había nadadores para hundirlos en las aguas. Fue precisamente para apaciguar a los difuntos que se construyó el templo budista de Amidaji en Akamagaseki (2). También se construyó un cementerio, cerca de la playa; en él se erigieron monumentos inscritos con los nombres del emperador ahogado y de sus grandes vasallos y se ofrecieron servicios budistas regularmente, a cuenta de sus espíritus. Después de que se construyera el templo y se erigieran las tumbas, los Heike dieron menos problemas que antes pero continuaron haciendo cosas raras de tanto en tanto –probando así que no habían encontrado la paz perfecta.

Hace algunos siglos vivía en Akamagaseki un hombre ciego llamado Hoichi, que era famoso por su habilidad en el recitado y como instrumentista de *biwa* (3). Desde su infancia había recibido formación para recitar y tocar y siendo aún un muchacho superaba ya a sus maestros. Como *biwa-hoshi* profesional se hizo especialmente famoso por sus recitales sobre la historia de los Heike y los Genji y se decía que cuando cantaba la canción de la batalla de Dan-no-ura “ni siquiera los duendes *kijin* podían contener las lágrimas”.

Al inicio de su carrera, Hoichi era muy pobre pero encontró un buen amigo que lo ayudó. El sacerdote de Amidaji era un gran aficionado a la poesía y la música y solía invitar a Hoichi al templo para que tocara y diera recitales. Más adelante, muy impresionado por la maravillosa pericia del muchacho, el sacerdote propuso que Hoichi hiciera del templo su hogar y esta oferta fue aceptada con gratitud. Se le dio a Hoichi una habitación en el edificio del templo y, a cambio de comida y alojamiento, sólo se le pidió que complaciera al sacerdote ofreciéndole una actuación musical en ciertas noches cuando no tuviera otros compromisos.

Una noche de verano el sacerdote tuvo que acudir a celebrar una ceremonia budista en la casa de un parroquiano fallecido y se llevó a su acólito, dejando solo a Hoichi en el templo. Era una noche calurosa y el ciego se propuso aliviar el calor con el frescor de la galería que había delante de su dormitorio. La galería daba a un pequeño jardín en la parte trasera del templo de Amidaji. Ahí Hoichi esperó a que el sacerdote volviera e intentó mitigar su soledad practicando con su *biwa*. Pasó la medianoche y el sacerdote no aparecía. El aire en el interior era aún muy cálido como para sentirse a gusto y Hoichi permaneció en el exterior. Al fin oyó pasos acercándose a la puerta trasera del jardín. Alguien cruzó el jardín, avanzó hasta la galería y se paró directamente delante de él –pero no era el sacerdote. Una voz profunda

pronunció el nombre del ciego –con aspereza y descortesía, con el tono del samurái que ordena a un subordinado que se presente:

“¡Hoichi!”

“¡*Hai*!”, contestó el ciego, asustado por el tono amenazador de la voz. “¡Estoy ciego! ¡No puedo saber quién me llama!”

“No hay nada que temer”, exclamó el extraño, hablando más amablemente. “Estoy alojado cerca de este templo y me han enviado para darte un mensaje. Mi señor actual, una persona de altísimo rango, se aloja en Akamagaseki, con un gran séquito de nobles. Deseaba ver la escena de la batalla de Dan-no-ura y hoy ha visitado ese lugar. Habiendo oído hablar de tu destreza para recitar la historia de la batalla, desea oír tu recital ahora, así que toma tu *biwa* y ven conmigo de inmediato a la casa donde la augusta asamblea te espera”.

En aquellos tiempos, no se desobedecía la orden de un samurái a la ligera. Hoichi se puso las sandalias, tomó su *biwa* y se marchó con el extraño, que lo guiaba hábilmente pero lo obligaba a andar muy rápido. La mano que lo guiaba era de hierro y el sonido metálico del paso del guerrero indicaba que estaba armado de pies a cabeza –era probablemente algún guardia de servicio. La alarma inicial que sintió Hoichi se disipó: empezó a imaginarse que tenía buena suerte ya que al recordar las palabras del recadero sobre ‘una persona de altísimo rango’ pensó que el señor que quería oír el recital no podía ser menos que un *daimyo* de primera clase. Al poco el samurái se detuvo y Hoichi notó que habían llegado a un gran portal y se preguntó a cuál, ya que no podía recordar que hubiera una puerta grande en esa parte de la ciudad, excepto la principal de Amidaji. “¡*Kaimon*!”(4) voceó el samurái y se oyó el ruido que produce una tranca al ser retirada y los dos entraron. Atravesaron un espacio de jardín y se detuvieron de nuevo delante de otra entrada y el recadero gritó en voz alta “¡Los de ahí dentro! He traído a Hoichi!”. Se oyó entonces ruido de pasos apresurados y pantallas que se deslizaban y puertas que se abrían y voces femeninas que conversaban. Por el lenguaje de las mujeres Hoichi supo que eran sirvientas en alguna casa noble pero no podía imaginar a qué lugar lo habían conducido. Tuvo poco tiempo para especular. Después de que lo ayudaran a subir varios peldaños de madera, y que le dijeran al alcanzar el último que dejara allí sus sandalias, una mano de mujer lo guió a lo largo de interminables tramos de madera pulida, resiguiendo tantos ángulos marcados por columnas que no podía recordarlos, y sobre asombrosas extensiones de suelo forrado de esteras hasta el centro de un vasto apartamento. Le pareció que había allí reunidas muchas personas: el susurro de la seda era como el de las hojas en un bosque. Oyó también un gran cuchicheo de voces hablando en voz baja usando el habla de la corte.

Se le dijo a Hoichi que se pusiera cómodo y encontró un cojín para arrodillarse preparado para recibirlo. Tras acomodarse y afinar su instrumento, una voz de mujer –que supuso sería la de la *Rojo* o matrona a cargo del servicio doméstico- se dirigió a él diciéndole:

“Se te pide que recites la historia de los Heike acompañado de la *biwa*”.

El recital entero ocupaba muchas noches de modo que Hoichi se atrevió a preguntar:

“Dado que lleva tiempo recitar toda la historia, ¿qué parte les gustaría oír a vuecencias?”

La voz de la mujer replicó:

“Recita la historia de la batalla de Dan-no-ura, ya que en ella se haya la compasión más profunda”. (5)

Hoichi alzó entonces la voz y entonó el canto de la lucha en el amargo mar, replicando maravillosamente con su *biwa* el sonido de los remos en tensión y los barcos deslizándose sobre el agua, el zumbido de las sibilantes flechas, el griterío y el ruido de las pisadas de los hombres, el estrépito del acero sobre los cascos, el chapoteo de los cadáveres arrojados al agua. A diestra y siniestra, en las pausas de su recitado, podía oír murmullos de admiración: “¡Qué artista tan maravilloso!”, “Nunca ha habido en nuestra provincia nadie igual!”, “¡En

todo el imperio no hay otro cantante como Hoichi!” Esto lo animó y tocó y cantó incluso mejor que antes y el maravillado silencio se hizo aún más profundo en torno a él. Cuando al fin llegó al punto en que se narraba el destino de las bellas y de los inocentes –el triste perecer de las mujeres y los niños- y el salto mortal al agua de Nii-no-Ama con el infante imperial en sus brazos, entonces dieron los oyentes un largo, largo estremecedor grito de angustia y a continuación lloraron y se lamentaron en voz tan alta y con tal descontrol que el ciego tuvo miedo de la violencia y de la pena que había desatado. Los llantos y los lamentos continuaron durante largo tiempo. Gradualmente, sin embargo, las lamentaciones se apagaron y, de nuevo, en la gran calma que se impuso, Hoichi oyó la voz de la mujer que suponía era la *Rojo*.

Ella dijo:

“Aunque nos habían asegurado que eres tocas la *biwa* con gran arte y que no tienes equivalente en el recitado, no sabíamos que se podía ser tan diestro como tú has demostrado ser esta noche. A nuestro señor le complace decir que tiene la intención de otorgarte una recompensa a la altura de tus méritos. Desea, sin embargo, que actúes de nuevo ante él cada noche durante las seis siguientes –después de lo cual probablemente emprenderá su viaje de regreso. Mañana por la noche, por lo tanto, debes presentarte aquí a la misma hora. El servidor que te condujo esta noche hasta aquí te irá a recoger. Hay otro asunto del cual debo informarte. Se te exige que no hables con nadie de tus visitas aquí mientras dure la estancia de nuestro augusto señor en Akamagaseki. Como está viajando de incógnito (6), ordena que no se haga mención alguna de todo esto... Eres libre de volver a tu templo”.

Después de que Hoichi diera las gracias debidamente, una mano de mujer lo condujo a la entrada de la casa, donde el mismo sirviente que lo había guiado antes, lo esperaba para llevarlo a casa. El sirviente lo dejó en la galería en la parte trasera del templo y se despidió de él.

Era casi el alba cuando Hoichi regresó pero su ausencia había pasado desapercibida ya que el sacerdote, que volvió a una hora muy tardía, lo creía dormido. Durante el día Hoichi pudo descansar algo y no dijo nada sobre su extraña aventura. En medio de la noche siguiente el samurái vino de nuevo a por él y lo condujo ante la augusta asamblea, donde dio otro recital con el mismo éxito obtenido por su actuación anterior. No obstante, se descubrió accidentalmente su ausencia del templo durante esta segunda visita y tras su regreso por la mañana se le ordenó presentarse ante el sacerdote, quien le dijo en un tono de afable reproche:

“Hemos estado muy preocupados por ti, amigo Hoichi. Salir, ciego y solo, a una hora tan intempestiva es muy peligroso. ¿Por qué te marchaste sin decírnoslo? Habría podido ordenar a un sirviente que te acompañara. ¿Y dónde has estado?”

Hoichi contestó de modo evasivo...

“¡Perdón, mi amable amigo! Tuve que solucionar un tema privado y no podía hacerlo a ninguna otra hora”.

El sacerdote se sintió sorprendido más que dolido por la reticencia de Hoichi; sentía que era impuesta y sospechó que algo andaba mal. Temía que el muchacho ciego hubiera sido embrujado o engañado por espíritus malignos. No hizo más preguntas pero ordenó en secreto que los sirvientes del templo vigilaran los movimientos de Hoichi y que lo siguieran en caso de que dejara el templo tras la caída del sol.

La misma noche siguiente vieron a Hoichi dejar el templo y los sirvientes inmediatamente encendieron sus faroles y lo siguieron. Era una noche lluviosa y muy oscura y antes de que la gente del templo pudiera llegar al camino Hoichi había desaparecido. Obviamente andaba muy rápido –cosa rara teniendo en cuenta su ceguera y dado el mal estado del camino. Los hombres se dispersaron por las calles preguntando en cada casa que Hoichi solía visitar pero nadie les pudo dar noticias de él. Al final, al volver al templo por la orilla, se sobresaltaron al oír la *biwa*, tocada con brío, en el cementerio de Amidaji. Excepto por la presencia de algunos fuegos fatuos –que habitualmente revoloteaban por allí en noches

oscuras- todo era oscuridad en esa dirección. Los hombres en seguida corrieron al cementerio y con ayuda de sus faroles descubrieron a Hoichi... sentado solo bajo la lluvia ante la tumba de Antoku Tenno, haciendo resonar su *biwa*, y cantando a todo volumen el canto de la batalla de Dan-no-ura. Detrás de él y a su alrededor y por todas partes sobre las tumbas los fuegos fatuos ardían como velas. Nunca antes se había visto ningún hombre mortal tal multitud de Oni-bi...

"¡Hoichi San! ¡Hoichi San!", gritaron los sirvientes, "¡estás embrujado! ¡Hoichi San!"

Pero el ciego no parecía oír. Empleaba toda su energía en hacer repiquetear, resonar y retumbar su *biwa* y recitaba el canto de la batalla de Dan-no-ura cada vez más exaltado. Lo cogieron y le gritaron al oído

"¡Hoichi San! ¡Hoichi San! Ven con nosotros a casa en seguida".

Él les respondió regañándolos:

"No toleraré que se me interrumpa de este modo delante de esta augusto público".

Pese a lo extraño del asunto los sirvientes no pudieron evitar reírse. Seguros de que había sido embrujado lo cogieron a la fuerza y lo pusieron de pie y lo llevaron al templo a rastras; allí le quitaron de inmediato sus ropas mojadas, por orden del sacerdote. Éste exigió entonces una explicación detallada de la conducta asombrosa de su amigo.

Hoichi dudó si hablar o no. Al final, dándose cuenta de que su conducta había alarmado y enfadado al buen sacerdote decidió dejar de lado sus reservas y le relató todo lo que había sucedido desde el momento de la primera visita al samurái.

El sacerdote dijo:

"Hoichi, mi pobre amigo, ¡estás ahora en gran peligro! ¡Qué triste que no me hayas dicho esto antes! Tu maravillosa destreza musical te ha creado sin duda un extraño problema. A estas alturas ya debes saber que no has estado visitando una casa cualquiera sino que has estado pasando tus noches en el cementerio entre las tumbas de los Heike y fue ante el cenotafio de Antoku Tenno que nuestra gente te encontró esta noche, sentado bajo la lluvia. Todo lo que has estado imaginando es una ilusión, excepto la llamada de los muertos. Al obedecerlos te has puesto en sus manos. Si los obedeces de nuevo, después de lo que ha ocurrido, te destrozarán. Te habrían destrozado más tarde o más temprano en cualquier caso... No podré quedarme a tu lado esta noche; me han llamado para conducir otro servicio. Antes de que me vaya será necesario proteger tu cuerpo escribiendo textos sagrados sobre él".

Antes del anochecer el sacerdote y su acólito desnudaron a Hoichi y con sus pinceles trazaron el texto de la sutra sagrada llamada Hannya-Shin-Kyo (7) sobre su pecho y espalda, cabeza y rostro y cuello, extremidades y manos y pies, incluso sobre las plantas de los pies y todas las otras partes de su cuerpo. Al acabar, el sacerdote le dio a Hoichi las siguientes instrucciones:

"Esta noche, tan pronto como me vaya, tienes que sentarte en la galería y esperar. Te llamarán. Pero, pase lo que pase, no contestes y no te muevas. No digas nada y quédate quieto sentado –como si meditaras. Si se mueves o haces cualquier ruido te destrozarán. No te asustes y no pidas ayuda porque nadie puede salvarte. Si haces exactamente lo que te digo el peligro pasará y ya no tendrás nada más que temer".

Después del crepúsculo el sacerdote y su acólito se marcharon y Hoichi tomó asiento en la galería según las instrucciones recibidas. Dejó la *biwa* a su lado sobre el suelo de tablones y adoptando la postura propia para meditar permaneció quieto, cuidándose de no toser o respirar demasiado fuerte. Estuvo así durante horas.

Se oyeron entonces pasos que provenían del camino. Traspasaron la puerta, cruzaron el jardín, se acercaron a la galería y se detuvieron... directamente frente a él.

"¡Hoichi!", llamó la voz profunda. El ciego, sin embargo, contuvo la respiración y permaneció sentado inmóvil.

"¡Hoichi!", llamó de nuevo la severa voz. Y una tercera vez, con tono brutal:

“¡Hoichi!”

Hoichi permaneció quieto como una piedra y la voz gruñó:

“¡No responde! Esto no puede ser... ¡Tengo que ver dónde está ese tipo!”

Se oyó el ruido de pasos pesados que se encaramaban a la galería. Los pies se aproximaron con determinación y se pararon ante él. Entonces, durante largos minutos –en los cuales Hoichi sintió que todo su cuerpo temblaba al son del latido de su corazón- hubo un silencio absoluto.

Al fin la áspera voz murmuró muy cerca de él:

“Aquí está la *biwa* pero del músico sólo quedan... a ver... ¡dos orejas! Eso explicaría por qué no ha contestado: no tiene boca con qué hacerlo –no queda nada de él excepto las orejas... Pues le llevaré las orejas a mi señor en prueba de que sus augustas órdenes han sido obedecidas hasta donde ha sido posible...”

En ese instante Hoichi sintió como unos dedos de hierro agarraban sus orejas ¡y las arrancaban! Pese al profundo dolor no se quejó. Los pesados pasos retrocedieron siguiendo la galería, descendieron al jardín, pasaron al camino y cesaron. El ciego podía sentir que, de cada lado de su cabeza, fluía algo cálido pero no se atrevió a levantar las manos...

El sacerdote regresó antes del amanecer. Corrió a la galería trasera, pisó algo húmedo y resbaló y dio un grito de horror ya que vio a la luz del farol que la sustancia húmeda era sangre. Vio también a Hoichi sentado, aún en actitud de meditar, con la sangre manando de sus heridas.

“¡Mi pobre Hoichi!”, dijo el sacerdote sobresaltado, “¿qué es esto?... Te han herido”.

Al oír el sonido de la voz de su amigo el ciego se sintió a salvo. Rompió a llorar y entre lágrimas narró su aventura nocturna.

“¡Pobre, pobre Hoichi!”, exclamó el sacerdote, “¡Es todo culpa mía! ¡He cometido un grave error!... He escrito los textos sagrados por todo tu cuerpo, ¡menos sobre las orejas! Le confié esa tarea a mi acólito y me equivoqué al no comprobar que lo había hecho... Bien, el asunto no tiene arreglo; tan sólo cabe esperar que tus heridas sanen lo antes posible... ¡Alégrate amigo! Ya ha pasado el peligro. Nunca más te molestarán esos visitantes”.

Con ayuda de un buen doctor, Hoichi se recuperó pronto de sus heridas. La historia de esta extraña aventura se divulgó por un amplio territorio y pronto lo hizo famoso. Muchos nobles acudieron a Akamagaseki para oírlo recitar y recibió muchos regalos en metálico así que llego a ser un hombre rico... Desde la época de su aventura, no obstante, se lo conoció por el apelativo de Mimi-nashi-Hoichi: ‘Hoichi el Desorejado’.

(Notas, originales de Hearn)

1. Véase en mi *Kotto* una descripción de esos curiosos cangrejos.
2. O Shimonoseki. La ciudad se conoce también por el nombre de Bakkan.
3. La *biwa*, una especie de laúd de cuatro cuerdas, se usa principalmente para acompañar un recitado. Antiguamente los juglares profesionales que recitaban el ciclo de los Heike y otras historias trágicas recibían el nombre de ‘*biwa-hoshi*’ o ‘sacerdotes del laúd’. El origen de este apelativo no está claro pero es posible que fuera inspirado por el hecho de que los ‘sacerdotes del laúd’ lo mismo que los ciegos dedicados a lavar cabezas llevaban el cráneo afeitado, al igual que los sacerdotes budistas. La *biwa* se toca con una especie de púa, llamada *bachi*, habitualmente hecha de cuerno.
4. Un término respetuoso que se refiere a la apertura de una puerta. Lo usaban los samurái al pedirles a los guardias de servicio en la puerta de un señor permiso para entrar.
5. O la expresión podría traducirse como ‘porque la pena de esa parte es la más profunda’. La palabra japonesa usada en el original es ‘consciencia’.
6. ‘Viajar de incógnito’ es como mínimo el sentido del original ‘hacer un augusto viaje encubierto’ (*shinobi no go-ryoko*).

7. La Sutra Meno Pragna-Paramita-Hridaya recibe ese nombre en japonés. Tanto la sutra menor como la mayor llamada Pragna-Paramita (‘Sabiduría Transcendente’) han sido traducidas por el profesor Max Müller y se pueden hallar en el volumen xlix del los *Sagrados Libros de Oriente* (*Buddhist Mahayana Sutras*). En cuanto al uso mágico del texto, tal como se describe en esta historia, es interesante señalar que el tema de la sutra es la Doctrina del Vacío de las Formas, es decir, del carácter irreal de todo fenómeno o ‘noumena’... “La forma es el vacío y el vacío es la forma. El vacío no es distinto de la forma, la forma no es distinta del vacío. Lo que es la forma, eso es el vacío. Lo que es el vacío, eso es la forma. La percepción, el nombre, el concepto y la sabiduría son también vacío... No hay ojo, oreja, nariz, lengua, cuerpo y mente... Pero cuando se ha eliminado el envoltorio de la consciencia, entonces el que busca se libera de todo miedo, y a salvo de todo cambio, disfruta del Nirvana final”.

LAFCADIO HEARN, “La historia de Hoichi el Desorejado” (1904).
MASAKI KOBAYASHI, *El más allá* (T.O.: *Kwaidan,* 1964). Guión de Yoko Mizuki. Toho. Color. 183 mins.

El inclasificable Lafcadio Hearn es un escritor puente entre Oriente y Occidente. Su herencia más perdurable, de entre sus numerosas y variadas publicaciones, es el volumen de cuentos en inglés *Kwaidan* (1904), que recoge con un estilo minimalista cercano al del arte japonés leyendas del país que Hearn tanto amó.

Hearn, nacido en 1850 en la isla griega de Lefkas, era hijo de un cirujano anglo-irlandés del ejército británico y de una muchacha de la localidad que conoció estando estacionado allí. Sus raíces híbridas y su vida itinerante parecen haber predispuesto a Hearn a abrir los ojos a otras culturas. Criado en el Dublín paterno por su tía abuela tras la separación de sus padres, Hearn emigró a Estados Unidos con 19 años. En los 20 años vividos en ese país, donde se lo considera un escritor americano pero cuya ciudadanía nunca adoptó, Hearn ejerció de reportero especializado en crónicas criminales e inició su carrera literaria. Pasó etapas en Ohio (8 años), Nueva Orleans (10 años) y la Martinica (2 años, como corresponsal de *Harper*, que lo enviaría a Japón). Hearn se mudó, de hecho, a Nueva Orleans tras su matrimonio de tres años con una joven negra, unión ilegal en Ohio. Sea por razones románticas o no, Hearn mostró un interés pionero en culturas entonces marginales como la afroamericana y la *créole* de Nueva Orleans y del Caribe, publicando diversos volúmenes sobre ellas, incluido uno curiosísimo sobre cocina *créole*.

Hearn llegó a Japón en 1889 y a los pocos meses inició su trayectoria como profesor de inglés en diversas escuelas, ocupación que cambió en 1894 por la de periodista en el diario en lengua inglesa *Kobe Chronicle*; en ese mismo año publicó su primer libro sobre Japón, *Glimpses of Unfamiliar Japan*. Hearn se casó en 1891 con la hija de una familia samurái, Setsu Koizumi, con quien tuvo cuatro hijos, y en 1896 adoptó la ciudadanía japonesa además del apellido de la familia de ella, pasándose a llamar Yakumo Koizumi. También en 1896 Hearn se convirtió en profesor de Literatura Inglesa en la Universidad Imperial de Tokyo, donde trabajó hasta 1903; su consiguiente estancia en la igualmente prestigiosa Universidad de Waseda fue breve ya que murió en 1904 de un ataque al corazón. En ese mismo año vio la luz además de *Kwaidan*, su otro volumen más conocido, la colección de artículos *Japan: An Attempt at Interpretation*. Otros libros de Hearn sobre Japón son *Exotics and Retrospectives* (1898), *In Ghostly Japan* (1899), *Shadowings* (1900), *A Japanese Miscellany* (1901) y *Kottó* (1902).

Kwaidan: Stories and Studies of Strange Things recoge 17 relatos además de unos curiosos textos sobre insectos y mariposas. Dos de esos cuentos, “The story of Mimi-nashi-Hôïchi” (“La historia de Hoichi, el Desorejado”) y “Yuki-Onna” (“La mujer de la nieve”) más otros dos cuentos de otros volúmenes, “In a Cup of Tea” (“En una taza de té”) y “Black Hair”

(“El pelo negro”), fueron adaptados al cine por el ilustre director japonés Masaki Kobayashi en la exquisita película conocida en España como *El más allá* (1964). *Kwaidan*, el título también usado originalmente por Kobayashi, significa ‘historia maravillosa’ o ‘de fantasmas’.

Masaki Kobayashi (1916-1996), hombre profundamente marcado por su rechazo de la guerra que le tocó vivir como soldado imperial en Manchuria y en el sur del Japón, alcanzó el reconocimiento internacional con su trilogía anti-bélica *La condición humana* (*Ningen no joken*, 1958, 1959, 1961, según la novela río de Jumpei Gomikawa). Maestro del blanco y negro, cuya carga simbólica usó con gran acierto en su obra maestra *Sepukku* (1962, premio en Cannes en 1963), Kobayashi se pasó al color con *Kwaidan* (también premiada en Cannes con el premio especial del jurado en 1965), abandonando su realista pesimismo existencial para realizar una elegantísima incursión en el fantástico.

Kwaidan es una película episódica o compuesta, suma de cuatro cortometrajes basados cada uno en un relato de Hearn. De entre ellos el dedicado a Hoichi el Desorejado es el más largo, con una duración de 73 minutos de los 183 totales de la película que sobrepasa incluso a la de los ‘largometrajes’ basados en “Espuelas” o “La presa más peligrosa”. *Kwaidan* no es la única película con este singular formato compuesto; en la ya mencionada *Au cour du vie* (1963) Roberto Enrico unió tres cortos basados en obras de Ambrose Bierce, mientras que entre los ejemplos más recientes de películas episódicas basadas en relatos de un mismo autor se hallan *Necronomicón* (1993, Brian Yuzna *et al*., según relatos de H.P. Lovecraft) y *The Acid House* (1998, Paul McGuigan, según relatos de Irvine Welsh). Por otra parte, *Kwaidan* encaja por estilo y contenido sobrenatural con otras obras maestras del cine japonés: *Ugetsu Monogatari* (1953, Kenji Mizoguchi, según cuentos de Akinari Ueda) y *Onibaba* (1964, escrita y dirigida por Kaneto Shindo).

Kwaidan está en las antípodas del cine contemporáneo fantástico japonés, sea *anime* o con acción real. A diferencia de éste tiene un ritmo pausado y se recrea en la sutileza a todos los niveles más que en el sobresalto. Es una película, en suma, para un espectador sin prisas que sepa disfrutar de la preciosista fotografía de Yoshio Miyajima, la bella música de Toru Takemitsu, los artificiales decorados de Shigemasa Toda (pintados con muy activa participación de Kobayashi) y, obviamente, el fino guión de Yoko Mizuki.

De las cuatro historias, la última, “En una taza de té” es la más débil narrativa y visualmente. El cuento relata el desespero de un samurái que no puede librarse de un fantasmal enemigo que se le aparece reflejado en el agua y en el té que bebe. Los dos primeros cuentos, “El pelo negro” y “La mujer de la nieve” tienen mayor interés. En “El pelo negro” un samurái ambicioso abandona a su esposa, dueña de una bella cabellera negra, para casarse con una mujer noble y así facilitar su ascenso social. Arrepentido, regresa años más tarde al hogar de su aún joven primera esposa, quien lo perdona; a la mañana siguiente, sin embargo, el hombre enloquece al descubrir que ella no es lo que parece. “La mujer de la nieve”, segmento muy bien equilibrado, narra el paradójico caso de un apuesto leñador a quien una invernal vampira prendada de sus encantos decide perdonar la vida a cambio de que no cuente nunca el incidente. Diez años más tarde, el leñador, felizmente casado con una bella desconocida que encontró en el camino, Yuki, le revela el incidente a su esposa sin darse cuenta de cómo afectará eso su vida.

El tercer segmento, “Hoichi el Desorejado” adapta con suntuosa belleza y gran acierto narrativo el texto de Hearn, introduciendo algunas variantes que complementan adecuadamente lo que éste narra. Como es obvio, la naturaleza del lenguaje escrito no le permite a Hearn reflejar con exactitud el emotivo recital que el diestro Hoichi da ante su augusta audiencia. Kobayashi, sin embargo, emplea los primeros 17 minutos del segmento en mostrarnos a Hoichi (Katsuo Nakamura) recitando el texto épico sobre el desastre de Dan-no-mura acompañándose de su *biwa*; al mismo tiempo vemos la acción real de la batalla del siglo XII entre los Genji y los Heiki intercalada con pinturas que la representan y con imágenes en

el presente en que Hoichi vive del lugar donde ocurrió. La mezcla funciona perfectamente y hace que el espectador y no los fantasmales nobles sean la audiencia primera de Hoichi, además de ayudarnos a entender qué clase de talento conmueve a los fallecidos en la historia de Hearn. Curiosamente, Kobayashi es muy comedido a la hora de mostrarnos la apasionada reacción del público de Hoichi, al que sólo vemos en pleno en la segunda mitad del segmento y en posturas hieráticas, solo modificadas por la expresión triste de los rostros. También a diferencia del cuento, el asombrado sacerdote del templo ve cómo el público que acude a ver a Hoichi una vez completada su desgraciada mutilación son los mismos espíritus; pese a la pérdida de sus orejas, Hoichi insiste aún en tocar para ellos, decidido a sacrificar su vida si es necesario para consolarlos, lo cual subraya su compasión y le resta materialismo al giro final del relato. Por otra parte, la adaptación introduce una nota cómica con los dos miedosos criados, Yasaku y Matsuzo, encargados de seguir y rescatar a Hoichi de su inaudito público, tal vez para compensar el terrible momento del ataque contra el pobre músico ciego, necesariamente más cruento en la película que en el relato, donde basta con imaginarlo y no hay que verlo en toda su ferocidad.

Kwaidan, en suma, es una adaptación que, sin duda, habría emocionado a Hearn no sólo por su belleza sino también porque devuelve al acervo del fantástico japonés los mismos elementos que Hearn recogió, difundió e internacionalizó con sus cuentos en inglés, completando así el círculo entre Occidente y Oriente.

“El arte de echar las runas” (1911), M.R. James (1862-1936)

15 de Abril de 190-

Apreciado Señor:

A requerimiento del Consejo de la Asociación de … le devuelvo el borrador de la comunicación sobre “La verdad de la alquimia” que usted muy amablemente se había ofrecido a leer en nuestra próxima reunión y le informo que el Consejo no lo considera adecuado al programa.

Atentamente,

… Secretario

18 de Abril

Apreciado Señor:

Siento comunicarle que mis compromisos no me permiten concederle una entrevista sobre el tema de la comunicación remitida. Nuestra reglamentación tampoco permite que debata el tema con un Comité de nuestro Consejo, como usted sugiere. Permítame, por favor, asegurarle que el borrador que usted nos envió recibió la debida atención y que no fue descartado sin antes someterlo al arbitrio de una autoridad de la máxima competencia. Ninguna cuestión personal (casi no sería necesario añadir) puede haber tenido la menor influencia en la decisión del Consejo.

Le ruego que me crea (*ut supra*)[1].

20 de Abril

El Secretario de la Asociación… desea con todo respeto informarle al Sr. Karswell que le es imposible comunicarle el nombre de la persona o personas a quienes se pueda haber remitido la comunicación del Sr. Karswell, y desea además indicar que no puede comprometerse a responder ninguna otra carta sobre el mismo tema.

“¿Y quién es el Sr. Karswell?”, preguntó la esposa del Secretario. Lo había llamado a su oficina y (quizás sin justificación alguna) había cogido estas tres últimas cartas, que la mecanógrafa acababa de entregar.

“Pues, querida, en este momento el Sr. Karswell es un hombre furioso. Pero a parte de eso no sé mucho más de él, excepto que es una persona adinerada, su dirección es la Abadía de Lufford en Warwickshire, y es, aparentemente, un alquimista que quiere contárnoslo, y eso es todo… excepto que no quiero verle en una o dos semanas. Si estás ya lista para marcharnos, yo ya lo estoy”.

“¿Qué le habéis hecho para irritarlo así?”, preguntó la Sra. Secretaria.

“Lo habitual, querida, lo habitual: envió un borrador de una comunicación que quería leer en nuestra próxima reunión y se lo remitimos a Edward Dunning -prácticamente el único hombre que sabe de estas cosas en Inglaterra- y él dijo que era un perfecto desastre, así que lo desestimamos. Así que Karswell me ha estado inundando de cartas desde entonces. Lo último que nos pidió fue el nombre de la persona a la que le enviamos sus bobadas; ya viste mi respuesta. Pero no digas nada del tema, por el amor de Dios”.

“Por supuesto que no diré nada. ¿Es que he hecho alguna vez algo semejante? Espero, no obstante, que no se entere de que fue el pobre Sr. Dunning”.

“¿El pobre Sr. Dunning? No sé por qué lo llamas así; Dunning es un hombre muy feliz. Tiene muchas aficiones y un hogar confortable, y todo su tiempo a su disposición”.

“Sólo quería decir que sentiría mucho que ese hombre averiguara su nombre y lo molestara”.

“¡Oh, ah, sí! Entonces sí que sería ‘el pobre Sr. Dunning’”.

El Secretario y su mujer iban a comer fuera y los amigos a cuya casa se dirigían eran gente de Warwickshire. Así que la Sra. Secretaria ya había decidido que les preguntaría con tacto sobre el Sr. Karswell. Se ahorró, sin embargo, la molestia de sacar el tema a colación porque su anfitriona le comentó al anfitrión antes de que hubieran transcurrido muchos minutos, “Vi al Abad de Lufford esta mañana”.

El anfitrión silbó. “¿Sí? ¿Qué narices le trae a la ciudad?”

“Vete a saber; salía por la puerta del Museo Británico cuando pasé por delante con el coche”. No era sino natural que la Sra. Secretaria preguntara si hablaban de un abad de verdad. “Oh no, querida, es sólo un vecino nuestro que compró la Abadía de Lufford hace unos años. Su nombre real es Karswell”.

“¿Es amigo vuestro?”, preguntó el Sr. Secretario con un guiño cómplice a su mujer. La pregunta provocó una diatriba torrencial. No había nada que decir del Sr. Karswell. Nadie sabía en qué se ocupaba: sus sirvientes eran un grupo de gente horrible; se había inventado una religión para su uso personal y practicaba no sé sabía qué ritos repugnantes; se ofendía muy fácilmente y nunca perdonaba a nadie: tenía un rostro terrible (insistía la dama, el marido discrepaba un tanto); nunca tenía un gesto amable y la poca influencia que ejercía era maliciosa.

“Sé justa con el pobre hombre, querida” terció el marido. “¡Olvidas el espectáculo que le ofreció a los niños de la escuela!”

“¡Me había olvidado, sí! Pero me alegra que lo menciones porque da una idea ajustada de quién es ese hombre. Florence, escucha. El primer invierno que pasó en Lufford este encantador vecino nuestro le escribió al párroco de su parroquia (no es el nuestro pero lo conocemos bien) y se ofreció a enseñare a los niños algunas transparencias con una linterna mágica. Dijo que tenía de nuevos tipos y que pensaba que les interesaría. Bueno, el cura se quedó bastante sorprendido porque el Sr. Karswell más bien se mostraba antipático con los niños -quejándose de que se colaban en su propiedad o algo así; pero, claro, aceptó, y se acordó una fecha, y nuestro amigo fue en persona a supervisar que todo saliera bien. Nos dijo que nunca nada le había hecho sentirse tan agradecido como que sus propios hijos no hubieran podido ir: de hecho, estaban en una fiesta infantil en nuestra casa. Este Sr. Karswell tenía claramente la intención de aterrorizar a estos pobres críos pueblerinos y creo que, si se le hubiera permitido continuar, lo habría hecho. Empezó con cosas comparativamente ligeras. Caperucita Roja era una de ellas pero, como dijo el Sr. Farrer, el lobo era tan terrorífico que hubo que sacar de la sala a algunos de los niños más pequeños: y dijo que el Sr. Karswell empezó el cuento imitando a un lobo aullando a lo lejos, cosa que era los más espantoso que había oído en su vida. Todas las transparencias que proyectó, dijo el Sr. Farrer, eran muy ingeniosas; totalmente realistas, si bien no podía imaginar dónde las había obtenido ni cómo las manipulaba. Bien, el espectáculo prosiguió y los cuentos eran cada vez un poco más terroríficos y los niños se callaron como hipnotizados. Al final mostró una serie que representaba a un chiquillo paseando por su propio parque -me refiero a Lufford- de noche. Todos los críos en la sala reconocieron el lugar por los dibujos. Y este pobre chiquillo era perseguido y al fin alcanzado y o bien destrozado o raptado por una horrible criatura coja vestida de blanco que se veía primero escabulléndose entre los árboles y que poco a poco se

veía con más claridad. El Sr. Farrer dice que le dio una de las peores pesadillas que ha tenido en su vida y que es terrible imaginar qué habría supuesto para los niños. Por supuesto esto fue el colmo así que increpó al Sr. Karswell y le dijo que no podía continuar. Todo lo que él dijo fue "Oh, ¿así que piensa que ya es hora de concluir nuestro pequeño espectáculo y enviarlos a casa a dormir? ¡Muy bien!" Y entonces, lo creáis o no, puso otra transparencia en la que se veía una gran masa de serpientes, ciempiés y asquerosas criaturas aladas y de un modo u otro hizo que pareciera que salían de la pantalla para meterse entre el público, todo esto acompañado de una especie de crujido seco que casi enloqueció a los niños quienes, por supuesto, salieron en estampida. Bastantes de ellos se hirieron al dejar la sala y no creo que ni uno de ellos cerrara los ojos esa noche. Hubo un terrible jaleo en el pueblo más tarde. Las madres, claro, culparon en buena parte al pobre Sr. Farrer y, si hubieran podido cruzar la verja, creo que los padres habrían roto todas las ventanas en la Abadía. Bien, ése es el Sr. Karswell: ése es el Abad de Lufford, querida, y ya te puedes imaginar lo mucho que apreciamos su compañía".

"Sí, creo que tiene todo el potencial de un criminal de altos vuelos, este Karswell", dijo el anfitrión. "Pobre del que lo ofenda".

"¿Es el mismo hombre o lo confundo con otro?", preguntó el Secretario (que llevaba algunos minutos con el ceño fruncido propio de quien intenta recordar algo). "¿Es él el hombre que publicó una *Historia de la brujería* hace algún tiempo -unos diez años o más?"

"Es ése; ¿recuerdas las reseñas?"

"Desde luego; y, lo que viene aún más al caso, conocía al autor de la más cáustica de todas. Y tú también: tienes que acordarte de John Harrington; iba a St. John[2] en nuestros tiempos".

"Ya lo creo que me acuerdo, aunque no creo que hay visto ni oído nada sobre él desde que dejé la universidad hasta el día en que leí el informe de la investigación para aclarar las causas de su muerte".

"¿Investigación?" dijo una de las damas. "¿Qué le ocurrió?"

"Pues sucedió que se cayó de un árbol y se partió el cuello. Pero la incógnita era qué podía haberlo inducido a subirse allí arriba. Debo decir que era un asunto muy misterioso. He ahí ese hombre -no precisamente un tipo atlético y sin gota alguna de excentricidad que se sepa- caminando solo por un camino rural de noche, sin vagabundos en los alrededores, bien conocido y apreciado en el lugar, y, de repente, empieza a correr como un loco, pierde su sombrero y su bastón, y finalmente se encarama a un árbol (uno de cierta dificultad) de un seto: una rama seca cede, él cae con ella y se parte el cuello, y lo encuentran a la mañana siguiente con la expresión de miedo en el rostro más espantosa que se pueda imaginar. Era más que obvio, por supuesto, que algo lo había perseguido y se habló de perros salvajes y de fieras escapadas de un zoo pero no se llegó a ninguna conclusión. Eso fue en el 89 y creo que su hermano Henry (a quien recuerdo bien de Cambridge pero tú probablemente no) lleva desde entonces intentando dar con una explicación. Él, por supuesto, insiste en que fue un acto criminal pero yo no lo sé. Es difícil saber cómo podía haberse ejecutado".

Al cabo de un tiempo la conversación tocó de nuevo la *Historia de la brujería*. "¿Lo has visto alguna vez?", preguntó el anfitrión.

"Sí, sí que lo vi", respondió el Secretario. "Incluso lo leí".

"¿Era tan malo como dijeron?"

"Oh, en cuanto a estilo y composición era desastroso. Se merecía todo el vapuleo recibido. Pero, aparte de eso, esa un libro vil. El hombre creía todo lo que decía y no creo equivocarme si digo que había probado la mayor parte de sus recetas".

"Bueno, sólo recuerdo la reseña de Harrington y debo decir que si yo fuera el autor habría acabado con mi ambición literaria de golpe. Nunca más habría levantado cabeza".

“No ha tenido ese efecto en el caso que nos ocupa. Pero, vamos, son las tres y media; tengo que irme”.

De camino a casa la mujer del Secretario dijo: “Espero que ese hombre horrible no averigüe que el Sr. Dunning tiene que ver con el rechazo de su comunicación”.

“No creo que eso pueda ocurrir”, dijo el Secretario. “Dunning no lo mencionará, dado que estas cosas son confidenciales, y ninguno de nosotros lo hará por la misma razón. Karswell no conocerá su nombre porque Dunning no ha publicado aún nada sobre el mismo tema. El único peligro es que Karswell lo averigüe si le pregunta a la gente del Museo Británico quién suele consultar los manuscritos de los alquimistas: no es que pueda ordenarles que no mencionen a Dunning. Les soltaría la lengua en seguida. Esperemos que no se le ocurra”.

Sin embargo, el Sr. Karswell era un hombre astuto.

Sirva todo esto como prólogo. Una noche días más tarde de la misma semana, el Sr. Edward Dunning se disponía a regresar del Museo Británico, donde había estado documentándose, a la cómoda casa de clase media donde vivía solo, excepto por dos excelentes mujeres que llevaban largo tiempo en su servicio. No hay que añadir nada más a la descripción de él que hemos oído. Sigámoslo en su sobrio camino a casa.

Un tren lo llevó a una milla o dos de su casa y un tranvía eléctrico aún más cerca. La línea acababa en un punto a unos trescientos metros de su propia casa. Estaba ya harto de leer cuando se montó en el tranvía y la luz no era tampoco suficiente para nada más que permitirle observar los anuncios en las ventanas frente a su asiento. Como era lógico, solía fijarse en los anuncios en esta línea en particular y, con la posible excepción del brillante y convincente diálogo entre el Sr. Lamplough y un eminente Abogado de la Corona sobre el tema de las soluciones salinas piréticas, ninguno le estimulaba la imaginación.[3] Me equivoco: había uno en el rincón del vagón más alejado de su asiento que no le sonaba. Tenía letras azules sobre un fondo amarillo y todo lo que podía descifrar en él era un nombre -John Harrington- y algo así como una fecha. Podía no tener interés alguno para él pero, pese a ello, al ver que el vagón se vaciaba, sintió suficiente curiosidad como para cambiar de asiento hasta que lo pudo leer bien. Hasta cierto punto se sintió recompensado por el esfuerzo ya que el anunció no era de la clase habitual. Decía así: “En memoria de John Harrington, Miembro del Colegio de Anticuarios, de Los Laureles, Ashbrook. Murió el 18 de Septiembre de 1889. Se le dieron tres meses”.

El tranvía se detuvo. El cobrador tuvo que invitar a bajarse al Sr. Dunning, todavía absorto en la contemplación de las letras azules sobre fondo amarillo.

“Perdone”, dijo, “estaba mirando este anuncio; es muy extraño, ¿no?” El cobrador lo leyó lentamente.

“Vaya, ¡qué cosa!”, dijo, “nunca lo había visto. Bueno, es de una medicina, ¿no? Alguien ha estado gastando una broma, diría yo”. Sacó una bayeta y la pasó, no sin saliva, por el cristal de la ventana y luego por el exterior.

“No”, dijo al volver, “no es una calcomanía; parece como si estuviera grabado en el cristal, en el mismo material quiero decir. ¿No opina usted lo mismo, señor?” El Sr. Dunning lo examinó y lo frotó con su guante y asintió.

“¿Quién está a cargo de estos anuncios y da permiso para ponerlos? Le agradecería que lo preguntara. Tomaré nota de las palabras”. El cobrador se impacientaba.

“Oiga, jefe, que tengo prisa”.

“Ya va, ya va; hay algo más en esta punta. Venga y eche un vistazo al cristal”.

“¿Qué le pasa al cristal?”, preguntó el cobrador al acercarse. “Bien, ¿y quién es el tal Harrington? ¿De qué va esto?”.

“Le estaba preguntando quién es el responsable de los anuncios en los vagones y le decía que habría que preguntar por este en particular”.

“Pues, señor, todo eso lo lleva la oficina de la Compañía: el tal Sr. Timms, creo, se ocupa. Cuando acabe esta noche preguntaré y quizás le pueda decir algo mañana si por casualidad viene usted por aquí”.

Eso es todo lo que ocurrió esa noche. El Sr. Dunning se molestó además en averiguar dónde estaba Ashbrook y pudo comprobar que estaba en Warwickshire.

Al día siguiente fue de nuevo al centro de la ciudad. El vagón (si es que era el mismo) iba demasiado lleno por la mañana como para permitirle hablar con el cobrador: tan sólo pudo cerciorarse de que el curioso anuncio había desaparecido. El final de su jornada aportó otro elemento de misterio al asunto. Había perdido el tranvía, o mejor dicho había decidido ir a casa andando, pero ya muy tarde, mientras trabajaba en su estudio, una de las criadas le anunció que dos hombres del tranvía deseaban hablar con él de inmediato. Esto le trajo a la mente el anuncio que, según dice, ya casi había olvidado. Hizo pasar a los hombres -eran el cobrador y el conductor del vagón- y una vez solventado el tema de qué bebida tomarían, les preguntó qué había dicho el Sr. Timms sobre el anuncio.

“Pues, señor, es en relación con ese tema que nos hemos tomado la libertad de presentarnos aquí”, dijo el cobrador. “El Sr. Timms le dio aquí al colega William un buen rapapolvo porque según él no había ningún anuncio con esa descripción ni enviado, ni contratado, ni pagado, ni puesto, ni nada de nada, y le dijo que estaba haciendo el tonto malgastando su tiempo. ‘Pues’, dije yo, ‘si ése es el caso, todo lo que le pido, Sr. Timms’, dije yo, ‘es que eche un vistazo usted mismo’, dije yo. ‘Si no está allí’, dije yo, ‘me puede llamar lo que quiera’. ‘Vale’, dijo él, ‘iré’ y nos fuimos. Seguro que usted recuerda, señor, que el anuncio, con ‘Harrington’ bien sencillo de ver -las letras azules sobre cristal amarillo, como dije entonces y usted estuvo de acuerdo, porque, si usted lo recuerda, seguro que se acuerda que le pasé la bayeta”.

“Por supuesto, claro que lo recuerdo. ¿Y bien?”

“Pues lo que usted diga. El Sr. Timms entra en el vagón con un fanal -no, le ordenó a William que lo sujetara desde fuera. ‘A ver’, dice, ‘¿dónde está el dichoso anuncio del que tanto hemos oído hablar?’ ‘Aquí’, digo yo, ‘Sr. Timms’ y pongo la mano encima”. El cobrador hizo una pausa.

“Bien”, dijo el Sr. Dunning, “supongo que no estaba. ¿Roto?”

“¡Roto! ¡Qué va!. No había, si usted puede creerlo, rastro alguno de las letras -azules eran- en ese cristal; ay, no sirve de nada explicarlo. Nunca he visto cosa igual. Lo dejo en manos de William porque, lo que digo, ¿de qué sirve que continúe yo?”

“¿Pero qué dijo el Sr. Timms?”

“¡Pues me tomó la palabra! -nos llamó de casi todo y no es que se lo pueda echar en cara, tampoco. Pero aquí William y yo pensamos que, como lo vimos tomar nota de aquello, de las letras…”

“Es cierto que lo hice y tengo la nota conmigo. ¿Quiere usted que hable con el Sr. Timms yo mismo y le muestre la nota? ¿Es por eso que vinieron?”

“¿No te lo dije?”, terció William. “Siempre que puedas, trata con caballeros si es que puedes encontrar uno, eso es lo que pienso. Tal vez, George, esta noche por una vez me darás la razón”.

“Vale, vale, William; no hace falta que lo digas como si me hubieras arrastrado hasta aquí. Vine sin pegas, ¿no? Es cierto, señor, que no deberíamos haber venido a la hora de la cena pero si usted pudiera encontrar un momento para pasar por las oficinas de la Compañía por la mañana y explicarle al Sr. Timms lo que usted mismo vio, nos sentiríamos muy agradecidos. ¿Sabe usted? No me han llamado... bueno, una cosa y otra, y no es que importe pero si se les mete en la cabeza en la oficina que vemos cosas que no existen, pues una cosa

lleva a la otra y dónde estaremos de aquí a un año... bueno, seguro que usted entiende qué quiero decir". Aclarando aún los detalles de la propuesta, George, guiado por William, dejó la habitación.

La incredulidad del Sr. Timms (que conocía de vista al Sr. Dunning) se vio profundamente alterada al día siguiente por lo que el segundo pudo decirle y mostrar y por lo tanto borró de los libros de la compañía toda mancha que pudiera haberse relacionado con los nombres de William y George; explicación, sin embargo, no había ninguna.

El interés del Sr. Dunning en el tema fue avivado por un incidente que ocurrió la tarde siguiente. Iba de su club al tren y vio algo más adelante en su camino a un hombre con un puñado de folletos del tipo que agentes de algunas compañías distribuyen entre los paseantes. Este agente no había escogido una calle demasiado concurrida para sus operaciones: de hecho, el Sr. Dunning no le vio librarse de ningún folleto hasta que él mismo pasó por delante.

Uno fue puesto en sus manos al pasar: la mano que lo entregó tocó la suya y al hacerlo Dunning sufrió un pequeño sobresalto. Parecía anormalmente áspera y caliente. Le echó un vistazo a quien le dio el folleto pero la impresión que sacó era tan confusa que, por mucho que intentó más tarde recuperarla, le fue imposible hacerlo. Andaba con paso rápido y sin pararse le echó un vistazo al papel. Era azul. El nombre de Harrington en grandes mayúsculas atrajo su atención. Se paró, alarmado, y buscó sus gafas. Al instante siguiente un hombre que pasó por su lado a toda prisa le quitó el folleto de las manos y así se perdió para siempre. Rápidamente volvió sobre sus pasos pero, ¿dónde estaba ese hombre? ¿y dónde el que distribuía los folletos?

El Sr. Dunning pasó el día siguiente en la Sala de Manuscritos Selectos del Museo Británico un tanto pensativo y llenó los impresos de petición para Harley 3586 y otros volúmenes. Se los trajeron al cabo de unos minutos pero cuando se disponía a colocar el que quería consultar primero sobre la mesa creyó oír que alguien susurraba su nombre a sus espaldas. Se giró inmediatamente y, al hacerlo, empujó su pequeño portafolio lleno de papeles sueltos al suelo. No vio a nadie que reconociera excepto a un miembro de la plantilla a cargo de la sala, que lo saludó con una inclinación de la cabeza, y se puso a recoger los papeles. Creía que ya los tenía todos y se proponía ponerse a trabajar de una vez, cuando un caballero corpulento en la mesa de atrás, que se levantaba para marcharse y había recogido ya sus pertenencias, le dio un toque en el hombro diciéndole "¿Me permite? Creo que esto es suyo", y le pasó el folleto perdido. "Es mío, gracias", dijo Dunning. Un instante después el hombre dejó la sala. Tras acabar sus tareas de la tarde, el Sr. Dunning estuvo hablando un rato con el ordenanza a cargo de la sala y aprovechó la ocasión para preguntarle quién era el caballero corpulento.

"Oh, este hombre se llama Karswell", dijo el ordenanza, "hace una semana me preguntó quienes eran las grandes autoridades en alquimia y, por supuesto, le dije que usted era la única en el país. Veré si puedo alcanzarlo: seguro que le gustaría conocerlo".

"Por el amor del cielo, ¡ni lo sueñe!", dijo el Sr. Dunning. "Tengo especial interés en eludir un encuentro".

"Oh, muy bien", dijo el ordenanza. "no viene aquí muy a menudo. Diría yo que no se encontrarán".

Más de una vez de camino a casa aquel día el Sr. Dunning admitió para sus adentros que la perspectiva de una noche solitaria no lo animaba tanto como de costumbre. Le parecía que algo impreciso e impalpable se interponía entre él y sus congéneres –algo que lo dominaba, por así decirlo. Quería sentarse lo más cerca posible de sus vecinos en el tren y el tranvía pero la casualidad hizo que ambos estuvieran bien vacíos. El cobrador George estaba ensimismado y parecía enfrascado en calcular algo referente al número de pasajeros. Al llegar a casa Dunning encontró en la puerta al Dr. Watson, su médico.

“Siento decirle que no he tenido más remedio que poner su casa patas arriba, Dunning. Sus dos criadas están fuera de combate. De hecho, he tenido que mandarlas a la casa de convalecencia”.

“¡Cielo santo!, ¿qué ocurre?”

“Parece envenenamiento por tomaína, según creo: veo que usted no lo ha sufrido sino no estaría en pie. Creo que se recuperarán del todo”.

“¡Vaya, vaya! ¿Tiene usted idea de qué pueda haberlo causado?”

“Bueno, me han dicho que le compraron marisco para cenar a un vendedor ambulante. Es raro. He investigado y no parece que ningún vendedor ambulante se haya acercado a las otras casas de la calle. No sabía cómo avisarlo y sus criadas tardarán un tanto en volver. Puede usted cenar conmigo y veremos qué más podemos hacer. A las ocho. No se preocupe”.

Dunning pudo evitar así la velada solitaria a expensas, es cierto, de algo de angustia e incomodidad. El Sr. Dunning, con todo, pasó un rato bien agradable con el doctor (un relativo recién llegado) y volvió a su hogar vacío sobre las 11:30. La noche que pasó no es una que recuerde con satisfacción. Estaba en la cama con las luces apagadas. Se preguntaba si la mujer de la limpieza vendría lo bastante temprano por la mañana como para calentarle el agua cuando oyó el ruido inconfundible de la puerta de su estudio al abrirse. No se oyeron pasos en el pasillo pero el ruido sólo podía indicar algo malo, ya que sabía que había cerrado la puerta esa noche tras guardar los papeles en su mesa de trabajo. Fue más bien la vergüenza que el coraje lo que le hizo salir al pasillo e inclinarse por encima de la escalera en camisón, escuchando. No se veía luz alguna; no se oyó ningún otro ruido: tan sólo una ráfaga de aire tibio o incluso caliente jugó por un instante con sus espinillas. Volvió a su habitación y decidió encerrarse con llave en ella. Pasaron más cosas desagradables, sin embargo. O bien una central eléctrica del vecindario muy ahorrativa había decidido que no se necesitaba luz durante la madrugada, o bien el contador no funcionaba; el caso es que no había luz. Lo más lógico era buscar una cerilla y consultar el reloj para saber cuántas horas de molestias quedaban. Así que puso la mano bajo la depresión de la almohada con la que estaba tan familiarizado: sólo que no llegó muy lejos. Lo que tocó fue, según cuenta, una boca, con dientes y pelo alrededor y, asegura, no precisamente la boca de un ser humano. No creo que valga la pena imaginar qué dijo o hizo pero el hecho es que estaba en otra habitación con el cerrojo echado y el oído sobre la puerta cuando recobró la capacidad de pensar con claridad. Y ahí pasó el resto de una noche miserable, esperando que en cualquier momento alguien intentaría abrir la puerta, pero nada ocurrió.

El retorno a su propia habitación por la mañana vino acompañado de muchas paradas para escuchar y de muchos temblores. La puerta seguía abierta, afortunadamente, y las persianas estaban levantadas (las sirvientas habían salido de la casa antes de bajarlas); no había, en resumen, traza alguna de ocupación. El reloj también estaba en su lugar habitual; nada estaba fuera de sitio, excepto que la puerta del armario estaba abierta, cosa, por otra parte, habitual. El timbre de la puerta trasera anunció la llegada de la mujer de la limpieza, a quien se había llamado la noche anterior, y eso le dio valor al Sr. Dunning, después de dejarla entrar, para proseguir su búsqueda en otras partes de la casa. Fue igualmente en vano.

El día había empezado pues de modo bien sombrío. No se había atrevido a ir al Museo: a pesar de lo que el ordenanza había dicho Karswell podía aparecer y Dunning sentía que no podría hacer frente a un extraño posiblemente hostil. Su propia casa le era odiosa y detestaba la idea de comer a costa del doctor. Hizo una breve visita a la casa de convalecencia, donde lo alegraron un tanto las buenas noticias sobre su ama de llaves y su doncella. Hacia la hora del almuerzo se dirigió a su club, sintiendo de nuevo una chispa de satisfacción al ver al Secretario de la Asociación. Durante la comida Dunning le explicó a su amigo sus preocupaciones más tangibles pero no tuvo el valor de hablarle de las que más pesaban sobre su ánimo. “Mi pobre amigo”, dijo el Secretario, “¡vaya trago! Mira: estamos

totalmente solos en casa. Tienes que quedarte con nosotros. ¡Sí!, sin excusas: envía tus cosas esta tarde". Dunning no podía ni tenerse en pie: a medida que transcurría el tiempo se iba poniendo muy nervioso respecto lo que le podría estar esperando en su hogar esa noche. Casi se sentía feliz al ir a su casa a preparar su equipaje.

Sus amigos, una vez tuvieron tiempo de observarlo, se quedaron sorprendidos al ver su apariencia afligida e hicieron lo que pudieron para animarlo. No sin algún éxito, si bien cuando los dos hombres se quedaron solos más tarde fumando, Dunning quedó abatido de nuevo. De repente dijo "Gayton, creo que ese tipo alquimista sabe que yo rechacé su comunicación". Gayton silbó.

"¿Qué te lo hace pensar?", preguntó. Dunning le habló de su conversación con el ordenanza del Museo y Gayton no pudo sino estar de acuerdo con que era más que probable que su amigo llevara razón.

"No es que me importe mucho", añadió Dunning, "sólo que podría ser violento encontrarse con él. Imagino que es un tipo malhumorado". La conversación decayó de nuevo y Gayton pudo ver impresionado cómo la desolación hacía mella en el rostro y la postura de Dunning hasta que finalmente –aunque haciendo un considerable esfuerzo- le preguntó a quemarropa si le preocupaba algo serio. Dunning dio una exclamación de alivio.

"Me moría de ganas de sacármelo de encima", dijo. "¿Sabes algo de un hombre llamado John Harrington?" Gayton se llevó un buen sobresalto pero en aquel momento sólo pudo preguntar por qué. Dunning contó entonces la historia completa –lo que había sucedido en el tranvía, en su propia casa, y en la calle, la depresión que lo invadía y que todavía persistía; y acabó con la pregunta con la que había empezado. Gayton no sabía cómo responder. Tal vez lo correcto sería contar la historia del final que tuvo Harrington sólo que Dunning estaba nervioso, la historia era desalentadora y Gayton no podía sino preguntarse si no había alguna conexión entre ambos casos en la persona de Karswell. Era algo difícil de admitir para un científico pero quizás la clave estaba en la expresión 'sugestión hipnótica'. Al final decidió ser prudente esa noche y hablar de la situación con su esposa. Así que sólo dijo que había conocido a Harrington en Cambridge, que creía que había muerto de repente en 1889, añadiendo algunos detalles sobre el hombre y sus publicaciones. Al fin habló del tema con la Sra. Gayton y, tal como había anticipado, ella llegó sin dudarlo a la misma conclusión que había estado flotando en su mente. Fue ella quien le recordó que el difunto tenía un hermano, Henry Harrington, y fue ella también quien sugirió que podrían ponerse en contacto con él a través de su anfitriona del día anterior.

"Puede que sea un chalado", objetó Gayton. "Eso lo sabrán mejor los Bennetts, que lo conocen", replicó la Sra. Gayton, y se ofreció a visitar a los Bennetts el mismo día siguiente.

No es necesario narrar en detalle los pasos por los cuales Henry Harrington y Dunning se conocieron.

La siguiente escena que necesita ser reproducida es una conversación que tuvo lugar entre los dos. Dunning le habló a Harrington del modo extraño en el que el nombre del difunto le había sido mostrado y dijo algo, además, sobre sus experiencias posteriores. Le preguntó entonces a Harrington si estaba dispuesto a cambio a recordar cualquiera de las circunstancias que rodearon la muerte de su hermano. La sorpresa de Harrington ante las palabras de Dunning puede imaginarse pero su respuesta fue rápida.

"John", dijo, "solía caer en un estado muy extraño, de tanto en tanto, algunas semanas antes, aunque no inmediatamente antes, de la catástrofe. Había varias cosas; la principal es que pensaba que lo seguían. Sin duda era un hombre impresionable pero nunca antes había tenido estas fantasías. No puedo quitarme de la cabeza que alguien le tenía inquina y lo que

usted me explica me recuerda mucho a mi hermano. ¿Le consta a usted que tengan algún vínculo común?"

"Hay sólo uno que ha estado tomando forma en mi mente. Me han dicho que su hermano hizo una reseña muy negativa de un libro no mucho antes de morir y hace poco me he cruzado en el camino del hombre que lo escribió de un modo que puede haberlo ofendido".

"No me diga que ese hombre se llama Karswell".

"¿Por qué no? Ése es precisamente su nombre". Henry Harrington se inclinó hacia atrás.

"Creo que es un dato decisivo. Me explicaré. Por algo que dijo estoy seguro de que mi hermano John estaba empezando a creer –muy en contra de su voluntad- que Karswell estaba detrás de sus problemas. Quiero explicarle lo que parece confirmar la situación. Mi hermano era un gran aficionado a la música y solía ir a muchos conciertos en la ciudad. Un día volvió de uno, unos tres meses antes de morir, y me dio su programa para que lo viera –un programa analítico: siempre los guardaba. "Casi pierdo este", dijo. "Supongo que lo dejé caer; sea como sea lo estaba buscando debajo del asiento y en mis bolsillos y tal y mi vecino me ofreció el suyo: dijo que 'me lo podía dar porque no ya no servía', y se marchó en seguida. No sé quién era –un hombre corpulento, bien afeitado. Habría lamentado perderlo; claro que podía haber comprado otro pero este no me costó nada". En otra ocasión me dijo que se había sentido muy incómodo tanto al regresar al hotel como durante la noche. Pensándolo ahora puedo atar cabos. Algo más tarde, cuando repasaba los programas, ordenándolos antes de hacerlos encuadernar, y éste en concreto (al que por cierto yo apenas le había echado un vistazo), encontró cerca de la cabecera una tira de papel con una escritura muy rara en negro y rojo –hecha esmeradamente- que me pareció contener letras rúnicas. "Vaya", dijo, "esto le debe pertenecer a mi gordo vecino. Quizás habría que devolvérselo; podría ser una copia de algo y es obvio que alguien se ha tomado muchas molestias para escribirla. ¿Cómo puedo encontrar su dirección?" Lo hablamos un rato y estuvimos de acuerdo en que no valía la pena poner un anuncio y que sería mejor que mi hermano buscara a ese hombre en el próximo concierto, al cual iría muy pronto. El papel reposaba sobre el libro y los dos estábamos cerca de la chimenea; era una noche fría y ventosa de verano. Supongo que la corriente abrió la puerta aunque no me di cuenta entonces; en cualquier caso una ráfaga –una ráfaga cálida- se interpuso de repente entre nosotros, tomó el papel y lo depositó directamente sobre las llamas: era un papel ligero y fino y en seguida ardió y subió hecho cenizas chimenea arriba. "Bien", dije, "ahora ya no puedes devolverlo". Calló un instante y entonces dijo bastante disgustado, "No, ya no puedo hacerlo, pero no sé por qué insistes en decirlo". Yo señalé que no lo había dicho más de una vez. "Más de cuatro, quieres decir" fue toda su respuesta. No sé si ha visto usted ese libro de Karswell que mi desdichado hermano reseñó. Es poco probable que lo haya hecho; yo lo hice, sin embargo, tanto antes como después de su muerte. La primera vez nos reímos juntos. Estaba escrito sin estilo alguno –con faltas gramaticales y todo ese tipo de cosas que dan náuseas en Oxford. Además no había nada que el tipo no se creyera: mezclaba mitos clásicos con historias de la Leyenda Dorada con informes sobre costumbres salvajes de hoy –todo muy apropiado, sin duda, si sabes cómo usarlo, pero es que él no sabía: parecía poner *La leyenda dorada* y *La rama dorada*[4] exactamente al mismo nivel y creer en ambas; una exhibición patética, en suma. Bien, después de la desgracia, le eché un segundo vistazo al libro. No era mejor que antes pero esta vez dejó una impresión diferente en mi mente. Sospeché –tal como le digo- que Karswell le tenía inquina a mi hermano, incluso que de algún modo era responsable de lo ocurrido y el libro me pareció entonces una obra muy siniestra. Me llamó la atención en particular un capítulo en el que hablaba de 'echar las runas' contra la gente, bien con el propósito de ganarse su afecto o de librarse de ellos –tal vez más especialmente lo segundo: hablaba de todo esto de un modo que a mi me parecía sugerir un conocimiento de primera mano. No tengo tiempo de entrar en detalles pero el caso es que

estoy más que seguro por datos que he recibido de que el hombre educado del concierto era Karswell; sospecho –más que sospecho- que el papel era importante, y creo que si mi hermano hubiera podido retornarlo estaría aún vivo. Por lo tanto, se me ocurre preguntarle si tiene usted algo más que añadir a lo que le he contado".

En respuesta Dunning contó el episodio ocurrido en la Sala de Manuscritos del Museo Británico. "Así que le entregó algunos papeles; ¿los ha examinado? ¿No? Porque si no lo ha hecho tenemos que revisarlos en seguida y con mucho cuidado".

Fueron a la casa aún vacía –vacía porque las dos sirvientas todavía no podían regresar al trabajo. El portafolio con los papeles de Dunning acumulaba polvo sobre el escritorio. En él estaban los pliegos de papel de escribir de pequeño tamaño que usaba para sus transcripciones y de uno de ellos, al cogerlo, se escapó y salió volando con inusitada rapidez una tira de papel ligero y fino. La ventana estaba abierta pero Harrington la cerró de golpe, justo a tiempo de interceptar el papel, que atrapó. "Ya lo pensaba", dijo, "podría ser idéntico al que recibió mi hermano. Tendrá que comprobarlo, Dunning; puede ser algo muy serio para usted".

La deliberación fue larga. Se escrutó el papel cuidadosamente. Como Harrington había dicho, los caracteres se parecían más a runas que a ninguna otra cosa pero ninguno de los dos hombres pudo descifrarlos y ambos dudaron a la hora de copiarlos por miedo, según confesaron, a perpetuar cualquier posible designio malévolo que pudieran ocultar. Así que ha sido imposible (si se me permite adelantar un dato) determinar qué contenía ese curioso mensaje u orden. Tanto Dunning como Harrington están totalmente convencidos de que habría tenido el efecto de dejar a sus poseedores en compañía muy indeseable. Estuvieron de acuerdo en que la tira tenía que ser devuelta a la fuente de la que provenía y, más aún, en que sólo podía hacerse de un modo seguro e incuestionable en persona, así que sería necesario urdir una estratagema ya que Karswell conocía a Dunning de vista. Para empezar debería cambiar de aspecto afeitándose la barba. ¿No podría, sin embargo, ocurrir que el golpe cayera antes? Harrington pensaba que podían calcularlo. Sabía que la fecha del concierto en que su hermano había recibido la 'negra marca' era el 18 de Junio. La muerte había ocurrido el 18 de Septiembre. Dunning le recordó que la inscripción del tranvía mencionaba tres meses.

"Tal vez", añadió riendo sin ganas, "la mía puede ser también un recibo con cobro a tres meses vista. Creo que puedo concretarlo por mi diario. Sí, el 23 de Abril fue el día en el Museo; eso nos lleva al 23 de Julio. Como sabes, es extremadamente importante para mi que me digas todo lo que sepas sobre la evolución de la situación de tu hermano, si es que puedes hablar de ello".

"Por supuesto. Bien, lo que más le afectaba era la sensación de que lo vigilaban siempre que estaba solo. Al cabo de un tiempo empecé a dormir en su habitación y mejoró algo; aún así, hablaba mucho en sueños. ¿De qué? ¿Sería bueno pararse en este punto al menos hasta que las cosas estén en su sitio? Creo que no, pero te puedo decir esto: le llegaron dos envíos por correo en esas semanas, ambos de Londres y sin matasellos y con la dirección escrita como si fuera correo comercial. Uno era un grabado de Bewick[5] arrancado con brusquedad de la página: es uno que muestra un camino a la luz de la luna y un caminante perseguido por una horrorosa criatura diabólica. Bajo él aparecían unos versos de *El viejo marino*[6] (que imagino que el grabado ilustra) sobre un hombre que, tras mirar a su alrededor

Sigue su camino,
Sin volver la cabeza
Porque sabe que un horrible diablo
Camina tras sus pasos.

El otro envío era un calendario como el que envían los comerciantes. Mi hermano no le prestó atención pero yo le eché un vistazo tras su muerte y vi que los meses después del 18 de Septiembre habían sido arrancados. Te puede sorprender que saliera solo la noche en que lo

mataron pero el hecho es que durante más o menos los diez últimos días de su vida se había sentido bastante libre de esa sensación de estar siendo seguido o vigilado".

La conclusión de la deliberación fue la siguiente. Harrington, que conocía a un vecino de Karswell, pensaría en la manera de vigilar sus movimientos. El papel de Dunning consistiría en estar preparado para cruzarse en el camino de Karswell en cualquier momento, manteniendo el papel a salvo y a mano.

Se separaron. Las semanas que siguieron fueron sin duda una pesada carga sobre los nervios de Dunning; la barrera intangible que parecía haberse alzado a su alrededor el día en que recibió el papel se transformó gradualmente en una negrura melancólica que lo separó de toda vía de escape a la que podría haber recurrido. No había nadie cerca que pudiera haberle indicado una alternativa y él parecía privado de toda iniciativa. Esperó con angustia indescriptible a que Mayo, Junio y primeros de Julio pasaran y llegara la orden de Harrington. Todo ese tiempo Karswell permaneció en Lufford sin moverse de allí.

Al fin, menos de una semana antes de la fecha que se había acostumbrado a ver como el fin de sus actividades terrenales llegó un telegrama: "Deja Victoria en el tren que lleva al puerto el jueves por la noche. No lo pierdas. Te veo esta noche. Harrington".

Harrington llegó como había anunciado e hicieron planes. El tren dejaba Victoria a las nueve y su última parada antes de Dover era Croydon Oeste. Harrington se pegaría a Karswell en Victoria y buscaría a Dunning en Croydon, llamándolo por un nombre previamente acordado si fuera necesario. Dunning, tan disfrazado como fuera posible, debería llevar equipaje sin iniciales ni etiquetas y tenía que llevar fuera como fuera el papel consigo.

No voy a intentar describir el suspense que dominaba a Dunning mientras esperaba en el andén de Croydon. Su sensación de peligro durante los últimos días había aumentado debido precisamente a que la nube que lo rodeaba parecía más ligera, pero el alivio era un mal síntoma y, si Karswell se le escapaba ahora, toda esperanza se perdía y había muchas posibilidades de que fuera así. Los veinte minutos en los que se paseó por la plataforma e incordió a cada mozo con preguntas sobre cuándo llegaría el tren del puerto fueron los más amargos de su vida. Con todo, el tren llegó y Harrington estaba en la ventana. Era importante, por supuesto, ignorarse mutuamente así que Dunning entró por el extremo opuesto del pasillo del vagón y se encaminó poco a poco al compartimento donde estaban Harrington y Karswell. Le tranquilizó ver que, en general, el tren iba medio vacío.

Karswell estaba alerta pero no dio señales de haberlo reconocido. Dunning tomó un asiento que no estaba directamente en frente e intentó, primero en vano y poco a poco con mayor control sobre sus facultades mentales, calcular las posibilidades de hacer la tan deseada entrega. Los abrigos de Karswell estaban apilados en el asiento frente a él y al lado de Dunning. Sería inútil dejar el papel en ellos –no estaría a salvo, o sentiría que lo estaba, a no ser que de algún modo pudiera ofrecer el papel y que el otro lo aceptara. Había un bolso abierto que contenía papeles. ¿Podría esconderlo (de modo que quizás Karswell dejara el tren sin el bolso) y entonces buscarlo y entregárselo? Ése podría ser el plan. ¡Ojalá pudiera hablarlo con Harrington!; pero eso no podía ser. Pasaron los minutos. En más de una ocasión Karswell se levantó y salió al pasillo. La segunda vez Dunning estaba a punto de intentar hacer caer el bolso del asiento cuando captó una advertencia en la mirada de Harrington. Karswell observaba desde el pasillo, posiblemente para ver si los dos hombres se reconocían mutuamente. Volvió pero era obvio que estaba inquieto; cuando se levantó por tercera vez Dunning recobró la esperanza, al caer algo del asiento al suelo sin hacer apenas ruido. Karswell salió de nuevo hasta más allá de donde alcanzaba la vista a través de la ventana del pasillo. Dunning recogió lo que había caído y vio que la clave estaba en su manos en forma de una de las fundas para billetes de Cook[7], que contenía unos cuantos. Estas fundas tienen un bolsillo en la cubierta y en un segundo el papel del que hemos oído hablar quedó depositado en él. Para hacer la operación menos arriesgada, Harrington se quedó en la puerta del

compartimento jugando con la persiana. Ya estaba hecho y en el momento justo, dado que el tren aminoraba su marcha al acercarse a Dover.

En seguida Karswell entró en el compartimento. Al hacerlo, Dunning, controlando como pudo el temblor de su voz le entregó la funda diciendo: "¿Me permite, señor? Creo que esto es suyo". Tras echar un breve vistazo al billete en su interior Karswell pronunció la respuesta esperada, "Sí, es mío; muy agradecido, señor" y se guardó la funda en el bolsillo de su chaqueta.

Incluso en los pocos momentos restantes –momentos de angustia tensa ya que no sabían a qué podría llevar el hallazgo prematuro del papel- ambos observaron que el vagón parecía oscurecerse en torno a ellos y que la temperatura parecía haber aumentado; que Karswell parecía agitado y atribulado; que cogía la pila de abrigos y los arrojaba como si le repelieran; y que se sentaba rígido y los miraba a ambos con aprensión. Los dos, asediados por un desasosiego insufrible, se afanaron en recoger su equipaje pero creyeron ver que Karswell estaba a punto de hablarles cuando el tren se paró en Dover Centro. Sería preferible pasar el breve intervalo entre la ciudad y el puerto en el pasillo.

Se bajaron en el puerto pero el tren estaba tan vacío que se vieron obligados a hacer tiempo en el andén hasta que Karswell pasó con un mozo por delante de ellos de camino al barco y sólo entonces se sintieron lo bastante seguros como para intercambiar un apretón de manos y un breve mensaje de felicitación. Dunning estuvo a punto de desmayarse y Harrington le hizo quedarse reclinado contra la pared mientras se adelantaba unos cuantos metros para poder ver así la pasarela que llevaba al barco y que Karswell ya había alcanzado.

El hombre colocado en la entrada validó su billete y, cargado de abrigos, Karswell entró en el barco. De repente el oficial lo llamó:

"Usted, señor, perdone, ¿ha mostrado el otro caballero el billete?"

"¿Qué demonios quiere decir con 'el otro caballero'?", gruñó Karswell desde la cubierta. El hombre se inclinó sobre la barandilla y lo miró:

"¿El diablo? Bueno, no sé, puede", Harrington lo oyó murmurar para luego decir en voz alta: "Me equivoqué, señor, deben haber sido sus abrigos, ¡mis disculpas!". Y entonces le preguntó a un subordinado:

"¿Éste va con un perro o qué? Es curioso: habría jurado que no iba solo. Bueno, sea lo que sea, ya se apañarán a bordo. Ahí va el barco. Una semana más y ya tendremos aquí a los veraneantes". Al cabo de cinco minutos no quedaba nada a la vista excepto las luces menguantes del barco, la larga línea de farolas de Dover, la brisa nocturna, y la luna.

Harrington y Dunning pasaron largo tiempo sentados en su salón del Lord Warden. A pesar de que su mayor problema había desaparecido, les oprimía una duda y no precisamente insignificante. ¿Tenían derecho a enviar a un hombre a su muerte, tal como creían haber hecho? ¿No deberían al menos avisarlo?

"No", dijo Harrington "si es el asesino que creo que es, lo que hemos hecho es justo. Ahora bien, si crees que es mejor... ¿pero cómo y dónde puedes avisarlo?"

"Tenía billete sólo hasta Abbéville", respondió Dunning. "Lo vi. Si enviara un telegrama a todos los hoteles en la Guía Joanne, 'Revise su funda de billetes. Dunning', me sentiría más feliz. Hoy es día 21: tendrá un día. Pero me temo que ya está fuera de nuestro alcance". Así que los telegramas se quedaron en la oficina del hotel.

No está claro si llegaron a su destino o, si lo hicieron, si se entendieron. Todo lo que se sabe es que en la tarde del día 23 un viajero inglés que contemplaba la fachada de la Iglesia de San Wulfram en Abbéville, entonces en restauración, recibió un golpe en la cabeza que lo mató al instante al caerle una piedra desde el andamio levantado alrededor de la torre noroeste donde, según se pudo probar, no había en aquel momento ningún obrero: los papeles del viajero lo identificaban como Sr. Karswell.

Sólo queda añadir un detalle. En la subasta de los bienes que pertenecieron a Karswell Harrington adquirió un lote de grabados de Bewick, vendidos con todas sus taras. La página sin el grabado del viajero y el demonio estaba, como cabría esperar, mutilada. También, después de un intervalo prudente, Harrington le repitió a Dunning algo de lo que le había oído decir a su hermano en sueños, pero Dunning en seguida lo interrumpió.

Notas

NOTA: "Casting the Runes" suele traducirse como "La maldición de las runas" o "Echando las runas". El título escogido aquí es algo más libre. Las runas son caracteres usados en las antiguas escrituras escandinavas empleados aún hoy como símbolos mágicos por quienes creen en su poder.

1. 'Ut supra' es una locución latina usada aquí en el sentido de 'como indico arriba'.
2. La referencia es al 'college' de ese nombre de la Universidad de Cambrigde, mencionada más adelante en el cuento. Un 'college' es una institución de enseñanza superior que forma parte de una universidad y no tiene un equivalente exacto en castellano.
3. Lamplough era la marca de unas conocidas sales para mejorar la digestión de finales del siglo XIX. La expresión 'KC' en el original se refiere a 'King's Counsel', un tipo de abogado designado directamente por la Corona con el gran prestigio que esto conlleva.
4. *La leyenda dorada* o *Aurea Legenda* se refiere al libro compilado por Jacobo de Voragine (ca. 1260) que recoge numerosas vidas de santos y que tuvo gran influencia en la hagiografía medieval. *La rama dorada* es una famosa obra (12 volúmenes en la versión extendida de 1911-15) escrita por Sir James Frazer (1854-1941) que ofrece un estudio comparativo de mitos, religiones, folklore y tabúes paganos y cristianos.
5. Thomas Bewick (1753-1828), artista británico que revitalizó el uso del grabado en ilustraciones principalmente de fábulas y del mundo natural.
6. Conocido poema narrativo de larga extensión publicado en 1798 por el poeta romántico Samuel Taylor Coleridge (1772-1834).
7. Thomas Cook, fundada en 1841, era y es aún una de las principales agencias de viajes británicas.

M.R. JAMES, "El arte de echar las runas" (1911).
JACQUES TOURNEUR, *La noche del demonio* (T.O.: *Night of the Demon*, 1957). Guión de Charles E. Bennett y Hal E. Chester. Columbia Pictures y Sabre Films. Blanco y negro. 95 mins.

Personalidad típicamente inglesa, Montague Rhodes James (1862-1936), tuvo una ilustre carrera académica desarrollada entre la Universidad de Cambridge y el elitista colegio de Eton. Hoy es recordado, sin embargo, principalmente como el autor que más ayudó a consolidar el cuento de fantasmas o, más genéricamente, el cuento gótico en la primera mitad del siglo XX.

James, lector voraz de libros antiguos desde su niñez, fue él mismo alumno de las instituciones en las que trabajaría como adulto. En 1905 llegó a ser el preboste (o administrador principal) del King's College de Cambridge, donde se había especializado en la investigación de los textos apócrifos de la Biblia y de manuscritos ilustrados, y en 1918 pasó a ocupar un puesto similar en Eton. Autor cultísimo, prolífico, sociable, viajero y también soltero empedernido James llevó una vida puramente académica coloreada por los relatos góticos por los que hoy es conocido Éstos fueron fruto en muchos casos de la tradición navideña de origen victoriano según la cual no hay Nochebuena completa sin que los reunidos cuenten historias de miedo al calor de la chimenea. James, escéptico respecto a lo sobrenatural, parece haberse interesado en los fantasmas a partir de una figura del clásico espectáculo inglés de marionetas *Punch and Judy* que le impresionó de niño. Su toque

especial como autor gótico consiste en partir de la realidad más creíble para ir envolviendo a espectadores y lectores poco a poco en su reverso pesadillesco, ejerciendo un total control sobre su material narrativo.

No se sabe con certeza de dónde deriva la tradición inglesa de la historia de fantasmas que James practicó pero sí es cierto que su consolidación como género atractivo para todo tipo de escritor se debe al *Cuento de Navidad* de Charles Dickens (1843). Muchos ilustres victorianos se sumaron a la moda de narrar historias góticas pero fue sin duda el otro gran James –Henry- el que le dio el giro más impactante con su terrorífica novela corta *Otra vuelta de tuerca* (1898). M.R. James, sucesor en tono y materia del irlandés Joseph Sheridan Le Fanu (1814-73), cuyos textos editó, pertenece cronológicamente a un período de extraordinario florecimiento del cuento gótico que llega hasta los años 30. Fue entonces cuando, pese al fervor de escritores y lectores por el lado oscuro, académicos y críticos coincidieron en defender la absurda idea -derivada de una mala digestión del Modernismo- de que la Literatura 'seria' excluye lo fantástico, condenando así al cuento de terror al ostracismo. Prueba de la debilidad de ese punto de vista es que entre las filas de autores góticos de la primera mitad del siglo XX se encuentran nombres como los de los refinados Karen Blixen, Elizabeth Bowen, E.M. Forster, Evelyn Waugh, Edith Wharton –incluso William Faulkner- junto a literatos de menor peso pero gran atractivo como Lord Dunsany, Lafcadio Hearn, William Hope Hodgson, H.P. Lovecraft, Arthur Machen o George Oliver Onions.

James publicó sus aproximadamente 40 relatos inicialmente en revistas de Cambridge. Los volúmenes que los recogen son *Historias de fantasmas de un anticuario* (1904), en el que destacan el soberbio relato "Oh, silba y acudiré, muchacho mío" y "El tesoro del Abad Thomas", *Más historias de fantasmas de un anticuario* (1911), que incluye "El arte de echar las runas", *A Thin Ghost and Others* (1919), *A Warning to the Curious* (1925), y *Wailing Well* (1928). La primera edición de las historias completas es de 1931 pero no fue hasta los años 80 cuando se reconoció en su plenitud el talento de James.

Como es de esperar, los relatos de James han sido el origen de adaptaciones televisivas navideñas como las realizadas para las series de la BBC *Ghost Stories for Christmas* (1971-5) y, de la misma cadena, *Classic Ghost Stories* de 1986 y 2000. Otras series, en este caso sin vínculos navideños, como *Spine Chillers* (1980) y *Mystery and Imagination* (ITV, 1966 y 1968) se fijaron también en James, además de algunas películas para televisión como las dos dirigidas para la BBC por el insigne Tony Richardson en 1954 o la de 1968 de Jonathan Miller. James ha resultado ser mucho menos atractivo para el cine, ya que sólo dos largometrajes se basan en su obra: *La chiesa* (o *La iglesia*,1989), adaptación indirecta de "El tesoro del Abad Thomas" dirigida por Michele Soavi y escrita por el controvertido director Dario Argento, y *La noche del demonio* (1957) de Jacques Tourneur.

"El arte de echar las runas" fue objeto de una adaptación televisiva dirigida por Alan Cooke y escrita por Evelyn Frazer para la ya mencionada serie británica *Mystery and Imagination*. Según parece esta versión es fiel al original de James a diferencia de la película de Tourneur, que conserva del cuento en que se inspira el nombre del villano Karswell, el motivo de la tira de papel que contiene la maldición mortal escrita en runas y poco más. Los guionistas Charles Bennett y Hal E. Chester le dieron a la historia de James una pareja protagonista que tiene un cierto aire a lo Mulder y Scully, sólo que con los papeles invertidos: el psicólogo americano John Holden (Dana Andrews) no cree en lo sobrenatural mientras que su circunstancial pareja británica, la maestra de escuela y también licenciada en psicología Joana Harrington (Peggy Cummins), sí cree. Ella, sobrina de la primera víctima de Karswell -en esta versión líder de un culto satánico- y él, estrella invitada de una comisión científica dedicada a desacreditarlo, unen fuerzas en una investigación que parece en gran medida un *Expediente X*. Esto es así no sólo porque la inteligencia de Joana, sus impecables trajes y sus

altos tacones recuerdan mucho a los de Scully sino también porque la estructura narrativa de la película, con su impactante escena inicial y su alternancia entre la duda y la prueba, se acerca mucho a la habitual en la serie de Chris Carter.

Es más que posible que Carter conociera la obra del maestro Jacques Tourneur (1904-77), director francés afincado en los Estados Unidos que alcanzó la fama con *Yo anduve con un zombi* (1934, según novela de Inez Wallace) y la magistral *La mujer pantera* (1942). Tourneur era bien conocido por su tratamiento sutil del terror en la pantalla, estrategia de la que *La noche del demonio* hace gala excepto por el error cometido al mostrar en todo su risible esplendor al demonio del título en dos escenas cruciales de la película. Durante muchos años se dijo que el estudio le impuso a Tourneur la obligación de espantar al público con la visión de esta pesadillesca criatura pero hoy se duda de que esto fuera así. Pese al problema de si la película gana o pierde con estas imágenes, *La noche del demonio* funciona bien, apoyándose sobre todo en el sólido trabajo del actor Niall McGinnis como el cínico Karswell y en el de secundarios como Athene Seyler, que interpreta a su cándida madre.

Aunque la película es formalmente de nacionalidad británica y toda la acción transcurre en suelo inglés, el protagonismo del personaje de Dana Andrews, un tanto inverosímil como psicólogo de renombre, indica que busca congraciarse con el público americano. Tal vez ésa sea la justificación para dejar de lado casi todo el material narrativo que la historia original ofrece y reemplazarlo con otra trama al tiempo similar y distinta. El acobardado Dunning, el hombre perseguido por Karswell en el cuento de James, es un tópico solterón y académico *amateur* inglés del tipo que se refugia en su exclusivo club al sentirse acosado y casi se desmaya cuando consigue librarse de la maldición que pesa sobre él. Holden, en cambio, es un racional científico profesional, atractivo y cosmopolita que, como valiente americano, no se deja intimidar ni por las absurdas supersticiones de sus colegas británicos ni por las amenazas de Karswell. La formal amistad masculina surgida entre Dunning y el pragmático hermano del difunto Harrington es sustituida en la película por el constante flirteo entre Holden y su bonita (y no menos pragmática) amiga inglesa, a la que, por supuesto, conquista. Dunning sufre lo indecible sabiendo que le aguarda el terror más absoluto pero el escéptico Holden no llega a sentir verdadero miedo. Tras librarse de la tremenda muerte que Karswell había preparado para él simplemente concluye que "Hay cosas que es mejor no saber", toda una declaración de principios para un científico.

A quienes no conozcan el relato de James, *La noche del demonio* les puede parecer más que satisfactoria como película de terror. Quienes sí lo conozcan echarán de menos la intensidad de algunas de sus espeluznantes escenas, tales como el espectáculo que Karswell da a los niños del pueblo (sustituido por simple magia en la película) o la noche en vela que Dunning pasa en su casa (ausente), y se preguntarán por qué la tensa escena en el tren se ha diluido tanto. Hay que entender que el cine de los años 50 no podía reflejar en toda su crudeza los horrores que James describe pero sí podría haber transmitido la misma sensación de pesadilla del cuento. Si no lo hace es porque invita al espectador a identificarse con el escéptico en lugar de con el creyente mientras que James no deja en absoluto margen alguno para la duda una vez superada la resistencia inicial de sus personajes. Como lectores, en suma, simpatizamos con el sufrimiento del perseguido Dunning de un modo que el incrédulo Holden no puede ni llegar a entender. Y en eso radica el éxito de James.

“Espuelas” (1923), Clarence Aaron ‘Tod’ Robbins (1888-1949)

I

Jacques Courbé era un sentimental. Tan sólo medía setenta centímetros de la planta de sus diminutos pies a la coronilla pero al entrar en la pista a lomos de su gallardo corcel, San Eustaquio, había ocasiones en las que se sentía como un intrépido caballero de antaño a punto de luchar por su dama.

Poco importa que San Eustaquio sólo fuera un gallardo corcel en la imaginación de su amo –que, de hecho, ni siquiera fuera un poni sino un gran perro de raza anónima, con el hocico largo y las orejas erguidas de un lobo. Poco importa que la entrada de Monsieur Courbé fuera siempre recibida con gritos de burla y bombardeos de pieles de banana y mondas de naranja. Poco importa que no tuviera dama y que sus atrevidas hazañas fueran mera imitación de las de los jinetes a pelo que lo precedían. Poco le importaba todo esto al hombrecillo que vivía soñando y que se empeñaba en cerrar sus ojillos de botón ante las desangeladas verdades de la vida.

El enano no tenía amigos entre los otros prodigios del Circo Copo. Ellos pensaban de él que era malcarado y egoísta, y él los odiaba por aceptar las cosas tal como eran. La imaginación era la armadura que lo protegía de la miradas curiosas de un mundo cruel y boquiabierto, del pinchazo del aguijón del ridículo, de los bombardeos de pieles de banana y mondas de naranja. Sin ella, habría menguado hasta morir. ¿Pero, y los otros? Ah, ¡no tenían más armadura más que su encallecido pellejo! La puerta que abría el reino de la imaginación estaba cerrada para ellos y aunque no deseaban abrirla ni saber lo que había tras ella, se sentían recelosos y desconfiaban de cualquiera que poseyera la llave.

Sucedió que, después de muchas actuaciones humillantes en la pista que sólo sus sueños hacían soportables, el amor se coló en la carpa del circo y llamó imperioso a Monsieur Jacques Courbé. El enano se encontró en un instante engullido por un mar de brava, tumultuosa pasión.

Mademoiselle Jeanne Marie era una valiente amazona a pelo. El menudo corazón de Monsieur Jacques Courbé se paró al verla en su primera noche en la pista, actuando con gran brillantez sobre los anchos lomos de su vieja yegua, Sappho. Ella era una valquiria alta y rubia, con ojos redondos de un azul pálido que no mostraban chispa alguna de su alma de campesina avara, labios y mejillas colorados, grandes dientes blancos siempre a punto para una sonrisa, y puños que eran casi del tamaño de la cabeza del enano.

Su compañero de actuación era Simón Lafleur, el Romeo de la carpa –un joven moreno y hercúleo con descarados ojos negros y pelo abrillantado que relucía como la nuca de Solón, la foca amaestrada.

Desde esa primera actuación Monsieur Courbé amó a Mademoiselle Jeanne Marie. Todo su diminuto cuerpo temblaba de deseo por ella. Sus orondos encantos, tan generosamente ensalzados por las mallas y las lentejuelas, lo hacían enrojecer y mirar al suelo. Las confianzas permitidas a Simón Lafleur, el contacto corporal y acrobático de los dos artistas, hacían hervir la sangre del enano. A lomos de San Eustaquio, aguardando su turno en la entrada, apretaba los dientes con rabia impotente al ver a Simón dar vueltas por la pista, erguido orgulloso sobre la grupa de Sappho y sosteniendo a Mademoiselle Jeanne Marie en

un abrazo extasiado mientras ella alzaba al cielo una bien torneada pierna cubierta de lentejuelas.

"¡Ah, qué perro!", murmuraba Monsieur Jacques Courbé. "¡Algún día pondré en su sitio a este grandullón mozo de establo! *Ma foi*[1], ¡le dejaré las orejas señaladas!"

San Eustaquio no compartía la admiración de su amo por Mademoiselle Jeanne Marie. Desde el primer momento puso de manifiesto una franca aversión por ella a base de gruñidos y de una feroz exhibición de su largos, afilados colmillos. El enano encontraba un cierto consuelo en el hecho de que San Eustaquio mostraba aún signos más evidentes de cólera cuando se acercaba a él Simón Lafleur. Pero a Monsieur Jacques Courbé le dolía que su gallardo corcel, su único amigo, su compañero de cama, no admirara y amara a la espléndida gigantona que cada noche arriesgaba su vida y su cuerpo ante el populacho encandilado. A menudo, cuando estaban solos, le recriminaba a San Eustaquio sus malos modales.

"Ah, ¡demonio de perro!", lo increpaba el enano. "¿Por qué siempre tienes que gruñir y enseñar tus feos dientes cada vez que la encantadora Jeanne Marie se digna a fijarse en ti? ¿Es que no tienes sentimientos bajo tu duro pellejo? Perro callejero, ¡ella es un ángel y tú le gruñes! ¿Es que no recuerdas cómo te encontré, un cachorro muerto de hambre en una callejuela de París? ¡Y ahora amenazas la mano de mi princesa! Esa es tu gratitud, ¡gran cerdo peludo!"

Monsieur Jacques Courbé sólo tenía un pariente vivo –no un enano, como él mismo, sino un hombre de buena figura, un próspero granjero que vivía justo en las afueras del municipio de Roubaix. Este Courbé jamás se había casado y así pues, un día, cuando lo encontraron muerto a causa de un ataque de corazón, su pequeño sobrino, por quien, hay que confesar, el granjero siempre había sentido un rechazo instintivo, se convirtió en heredero de un sustancioso legado. Cuando fue informado de la circunstancia, el enano estrechó el melenudo cuello de San Eustaquio y gritó:

"Ah, ¡ahora nos podemos retirar, casarnos y sentar la cabeza, viejo amigo! ¡Valgo muchas veces mi peso en oro!"

Esa noche, cuando Mademoiselle Jeanne Marie se estaba despojando de su chillona indumentaria después de la actuación, se oyeron unos ligeros golpes en su puerta.

"¡Pasa!", dijo bien alto, creyendo que era Simón Lafleur, quien había prometido llevarla esa noche al Signo del Jabalí Salvaje para que una copa de vino le quitara el serrín de la garganta. "¡Entra, *mon chéri*[2]!"

La puerta se abrió lentamente y quien entró fue Monsieur Jacques Courbé, muy orgulloso y firme, vestido con las sedas y encajes propios de un cortesano, y llevando a la cadera una minúscula espada con empuñadura de oro. Y se aproximó, con sus ojillos de botón centelleado al ver los encantos medio expuestos de su robusta dama. Y se acercó a menos de un metro de donde ella estaba sentada, hincó una rodilla en el suelo y apretó sus labios contra el pie de la dama, cubierto por una zapatilla roja.

"Oh, hermosa y valiente dama", dijo con una voz tan aguda como una aguja arañando el cristal de una ventana. "¿No vas a apiadarte del desgraciado Jacques Courbé? Tiene hambre de tus sonrisas, se muere por tus labios. ¡Toda la noche da vueltas en su lecho y sueña con Jeanne Marie!"

"¿Qué es esta charada, mi pequeño valiente?", preguntó ella, inclinándose con la sonrisa de una ogresa. "¿Te ha enviado Simón Lafleur para burlarse de mi?"

"¡Que la peste negra se lleve a Simón!", exclamó el enano, echando chispas azules por los ojos. "No estoy jugando. Es muy cierto que la amo, *mademoiselle,* y que deseo hacerla mi dama. Y ahora que tengo una fortuna, ahora que...". Se calló de repente y su rostro tomó el aspecto de una manzana arrugada. "¿Qué es esto, *mademoiselle*?" dijo con el ronroneo zumbón de un avispón a punto de picar. "¿Te ríes de mi amor? Le advierto, *mademoiselle* –¡no se ría de Jacques Courbé!"

El rostro grande y rojizo de Mademoiselle Jeanne Marie se había teñido de púrpura a causa de sus esfuerzos por contener la risa. Las comisuras de sus labios temblaban en su intento de no echarse a reír a carcajadas.

¡Pero bueno! ¡El ridículo muñequito pretendía cortejarla en serio! Esta edición de bolsillo de un cortesano ¡le estaba proponiendo matrimonio a ella! Él, ese pedacito de hombre, ¡quería hacerla su esposa! ¡Pero si podría llevarlo sobre los hombros como un monito amaestrado!

¡Qué gran broma –qué broma inmensa! ¡Si es que se le reventaba el corsé! ¡Espera a que Simón Lafleur la oyera! Casi podía verlo echando hacia atrás su lustrosa cabeza, abriendo la boca al máximo y temblando todo él de risa en silencio. *Ella* era la que no debía reír –no entonces. Primero tenía que escuchar todo lo que el enano tenía que decir, extraer toda la dulzura de este bombón relleno de humor antes de aplastarlo bajo el tacón del ridículo.

"No me río", pudo decir. "Me ha cogido por sorpresa. Nunca pensé, ni siquiera imaginé..."

"Eso está bien, *mademoiselle*", interrumpió el enano. "No tolero la risa. En la pista me pagan para hacer reír pero esos otros pagan para reírse de *mi*. ¡Siempre hago reír a la gente!"

"¿Pero le he entendido bien, Monsieur Courbé? ¿Me propone usted un matrimonio honorable?"

El enano puso la mano sobre el corazón y se inclinó. "Sí, *mademoiselle*, un matrimonio honorable, y el sustento para mantener el hambre a raya. Hace una semana mi tío murió dejándome una gran propiedad. Tendremos un criado para servirnos, un caballo y un carruaje, comida y vino de lo mejor, y ocio para divertirnos. ¿Y usted? ¡Bueno, será una gran dama! ¡Vestiré ese hermoso cuerpo suyo con seda y encaje! ¡Será tan feliz, *mademoiselle*, como un cerezo en junio!"

La oscura sangre se retiró lentamente de las carnosas mejillas de Mademoiselle Jeanne Marie, las comisuras de sus labios dejaron de temblar, sus ojos se entornaron un tanto. Llevaba años siendo amazona y estaba cansada. La vida de circo había perdido su lustre. Amaba al apuesto Simón Lafleur pero sabía muy bien que este Romeo con mallas nunca se casaría con una chica sin dote.

Las palabras del enano habían tejido un rico tapiz mental. Se vio ejerciendo de dama orgullosa, presidiendo una finca, y más tarde recibiendo a Simón Lafleur con todos los lujos que él tanto apreciaba. A Simón le encantaría casarse y así poder hacerse con la finca. Estos pigmeos eran unos enclenques. ¡Morían jóvenes! No tendría que hacer nada para acelerar el fin de Jacques Courbé. No, sería la amabilidad en persona para el pobrecillo, pero, por otra parte, no dejaría que el luto estropeara su belleza.

"En tanto en que me ame, *mademoiselle*, no le faltará nada de lo que desee", continuó el enano. "¿Su respuesta?"

Mademoiselle Jeanne Marie se inclinó y, con un único movimiento de sus poderosos brazos, levantó a Monsieur Jacques Courbé y lo sentó sobre su rodilla. Durante un intenso instante lo mantuvo allí, como si él fuera una muñeca francesa de gran tamaño, con su espada en miniatura inclinada hacia atrás con coquetería. Entonces le dio un beso enorme en la mejilla que cubrió por completo su rostro de la barbilla a la frente.

"¡Soy tuya!", murmuró ella, estrujándolo contra su amplio pecho. "¡Te amo desde el momento en que te vi, Monsieur Jacques Courbé!"

II

La boda de Mademoiselle Jeanne Marie se celebró en el pueblo de Roubaix, donde el Circo Copo se había establecido temporalmente. Tras la ceremonia, se sirvió un banquete en una de las carpas, al que asistió toda una galaxia de celebridades.

El novio, con su carita oscura llena de vino y felicidad, presidía la mesa. Su barbilla justo sobresalía por encima del mantel, de modo que su cabeza parecía una gran naranja que hubiera caído del frutero. Bajo sus pies colgantes, San Eustaquio, que más de una vez había manifestado con profundos gruñidos su rechazo hacia los acontecimientos, mordisqueaba un hueso lanzando de tanto en tanto rápidas y taimadas miradas a las piernas gordezuelas de su nueva ama. Papá Copo se sentaba a la derecha del enano, con su rostro grande y redondo tan rojo y benévolo como la luna llena que acompaña las cosechas. A su lado Griffo, el chico jirafa, cubierto de lunares y con ese cuello tan largo, miraba por encima de sus cabezas a todos los demás, incluyendo a Monsieur Hippo, el gigante. El resto de la compañía comprendía a Mademoiselle Lupa, que tenía unos dientes blancos y afilados de increíble longitud, y que gruñía al intentar hablar; al pesado Monsieur Jejongle[3], que insistía en hacer juegos malabares con la fruta, los platos y los cuchillos pese a que toda la compañía estaba más que harta de sus trucos; Madame Samson, con sus crías de boa amaestrada rodeándole el cuello y echando tímidas miradas, cada una sobre una oreja; Simón Lafleur y un montón más.

El jinete a pelo casi no había dejado de reír en silencio desde que Jeanne Marie le había comunicado su compromiso. Se sentaba ahora a su lado ataviado con mallas rojas. Llevaba el pelo negro cepillado hacia atrás y cubierto con tanta brillantina que reflejaba las luces del techo, como un casco bruñido. De tanto en tanto brindaba con una copa de borgoña llena a rebosar, le daba un codazo a la novia en las costillas, y echaba su lustrosa cabeza hacia atrás en otro ataque de risa silenciosa.

"¿Estás seguro de que no me olvidarás, Simón?" susurró. "Puede pasar algún tiempo antes de que consiga el dinero del pequeño simio".

"¿Olvidarte, Jeanne?", masculló él. "¡Por todos los diablos que danzan en el champán, nunca! Esperaré con la paciencia de Job hasta que le hayas dado a ese ratón un poco de queso envenenado. ¿Pero qué harás con él mientras tanto, Jeanne? No debes permitirle que se tome libertades contigo. ¡Tengo que apretar los dientes cuando pienso en ti entre sus brazos!"

La novia sonrió y observó a su diminuto marido con ojo avizor. ¡Qué átomo de hombre! Y, sin embargo, la vida en sus huesos podría durar aún largo tiempo. Monsieur Jacques Courbé se había permitido tomar sólo un vaso de vino y ya estaba bien embriagado. Su carita estaba sonrojada y miraba a Simón Lafleur con actitud beligerante. ¿Sospechaba la verdad?

"¡El vino ha puesto colorado a tu marido!", el jinete murmuró. "*Ma foi*, madame, ¡podría pegarte más adelante! Es posible que sea un borracho peligroso. Si te maltratara, Jeanne, no olvides que tienes un protector en la persona de Simón Lafleur".

"¡Payaso!". Jeanne Marie entornó sus grandes ojos con picardía y puso por un instante la mano sobre la rodilla del jinete. "Simón, podría partirle el cráneo con dos dedos, ¡como si fuera esta nuez!" Ella se detuvo para ilustrar sus palabras, y añadió entonces una reflexión: "Y, quizás, lo tendré que hacer si me toma confianzas. ¡Ugh! ¡El pequeño simio me revuelve el estómago!"

Para entonces la bebida empezaba a hacer estragos entre los invitados a la boda. Esto era evidente especialmente en el caso de los asociados de Monsieur Jacques en la feria que acompañaba al circo.

Griffo, el chico jirafa, había cerrado sus grandes ojos marrones y dejaba que su cabeza se meciera lánguidamente por encima de los reunidos, mientras una expresión un tanto altanera curvaba la comisura de sus labios. Monsieur Hercule Hippo, con su colosal cuerpo aún más hinchado a causa de las libaciones, repetía una y otra vez: "Te digo que no soy como los demás hombres. ¡Cuando camino, la tierra tiembla!" Mademoiselle Lupa, con su peludo labio superior mostrando sus largos dientes blancos, roía un hueso, gruñendo para sus adentros frases ininteligibles y lanzando miradas salvajes y suspicaces a sus compañeros. Las manos de Monsieur Jejongle eran cada vez menos firmes y, como insistía en hacer

malabarismos con la vajilla y los cuchillos de cada nuevo plato, cubría el suelo un tapiz de restos de loza rota. Madame Samson, deshaciendo su collar de crías de boa *constrictor*, les daba terrones de azúcar empapados de ron. Monsieur Jacques Courbé había acabado su segunda copa de vino y observaba al susurrante Simón Lafleur con ojos como rendijas.

No puede darse un cordial compañerismo entre grandes egoístas que han bebido demasiado. Cada una de estas rarezas humanas pensaba que sólo a él o ella se debían las multitudes que cada día se reunían en el Circo Copo, así que ahora, calentados por el buen borgoña, no iban precisamente lentos a la hora de hacerse notar. Juntos, sus distintos egos repiqueteaban con furia, como guijarros en una bolsa. Aquí había pólvora que sólo necesitaba una chispa.

“Soy un hombre grande –¡muy grande!” Monsieur Hercule Hippo dijo adormilado. “Las mujeres me aman. Las lindas criaturitas dejan a sus pigmeos de maridos para poder venir y recrear la vista con Hercule Hippo del Circo Copo. Ja, y cuando vuelven a casa ¡siempre se ríen de los demás hombres! ‘Podrás besarme cuando crezcas’ le dicen a sus amorcitos.”

“¡Buey gordo, he aquí una mujer que no te tiene ningún amor!”, exclamó Mademoiselle Lupa, mirando de reojo al gigante por encima de su hueso. “Esa carcasa tuya tan grande sólo es comida que se ha echado a perder. Has engañado al carnicero, amigo mío. Bobo, ¡las mujeres no vienen a verte a *ti*! Lo mismo les daría ver al ganado que pasa por la calle. ¡Ah, no, ellas vienen de cerca y de lejos para ver a una de su mismo sexo que no es un gato!”

“¡Bien dicho!”, terció Papá Coco en tono conciliador, sonriendo y frotándose las manos. “No un gato, *mademoiselle*, sino un lobo. ¡Ah, qué sentido del humor! ¡Qué mordaz!”

“*Tengo* sentido del humor”, concedió Mademoiselle Lupa, retornando a su hueso, “y también dientes afilados. Cuidado que la mano errante no se aparte del camino un poco demasiado cerca”.

“Vosotros dos, Monsieur Hippo y Mademoiselle Lupa, estáis equivocados”, dijo una voz que parecía venir del tejado. “Sin duda, ¡es a mi y no a ningún otro que la gente viene a ver!”

Todos fijaron sus ojos en el rostro altanero de Griffo, el chico jirafa, que se mecía lentamente de lado a lado sobre su cuello largo como la cánula de una pipa. Era él quien había hablado aunque sus ojos estaban aún cerrados.

“¡Pero qué desvergüenza tan descomunal!”, exclamó la matrona Mademoiselle Samson. “¡Como si mis pequeños no tuvieran nada que decir sobre el tema!” Recogió las dos crías de boa *constrictor*, que reposaban borrachas en su regazo, y fustigó con ellas como si fueran látigos a los invitados. “¡Papá Coco sabe muy bien que es por estos dos encantos, Marco Antonio y Cleopatra, que la feria tiene tanto público!”

El dueño del circo, aludido directamente, frunció el ceño perplejo. Estaba en un apuro. Estos prodigios suyos eran difíciles de manejar. ¿Cómo había sido tan bobo de venir a la boda de Monsieur Jacques Courbé? Dijera lo que dijera se volvería en contra suya.

Mientras Papá Coco dirimía sus dudas, con el rostro redondo y rubicundo deshecho en sonrisas conciliatorias, la chispa hasta entonces dormida en la pólvora se encendió de repente. Todo fue culpa de la negligencia de Monsieur Jejongle, que, absorto en la conversación, deseaba participar. Haciendo malabarismos sin prestar demasiada atención con dos platos y una cuchara, dijo en un tono petulante: “¡Os olvidáis todos de mi!”

Apenas habían dejado esas palabras sus labios, cuando uno de los pesados platos se estrelló contra el grueso cráneo de Monsieur Hippo, y todos se acordaron al instante de Monsieur Jejongle. Hicieron algo más que acordarse. El gigante, irritado en extremo por los insultos de Mademoiselle Lupa, reaccionó ante esta nueva afrenta apartándola bruscamente y dejando al malabarista derribado de un golpe debajo de la mesa.

Mademoiselle Lupa, siempre irascible y especialmente cuando toda su atención se centraba de un jugoso hueso de pollo, obviamente encontró la conducta de su compañero de cena muy poco decorosa y sin dilación alguna insertó sus afilados dientes en la ofensiva mano que había dado el golpe. Monsieur Hippo chillando de rabia y dolor como un elefante herido, se puso en pie de un salto volcando la mesa.

Lo que siguió fue un pandemónium. Las manos, dientes y pies de cada prodigio se volvieron contra los de los demás. Por encima de los gritos, chillidos, gruñidos y rechiflas del combate, se podía oír la voz de Papá Coco pidiendo paz.

"¡Ah, mis niños, mis niños! ¡Estos no son modales! ¡Calmaos, os lo ruego! Mademoiselle Lupa, ¡recuerda que eres una dama además de un lobo!"

Sin duda Monsieur Jacques Courbé habría sufrido más que nadie en esta disputa humillante si no hubiera sido por San Eustaquio, quien se colocó sobre su pequeño amo defendiéndolo de los que pretendían atacarlo. Era Griffo, el desgraciado chico jirafa, quien más indefenso estaba y quien por lo tanto fue la víctima principal. Su pequeña, redonda cabeza iba de un lado a otro golpeada como un saco de boxeo. Mademoiselle Lupa le mordió, Monsieur Hippo lo aporreó, Monsieur Jejongle lo pateó, Madame Samson le clavó las uñas y casi fue estrangulado por las dos crías de boa, que le rodeaban el cuello como sogas en la horca. Sin duda habría sucumbido víctima de las circunstancias sin la ayuda de Simón Lafleur, la novia y media docena de sus acrobáticos amigos a quienes Papá Coco les había rogado que restauraran la paz. Riendo a mandíbula batiente, se abalanzaron sobre los combatientes y los separaron.

Monsieur Jacques Courbé apareció sentado bajo un pliegue del mantel con el gesto torcido y empuñando una botella de vino. El enano estaba muy borracho y furibundo. Cuando Simón Lafleur se acercó con una de sus risas silenciosas, Monsieur Jacques Courbé le arrojó la botella a la cabeza.

"¡Ah, la pequeña avispa!" exclamó el jinete, asiendo al enano por la cinturilla de los pantalones. "¡Aquí está tu espléndido marido, Jeanne! ¡Llévatelo antes de que me haga alguna maldad. *Parbleau*[4], ¡qué violento lo vuelve la bebida!"

La novia se acercó, con el blanco rostro enrojecido por el vino y la risa. Sintiéndose bien casada con la finca en el campo, dejó de disimular sus auténticos sentimientos.

"¡Oh, la, la!", exclamó, haciéndose con el enano, que se resistía, y poniéndolo a la fuerza sobre sus hombros. "¡Menudo genio tiene el pequeño simio! ¡Bueno, se lo quitaremos con unas buenas zurras en poco tiempo!"

"¡Déjame bajar!", gritó Monsieur Jacques Courbé, en un arrebato de furia. "¡Lamentarás esto, *madame*! ¡Déjame bajar, te digo!"

Pero la inclemente novia negó con la cabeza. "No, no, mi pequeñín", se rió. "¡No puedes escapar de tu mujer tan fácilmente! ¡Pero, bueno! ¿Es que quieres huir de mis brazos antes de la luna de miel?"

"¡Déjame bajar!", exclamó de nuevo. "¿No puedes ver que se están riendo de mi?"

"¿Y por qué no tendrían que reírse, mi pequeño simio? Deja que rían si quieren pero no te bajaré. No, te llevaré así, sobre mi hombro, a la granja. Sentará un precedente que las futuras novias sólo podrán seguir con alguna dificultad".

"Pero la granja está bastante lejos de aquí, Jeanne mía", dijo Simón Lafleur. "Eres fuerte como un buey y él es tan sólo un monito pero aún así me apuesto una botella de borgoña a que lo dejarás en la cuneta".

"¡Hecho, Simón!", exclamó la novia mostrando al sonreír su blanca y poderosa dentadura. "Perderás tu apuesta porque juro que podría llevar a mi pequeño simio de una punta de Francia a la otra".

Monsieur Jacques Courbé dejó de resistirse. Se sentó bien erguido sobre los anchos hombros de su novia. De las cumbres llameantes de la pasión ciega se había precipitado a un

abismo de furia gélida. Su amor había muerto pero el maligno rostro de otra extraña emoción asomaba entre sus cenizas.

“Así, *madame*, que podrías llevarme de una punta de Francia a la otra”, musitó en voz baja. “¡De una punta de Francia a la otra! ¡Siempre recordaré estas palabras, *madame*!”

“¡Venga!”, exclamó de repente la novia. “Me largo. Tú y los demás, Simón, me seguís y así me veis ganar mi apuesta”.

Todos salieron en tropel de la carpa. Una luna llena lucía en los cielos e iluminaba el camino que destacaba en el prado tan blanco y recto como la raya en el cabello negro y aceitoso de Simón Lafleur. La novia, llevando aún a hombros a su diminuto novio, empezó a cantar al dar el primer paso. Los invitados la seguían. Algunos caminaban con alguna dificultad. Griffo, el chico jirafa, daba lástima tambaleándose sobre sus largas, delgadas piernas. Solo Papá Coco quedó atrás.

“¡Qué extraño mundo!”, murmuró, a la entrada de la carpa y siguiéndolos con sus redondos ojos azules. “Ay, estos niños míos son a veces muy difíciles –muy difíciles!”

III

Había pasado un año desde el casamiento de Mademoiselle Jeanne Marie y Monsieur Jacques Courbé. El Circo Copo, una vez más, se había acuartelado en el municipio de Roubaix. A lo largo de más de una semana la gente del campo en varias millas a la redonda había acudido en masa a la feria para poder ver a Griffo, el chico jirafa; a Monsieur Hercule Hippo, el gigante; a Mademoiselle Lupa, la dama lobo; a Madame Samson, con sus crías de boa *constrictor* y a Monsieur Jejongle, el famoso malabarista. Cada uno estaba firmemente convencido de que sólo a él o ella se debía la popularidad del circo.

Simón Lafleur se hallaba en su habitación del Signo del Jabalí Salvaje. Sólo llevaba sus mallas rojas. Su poderoso torso, desnudo hasta la cintura, brillaba cubierto de aceite. Les estaba dando un masaje suave a sus bíceps con un fluido de penetrante olor.

De repente se oyeron pasos pesados y laboriosos en la escalera. Simón Lafleur alzó la vista. Su expresión un tanto sombría se iluminó, dando paso a la brillante sonrisa que le había ganado los corazones de tantas damas acróbatas.

“¡Ah, es Marcelle!”, se dijo. “O quizás es Rosa, la chica inglesa; o, quizás es la pequeña Francesca, aunque tiene el paso más ligero. Bueno, no importa –quienquiera que sea, ¡le daré la bienvenida!”

Para entonces, los pasos pesados y lentos se oían en el vestíbulo y un instante después se detuvieron frente a su puerta. Se oyeron unos tímidos golpes.

La brillante sonrisa de Simón Lafleur se ensanchó aún más. “Quizás sea una nueva admiradora que necesita que la animen”, se dijo. Y en voz alta, “¡Pase, *mademoiselle*!”

La puerta se abrió y reveló a la visitante. Era una mujer alta y demacrada vestida como una campesina. El viento le había alborotado el pelo tapando sus ojos. Ella levantó una mano grande y desgastada por el trabajo, lo apartó de su frente y le lanzó una mirada larga y atenta al jinete.

“¿No me recuerdas?”, dijo tras un intervalo.

Dos arrugas de perplejidad aparecieron por encima de la nariz romana de Simón Lafleur; negó lentamente con la cabeza. Él, que había conocido tantas mujeres en su vida, no sabía qué decir. ¿Era justo preguntarle eso a un hombre que ya no era un chiquillo y que había vivido mucho? ¡Las mujeres cambian tanto en tan poco tiempo! Era posible que aquel saco de huesos le hubiera parecido deseable en algún momento del pasado.

¡*Parbleau*! ¡La suerte era una hechicera! Agitaba su varita y las mujeres bellas se transformaban en puercos, las joyas en pedruscos, las sedas y encajes en sogas. El valiente que danzaba hoy en el baile del príncipe podía danzar mañana en la horca. Lo importante era vivir y morir con la barriga bien llena. Digerir todo lo que uno pudiera, ¡eso era vida!”

"¿No me recuerdas?", repitió ella.

Simón Lafleur una vez más negó con su lustrosa, negra cabeza. "Soy muy mal fisonomista, *madame*", dijo educadamente. "Ésa es mi desgracia, con la de rostros bellos que hay".

"¡Ah!, pero deberías recordarme, Simón", exclamó la mujer al tiempo que un sollozo subía por su garganta. "Éramos íntimos, tú y yo. ¿No te acuerdas de Jeanne Marie?"

"¡Jeanne Marie!", exclamó el jinete. "Jeanne Marie, ¿que se casó con un monito y con una finca en el campo? No me diga, *madame*, que es..."

Se calló y se quedó mirándola con la boca abierta. Sus penetrantes ojos negros repasaron los mechones de cabello húmedo y desordenado y su figura demacrada y se posaron al fin en sus botas de grueso cuero cubiertas de capas y capas de barro del campo.

"¡Es imposible!", dijo al fin.

"*Soy* Jeanne Marie", respondió la mujer, "o lo que queda de ella. ¡Ah, Simón, qué vida me ha dado! ¡He sido sólo una bestia de carga! ¡No hay ninguna humillación que no me haya hecho pasar!"

"¿A quién te refieres?", preguntó Simón Lafleur. "No puede ser que quieras decir esa edición de bolsillo que tienes por marido –el enano, Jacques Courbé?"

"Ah, ¿a quién si no? ¡Ay de mi, me ha domado!"

"¿Él –ese mondadientes de hombre?", exclamó el jinete, con una de sus risas silenciosas. "¡Pero es imposible! Como tú misma dijiste una vez, podrías aplastarle el cráneo entre dos dedos como si fuera una nuez".

"Así lo creía en el pasado. Ah, pero entonces no lo conocía, Simón. Como es pequeño creí que podría hacer con él lo que quisiera. Me parecía que me estaba casando con un maniquí. 'Jugaré a Punch y Judy[5] con este chiquito', me decía. Simón, imagínate mi sorpresa cuando fue él quien empezó a jugar a Punch y Judy conmigo".

"Pero no lo entiendo, Jeannie. Seguro que en cualquier momento un bofetón lo habría hecho bien obediente".

"Tal vez", asintió ella débilmente, "si no hubiera sido por San Eustaquio. Desde el primer momento ese perro lobo suyo me odió. Con tal sólo replicarle a su amo, ya me enseñaba los dientes. Una vez, al principio, cuando levanté la mano para abofetear a Jacques Courbé se lanzó a por mi garganta y me habría destrozado pieza a pieza si el enano no lo hubiera llamado. Yo era una mujer fuerte, ¡pero ni siquiera entonces era rival para un lobo!"

"Habría veneno, ¿no?", sugirió Simón Lafleur.

"Ah, sí, yo también pensé en el veneno pero no sirvió de nada. San Eustaquio no comía nada que yo le diera y el enano me obligó a probar primero toda la comida que le servían a él y a su perro. A no ser que yo misma quisiera morir, no había manera de envenenar a ninguno de los dos".

"¡Pobrecita mía!", dijo el jinete apiadándose de ella. "Empiezo a comprender; pero siéntate y dímelo todo. Esto es todo un descubrimiento para mi, después de verte llegar a tu casa tan triunfante con tu novio sobre los hombros. Empieza por el principio".

"Era justamente porque lo llevé así sobre mi hombro que he tenido que sufrir tan cruelmente", explicó ella, sentándose en la única otra silla de la habitación. "Nunca me ha perdonado el agravio que según él le infligí. ¿Recuerdas cómo me jacté de que lo podría llevar de una punta a otra de Francia?"

"Lo recuerdo. ¿Bien, Jeanne?"

"Bien, Simón, el pequeño demonio ha calculado la distancia exacta en leguas[6]. Cada mañana, llueva o haga sol, dejamos la casa –él sobre mi espalda, y el perro lobo pegado a mis talones- y vagamos por los caminos polvorientos hasta que mis rodillas tiemblan de fatiga. Tan sólo con que afloje el paso, si vacilo, me espolea con unas pequeñas, crueles espuelas doradas; al mismo tiempo San Eustaquio mordisquea mis tobillos. Cuando volvemos a casa,

borra las leguas que hemos hecho de una cuenta que según él es el número de leguas de una punta a otra de Francia. Aún no hemos cubierto ni la mitad y yo ya no soy la mujer fuerte que era, Simón. ¡Fíjate en estos zapatos!"

Le mostró uno para que se fijara. La suela de la bota de cuero estaba muy desgastada; Simón Lafleur pudo ver además que la carne amoratada estaba cubierta con la suciedad del camino.

"Este es mi tercer par", continuó ella con voz ronca. "Ahora él me dice que el precio del cuero para zapatos está muy alto, que tendré que acabar mi peregrinaje descalza".

"¿Pero por qué aguantas todo esto, Jeanne?", preguntó furioso Simón Lafleur. "Tú, que tienes un carruaje y un sirviente, ¡no tendrías que andar en absoluto!".

"Al principio había un carruaje y un criado", aclaró ella, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, "pero no duraron ni una semana. Despidió al criado y vendió el carruaje en una feria cercana. Ahora no hay nadie más que yo para servirlo a él y al perro".

"¿Pero y los vecinos?", insistió Simón Lafleur. "¿No podrías acudir a ellos?"

"No tenemos vecinos; la granja está bastante aislada. Me habría escapado hace muchos meses, si hubiera podido hacerlo en secreto pero no dejan de vigilarme. Una vez lo intenté pero no había viajado una milla[7] cuando el perro lobo ya me mordía los tobillos. Me llevó de vuelta a la granja y al día siguiente tuve que llevar al pequeño monstruo hasta que caí rendida de puro agotamiento".

"¿Pero esta noche te has escapado?"

"Sí", dijo ella echando un vistazo rápido y temeroso a la puerta. "Esta noche me escabullí mientras los dos dormían y vine a verte. Sabía que tú me protegerías, Simón, por lo que fuimos el uno para el otro. Haz que Papá Coco me readmita en el circo y me mataré a trabajar. ¡Sálvame, Simón!"

Jeanne Marie ya no puedo reprimir más sus sollozos. Subieron garganta arriba, asfixiándola, dejándola incapaz de articular ninguna otra palabra.

"Cálmate, Jeanne", la consoló Simón Lafleur. "Haré lo que pueda por ti. Hablaré del tema mañana con Papá Coco. Tú no eres claramente la mujer que eras hace un año. Has envejecido desde entonces pero quizás Papá Coco pueda encontrar algo para ti".

Simón calló y la observó con mucha atención. Ella se quedó rígida en la silla y su rostro, incluso bajo la capa de suciedad, se veía muy pálido.

"¿Qué te preocupa, Jeanne?", preguntó algo desasosegado.

"¡Calla!", dijo ella llevándose un dedo a los labios. "¡Escucha!"

Simón Lafleur no oía nada más que el repicar de la lluvia sobre el tejado y el suspiro del viento entre los árboles. Un inusual silencio parecía dominar el Signo del Jabalí Salvaje.

"¿No lo oyes?", gimió ella. "Simón, está en la casa –¡está en las escaleras!"

Al final el oído menos sensible del jinete captó el sonido que su compañera había escuchado hacía ya un minuto. Era un pit-pat, pit-pat regular, en las escaleras, difícil de distinguir de la caída de la lluvia desde los alerones del tejado, pero poco a poco se acercaba y se hacía más nítido.

"¡Oh, sálvame, Simón, sálvame!", sollozó Jeanne Marie, arrojándose a sus pies y abrazando sus rodillas. "¡Sálvame! ¡Es San Eustaquio!"

"¡Tonterías, mujer!", dijo el jinete, colérico, pero aún así se levantó. "Hay otros perros en el mundo. En el segundo descansillo hay un tipo ciego que tiene un perro. Quizás es eso lo que oyes".

"No, no –¡son las pisadas de San Eustaquio! ¡Dios mío, si tu hubieras vivido con él un año también lo reconocerías! ¡Cierra la puerta con llave!"

"No pienso hacerlo", respondió Simón Lafleur con desprecio. "¿Crees que es tan fácil asustarme? Si es el perro lobo, peor para él. No será el primer chucho que he asfixiado con estas manos."

Pit-pat, pit-pat –estaba en el segundo descansillo. Pit-pat, pit-pat –ahora se oía en el pasillo acercándose a buen paso. Pit-pat –de repente se detuvo.

Hubo un momento de silencio angustioso tras el cual San Eustaquio entró en la habitación. Monsieur Jacques Courbé iba sentado en el ancho lomo del perro, tal como solía montar en la pista del circo. Sostenía una diminuta espada y sus ojillos de botón parecían reflejar su centelleo acerado.

El enano detuvo a su montura en medio de la habitación y en seguida se fijó en la figura postrada de Jeanne Marie. San Eustaquio también pareció tomar nota mental de ella. El tieso pelo de su espalda se erizó, mostró con avidez sus largos colmillos blancos y sus ojos resplandecieron como brasas.

"¡Al fin la encuentro, *madame*!", Monsieur Jacques Courbé dijo al fin. "Es un suerte tener un corcel que puede olfatear a mis enemigos así como cazarlos en campo abierto. Sin él, habría tenido algún problema para descubrirla. Bien, el jueguecito ha terminado. ¡La encuentro con su amante!"

"Simón Lafleur no es mi amante", sollozó ella. "No lo había visto desde el día en que me casé contigo hasta esta noche. ¡Lo juro!"

"Una vez basta", dijo el enano con aspereza. "¡Hay que castigar a este desvergonzado mozo de cuadra!"

"¡Oh, déjalo!", imploró Jeanne Marie. "No le hagas daño, ¡te lo ruego!. No es culpa suya que yo viniera aquí. Yo..."

Pero en ese instante la sonora risa de Simón Lafleur ahogó su voz.

"¡Ja , ja!" rugió, poniendo los brazos en jarra. "¿Tú pretendes regañarme? ¡*Nom d'un chien*![8] No intentes usar tus trucos de circo conmigo. Tú, pulgarcito que montas un perro como si fueras una pulga, lárgate de esta habitación antes de que te aplaste. ¡Fuera, fúndete, desaparece!" Se detuvo, hinchó su pecho de barril y los carrillos y le lanzó su aliento al enano. "Vuela, insecto", bramó, "¡a no ser que quieras que te ponga el talón encima!"

Monsieur Jacques Courbé se mantuvo impasible ante este torrente de insultos sentado muy derecho sobre el lomo de San Eustaquio, con su menuda espada descansando sobre su menudo hombro.

"¿Has acabado?", dijo al fin cuando el jinete se quedó sin improperios que lanzar. "Muy bien, *Monsieur*. ¡Prepárese para recibir a la caballería!" Se detuvo un instante y entonces añadió en voz bien clara "¡A por él, San Eustaquio!"

El perro se agachó y casi instantáneamente se lanzó sobre Simón Lafleur. El jinete no pudo esquivarlo ni a él ni a su pequeño caballero. En un momento los tres estaban enzarzados en una pelea a muerte. Era un asunto bien sangriento.

A Simón Lafleur, por muy fuerte que fuera, lo cogió por sorpresa el inesperado asalto del perro. Las mandíbulas de San Eustaquio se cerraron sobre su brazo derecho y lo destrozaron hasta romper el hueso. Un momento más tarde el enano, aún asido al lomo del perro, clavó la punta de su minúscula espada en la espalda del jinete postrado.

Simón Lafleur luchó con valentía pero no pudo hacer nada. Sentía tan pronto el aliento fétido del perro rozando su garganta como el aguijonazo de avispa de la espada del enano, que esta vez dio con un punto mortal. Un temblor convulsivo lo sacudió dejándolo tendido boca arriba. El Romeo de circo había muerto.

Monsieur Jacques Courbé limpió su espada con un pañuelo de encaje, desmontó y se acercó a Jeanne Marie. Ella estaba aún en cuclillas en el suelo, con los ojos cerrados, la cabeza apretada entre las tensas manos. El enano le tocó con un gesto imperioso el ancho hombro que tan a menudo lo había transportado.

"*Madame*", le dijo, "ya podemos volver a casa. Debes tener más cuidado de aquí en adelante. ¡*Ma foi*, es una cosa indigna de un caballero ir cortando las gargantas de mozos de cuadra!"

Ella se levantó como si fuera un gran animal amaestrado que obedece una orden.

"¿Deseas que te lleve?", dijo entre labios lívidos.

"Ah, es verdad, *madame*", murmuró. "Había olvidado nuestra pequeña apuesta. Oh, sí. Bueno, hay que felicitarla, *madame* –ya casi ha cubierto usted la mitad de la distancia".

"Casi la mitad", repitió ella en un tono apagado.

"Sí, *madame*", Monsieur Jacques Courbé continuó. "Imagino que será usted una dócil esposa para cuando haya acabado". Y añadió tras un momento de reflexión. "Es verdaderamente extraordinario con qué rapidez se puede domar al diablo en una mujer -¡basta con usar espuelas!"

Papá Copo había pasado una agradable velada en el Signo del Jabalí Salvaje. Al salir, vio tres figuras bien conocidas por él que lo precedían –una mujer alta, un hombre diminuto y un gran perro con orejas erguidas. La mujer llevaba al hombre sobre su hombro, el perro trotaba pegado a los talones de ella.

El dueño del circo se paró y los observó. Sus ojos redondos estaban llenos de infantil asombro.

"¿Puede ser?", murmuró. "¡Sí, lo es! ¡Tres viejos amigos! ¡Así que Jeanne lo lleva! Ah, no debería burlarse de Monsieur Jacques Courbé. Él es tan sensible, ay, ¡justo la clase de hombre que siempre acaba dominado por su esposa!"

Notas

1. Expresión del francés coloquial que se puede traducir por 'en verdad que...' y que significa literalmente 'a fe mía'.
2. Del francés: 'Querido mío'.
3. 'Jongler' significa 'hacer juegos malabares' en francés; el cómico apellido de este artista es, pues traducible por 'hago juegos malabares'. Del mismo modo, Mademoiselle Lupa lleva un nombre relativo a su aspecto, ya que 'lupa' es un vocablo del latín que significa 'loba'.
4. Expresión del francés coloquial poco usada hoy traducible por '¡por Dios!'
5. Se refiere a un espectáculo con marionetas típicamente británico y originario del siglo XVI en el que el narigudo Sr. Punch discute con su esposa Judy, a la que golpea. Aunque Judy suele devolver los golpes, el espectáculo es ahora objeto de debate por fomentar una visión violenta de la vida doméstica entre sus espectadores principales: los niños.
6. En España la medida equivale a 5.572 metros.
7. Una milla son 1609 metros.
8. Expresión también del francés coloquial traducible por '¡ostras!'... o un improperio de tono más subido.

CLARENCE AARON 'TOD' ROBBINS, "Espuelas" (1923).
TOD BROWING, *La parada de los monstruos* (T.O.: *Freaks,* 1932). Guión de Al Boasberg, Willis Goldbeck, Leon Gordon, Edgar Allan Woolf. M-G-M. Blanco y negro. 66 mins.

El caso de la película *La parada de los monstruos* es típico de aquellas adaptaciones basadas en textos sin especial prestigio literario que dejan al autor original reducido a una simple nota al pie en la historia de su filmación. Clarence Aaron Robbins, más conocido como Tod Robbins, fue un autor norteamericano nacido en 1888 que publicó tres novelas –*Mysterious Martin* (1912), *The Unholy Three* (1917) y *Master of Murder* (1933)- y dos volúmenes de relatos, *Silent, White and Beautiful and Other Stories* (1920) y *Who Wants a Green Bottle? And Other Uneasy Tales* (1926) además de algunos cuentos sueltos publicados

en revistas populares, como sería el caso de "Espuelas" (1923), que vio la luz en *Munsey's Magazine*. Poco mas se sabe de él, excepto que emigró de Nueva York a la Riviera francesa y que pasó la Segunda Guerra Mundial en un campo de concentración al negarse a dejar Francia pese a la ocupación nazi.

El primer contacto entre Robbins y el cine se produjo en 1925 cuando Tod Browning, que más tarde dirigiría *La parada...* dirigió *El trío fantástico*, adaptación de *The Terrible Three*. Jack Conway dirigió una versión sonora en 1930, con los mismos protagonistas: Harry Earle, el actor enano que encarna a Jacques en *La parada...* y Lon Chaney, el versátil actor con el que Browning formó equipo en diversas ocasiones en la época del cine mudo y cuya voz sólo se oyó en *El trío...* Browning (1880-1962) alcanzó un resonante éxito con su versión de *Drácula* (1931) para Universal, que Chaney habría protagonizado si la muerte no lo hubiera alcanzado en 1930, y al joven productor de M-G-M Irving Thalberg le pareció que era el candidato ideal para dirigir *La parada...* y abrir así para su estudio las puertas del cine de terror. Hay versiones contradictorias según las cuales fueron el guionista Willis Goldbeck, el actor Harry Earle y el diseñador de producción Cedric Gibbons los que llamaron la atención de Thalberg y Browning sobre el relato de Robbins. Otro relato de Robbins había sido también objeto de una adaptación, *The Branded Man* (1928), dirigida por Scott Pembroke y Phil Rosen, y escrita por Arthur Hoerl y el propio autor. Los cuatro guionistas que Thalberg contrató aportaron a la historia original de "Espuelas" más toques de humor, situaciones conocidas de primera mano por Browning –que había vivido durante años en el mundo del circo, de ahí su amistad con Earles- y un memorable giro argumental final muy distinto del de Robbins.

"Espuelas" no es un cuento fantástico sino grotesco, o simplemente cruel. Es un ejemplo más de la trama misógina inmortalizada en clave de comedia por William Shakespeare en *La fierecilla domada* según la cual una mujer independiente recibe un ejemplar castigo al casarse con un hombre al que se ve capaz de dominar con facilidad. Lo inusual de la situación de "Espuelas" es que el marido es aborrecible pero no sabemos bien si por la brutalidad con la que somete a su esposa Jeanne tras ser humillado por ella en el banquete nupcial... o por ser enano. Jacques es inicialmente tan sólo un hombre muy enamorado de la mujer equivocada no sólo porque ella es una gigantona en comparación con él sino porque es una mala persona que lo acepta por avaricia. Su terrible venganza contra la calculadora Jeanne y su fanfarrón amante Simón es en cierto modo comprensible, si bien excesiva, pero el hecho de que el enamorado y más tarde marido celoso sea un enano presentado como un tipo ridículo incapaz de comprender sus limitaciones físicas nos indica desde el principio que no debemos simpatizar con él. Jeanne y Simón son unos cínicos villanos pero lo curioso del caso es que el cuento no deja lugar a dudas sobre la compasión que merecen, de modo que la escena de la muerte de Simón con Jacques atacándolo a lomos de su perro San Eustaquio es de las más grotescas y temibles que se puedan recordar. O lo era hasta que Browning y su equipo filmaron el terrible final de *La parada...*

En *La parada...* el trío amoroso recibe nuevos nombres: Hans (el enano), Cleopatra (trapecista en lugar de amazona) y Hércules (el forzudo en lugar de jinete). La hermana en la vida real de Harry Earles, Daisy, encarna a la tierna prometida de Hans, Frieda, personaje que junto al simpático payaso Phroso (Wallace Ford) y su amada Venus (Leyla Hyams) suavizan un tanto el cinismo del texto original. Como sucede en él, los amantes planean acabar con el pequeño marido de Cleopatra tan pronto como sea posible y, lo mismo que en el texto, Hans es humillado por su esposa en el banquete nupcial. Donde relato y adaptación difieren más espectacularmente es en la problemática presentación de los prodigios o monstruos humanos que rodean al trío protagonista. En el relato Griffo, Monsieur Hippo, Monsieur Jejongle, Mademoiselle Lupa y Madame Samson causan el rifirrafe que interrumpe el banquete a causa de sus constantes celos mutuos y de su narcisismo, irónico en vista de sus peculiaridades

físicas, pero no tienen papel alguno en la resolución del triángulo amoroso, en manos tan sólo de Jacques. En la película de Browning, sin embargo, son los peculiares amigos de Hans –todos ellos interpretados por prodigios reales- los que toman cartas en el asunto y, viendo que el pobre agoniza, matan a Hércules (Henry Victor) y mutilan a Cleopatra (Olga Baclanova) hasta convertirla en uno de ellos, una especie de repugnante mujer pájaro. Esta resolución es muy problemática dado que hasta ese momento el discurso de la película defiende a los prodigios presentándolos como personas absolutamente normales excepto por sus singularidades físicas. Se puede leer el ataque contra Cleopatra como una manera de dar castigo ejemplar a quien se burla de buenas personas como Hans pero lo cierto es que el espectador puede sentir un fuerte rechazo contra los prodigios al verlos representados infligiendo tan terrible castigo.

En cualquier caso lo que ofendió al público de los años 30 y hundió la carrera de Browning no fue esta actitud ambigua –hoy el peso de la corrección política hace que interpretemos la película de distinto modo al inicialmente concebido- sino la mera presencia de prodigios reales en la pantalla. La lisa es impresionante e incluye a varios, como las guapas hermanas siamesas Violet y Daisy Hilton, que fueron estrellas del espectáculo tipo cabaret o *vaudeville* en su momento. En *La parada...* podemos ver a Schlitze el 'Pin-head' (persona con cabeza de tamaño inferior al normal), Johnny Eck el Medio-chico (sin cuerpo de cintura para abajo), el Príncipe Radian (de similar anatomía), las bellas sin brazos Frances O'Conner y Martha Morris, el hermafrodita Josephine/Joseph, la mujer pájaro Elizabeth Green... Corren historias sobre cómo estos artistas fueron aislados del resto de M-G-M durante el rodaje dadas las dificultades de los trabajadores del estudio para tolerar su presencia, actitud que simplemente anticipó la del público, preparado para aceptar los falsos monstruos interpretados por el maestro de la caracterización Lon Chaney pero no a estos auténticos prodigios. Thalberg intentó calmar los ánimos añadiendo un epílogo romántico en el que Hans y Frieda se reconcilian y suprimiendo la escena que insinuaba que Hércules no había muerto sino que sobrevivía como podía tras ser castrado por los mismos que atacaron a su amada pero ni aún así se pudo evitar la animosidad general contra Browning y su equipo.

La película resurgió del olvido en 1962 al ser reestrenada en el Festival de Cannes y desde entonces se ha convertido en objeto de ferviente culto. Más de 70 años después de su estreno *La parada...* nos sigue retando a pensar cuáles son los límites de nuestra tolerancia hacia el cuerpo humano anormal. Éste no sólo no ha sido vuelto a ver en pantalla sino que ha desaparecido del ojo público al medicalizarse la condición de muchos prodigios (y por lo tanto quitarles el extraño aura que la anormalidad confiere); perderse la tradición de la feria de monstruosidades (o 'freak show') que solía acompañar al circo por la imposición de la corrección política y haberse potenciado el desarrollo del maquillaje e incluso de la infografía para el cine. Pocos se atreven a mostrar auténticos *freaks* en pantalla como si la convención acordada tácitamente en Hollywood fuera que lo falso es preferible a lo auténtico. Como siempre encantado por lo extraño es Tim Burton quien ha dado un cierto paso adelante con la maravillosa *Big Fish* (2003, según novela de David Wallace), uno de cuyos personajes principales, Karl, está encarnado por el gigante Matthew McGrory. Falta mucho, sin embargo, si es que llegamos alguna vez, para mostrar al ser humano en el cine en toda su extrema variedad.

"La presa más peligrosa" (1924), Richard Connell (1893-1949)

"Más allá, hacia la izquierda -en algún lugar- hay una gran isla", dijo Whitney. "Es un misterio…"

"¿De qué isla hablas?", preguntó Rainsford.

"Los viejos mapas la llaman Isla Atrapa-Barcos", replicó Whitney. "Un nombre incitante, ¿no crees? Los marineros le tienen un miedo peculiar a ese lugar. No sé por qué. Alguna superstición…"

"No la veo", declaró Rainsford al tiempo que intentaba percibir algo a través de la densa, tangible noche tropical que imponía su espesa y cálida negrura sobre el yate.

"Sé que tienes buena vista", dijo Whitney riéndose "y que puedes ver a cuatrocientas yardas un alce moviéndose en medio de arbustos de su mismo color, pero ni siquiera tú puedes ver lo que hay a más o menos cuatro millas de aquí en una noche caribeña sin luna".

"Ni a cuatro yardas", admitió Rainsford. "¡Uf! Es como terciopelo negro empapado".

"Habrá luz de sobras en Río", prometió Whitney. "Estaremos allí dentro de unos pocos días. Espero que ya hayan llegado las escopetas para cazar jaguares que compré en Purdey's[1]. Seguro que habrá buena caza en el Amazonas, río arriba. Qué gran deporte, la caza."

"El mejor del mundo", convino Rainsford.

"Para el cazador", corrigió Whitney. "No para el jaguar".

"No digas disparates", dijo Rainsford. "Eres cazador de caza mayor, no filósofo. ¿A quién le importa cómo se siente un jaguar?"

"Tal vez al jaguar", observó Whitney.

"¡Venga! Si no tienen entendimiento".

"Aún así, creo que sí entienden una cosa -el miedo. El miedo al dolor y el miedo a la muerte".

"Tonterías", se rió Rainsford. "El calor te está reblandeciendo, Whitney. Se realista. En el mundo hay dos grupos -los cazadores y los cazados. Por suerte, tú y yo somos cazadores. ¿Crees que hemos pasado esa isla?"

"No lo puedo saber con esta oscuridad. Espero que sí".

"¿Por qué?", preguntó Rainsford.

"Es un lugar con cierta fama -con mala fama".

"¿Caníbales?", sugirió Rainsford.

"Más bien no. Ni siquiera los caníbales vivirían en un lugar tan dejado de la mano de Dios. No sé bien cómo pero la isla entró hace tiempo en el saber popular marinero. ¿No te has dado cuenta de que los nervios de la tripulación están algo tensos hoy?"

"Estaban un poco raros, ahora que lo mencionas. Incluso el Capitán Nielsen..."

"Sí, incluso el viejo, áspero sueco, que en otras circunstancias no dudaría en pedirle fuego al mismo Diablo. Esos ojos azules de pez tenían hoy una mirada que jamás había visto. Lo único que pude sacarle es que 'Este lugar tiene un mal nombre entre los que navegan, señor'. Y entonces me preguntó, muy serio, '¿No siente usted nada?' -como si el aire a nuestro alrededor fuera venenoso. Y no te rías, pero sentí algo así como un repentino escalofrío. No había brisa. El mar estaba plano como el cristal de una ventana. Nos

acercábamos entonces a la isla. Lo que sentí fue un... escalofrío mental, una especie de espanto súbito”.

“Pura imaginación”, dijo Rainsford. “Un solo marinero supersticioso puede contagiar su miedo a toda la tripulación”.

“Tal vez. Pero a veces pienso que los marineros tienen un sentido extra que les avisa de cuándo están en peligro. A veces pienso que el mal es una cosa palpable, con ondas de longitud, lo mismo que el sonido y la luz. Un lugar maligno, por llamarlo así, puede emitir vibraciones malignas. Sea como sea, me alegro de haber salido de esa zona. Bueno, creo que me retiro, Rainsford”.

“Yo no tengo sueño. Me voy a fumar otra pipa en la cubierta de popa”.

“Buenas noches, Rainsford. Nos vemos para desayunar”.

“Bien. Buenas noches, Whitney”.

El único ruido que Rainsford podía oír sentado en cubierta era el latido callado del motor que impulsaba el veloz yate en la oscuridad, además del silbido y el murmullo de la estela que dejaba la hélice.

Rainsford, reclinado en una tumbona, fumaba tranquilamente su pipa favorita y se dejaba llevar por la modorra sensual de la noche. “Está tan oscuro”, pensó, “que podría dormir sin cerrar los ojos; la noche me serviría de párpados...”

Un ruido abrupto lo sobresaltó. Venía de la derecha, y sus expertos oídos no solían errar. De nuevo oyó el ruido, y una vez más. En algún lugar de la oscuridad alguien había disparado un arma tres veces.

Rainsford se puso en pie de un salto y se lanzó sobre la barandilla, intrigado. Clavó la vista en dirección hacia el lugar de donde había surgido el ruido de los disparos pero era como intentar ver a través de una manta. Saltó entonces sobre la barandilla y se irguió para poder ver desde mayor altura. La pipa que aún fumaba fue a dar contra una cuerda tensa y cayó de su boca. Al intentar agarrarla al vuelo Rainsford calculó mal la distancia y perdió el equilibrio, dando un grito breve y ronco que apenas se oyó, enmudecido por las aguas del Caribe que se abalanzaban tibias como la sangre sobre su cabeza.

Rainsford coceó hacia la superficie e intentó gritar, pero la estela del yate -cada vez más veloz- le abofeteó la cara y al entrar el agua salada en su boca abierta le dieron arcadas. Desesperado, intentó seguir las luces cada vez más distantes del barco nadando con grandes brazadas pero desistió antes de haber nadado quince metros. Una cierta calma le sobrevino al pensar que no era la primera vez que se veía en tan apuradas circunstancias. Cabía la posibilidad de que alguien oyera sus gritos en el yate, pero esa posibilidad se esfumaba a medida que la embarcación seguía su curso. Desprendiéndose de su ropa, Rainsford gritó con todas sus fuerzas. Las luces del yate se desvanecían como libélulas que se apagan hasta que la noche se las tragó por completo.

Rainsford recordó los disparos. Venían de la derecha y, así pues, nadó con tesón en esa dirección, dando brazadas lentas y premeditadas para conservar sus fuerzas. Luchó con el mar durante un tiempo que parecía eterno. Empezó a contar sus brazadas; podría dar posiblemente unas cien más y entonces...

Rainsford oyó un ruido. Provenía de la oscuridad, era un grito agudo, el sonido de un animal presa de un terror y una angustia extremos.

No reconoció al animal que emitió el ruido ni lo intentó; con renovada vitalidad nadó hacia él. Lo oyó de nuevo antes de que lo cortara de cuajo otro ruido entrecortado, seco.

“Disparo de pistola”, murmuró Rainsford nadando aún.

Tras diez minutos de esfuerzo continuado otro sonido le llegó a los oídos –el más grato que había oído jamás– el murmullo y quejido del mar al romper sobre una orilla rocosa. Ya casi había alcanzado las rocas cuando las vio por fin: en una noche menos encalmada se habría estrellado contra ellas. Con sus restantes fuerzas se arrastró lejos de las turbulentas

aguas. En la espesa oscuridad se perfilaron los aserrados peñascos; arrastrándose sobre sus codos, se incorporó a duras penas. Jadeando, con las manos despellejadas, alcanzó un lugar llano en la cima. Una espesa selva llegaba hasta el borde mismo de los acantilados. A Rainsford, sin embargo, no le preocupaba lo más mínimo qué peligros la maraña de árboles y de sotobosque pudiera entrañar para él. Tan sólo sabía que estaba a salvo de su enemigo, el mar, y que lo dominaba un demoledor cansancio. Se arrojó sobre el borde de la selva y rodando se dejó caer en el sueño más profundo de su vida.

Cuando abrió los ojos supo por la posición del sol que era media tarde. El sueño le había dado nuevas fuerzas; un apetito insistente lo agobiaba. Echó un vistazo alrededor, casi con alegría.

"Donde hay disparos, hay hombres. Donde hay hombres, hay comida", pensó. ¿Pero qué clase de hombres, se preguntó, en un lugar tan inhóspito? Un frente continuo de selva irregular y laberíntica limitaba la orilla.

No vio señal alguna de que hubiera un sendero entre el tejido espeso de árboles y malas hierbas; era más fácil seguir la orilla, y Rainsford lo hizo afanándose en el agua. No muy lejos de donde había tocado tierra inicialmente, se detuvo.

Una criatura herida –por lo que se veía un gran animal- había dejado un rastro al retorcerse presa del dolor en el sotobosque; las malas hierbas de la selva estaban aplastadas y el musgo estaba desgajado. Una franja de hierba estaba teñida de rojo. Un objeto pequeño y brillante no muy lejano llamó la atención de Rainsford y lo recogió. Era un cartucho vacío.

"Un veintidós", observó. "Eso es raro. Debe haber sido un animal de tamaño notable. El cazador tuvo agallas de usar un arma tan ligera. Está claro que la presa luchó hasta el final. Supongo que los primeros tres disparos que oí eran los de cuando el cazador acorraló a la presa y la hirió. El último disparo se produjo al seguirla aquí y rematarla".

Rainsford escudriñó el suelo y encontró lo que buscaba –la huella de botas de caza. Apuntaban a lo largo del acantilado en la dirección que él había estado siguiendo. Con impaciencia reemprendió la marcha, resbalando de tanto en tanto con un tronco podrido o un pedrusco suelto, pero aún así avanzando; la noche empezaba a caer sobre la isla.

La lúgubre oscuridad apagaba ya los contornos del mar y de la selva cuando Rainsford avistó las luces. Dio con ellas al pasar un recodo de la orilla y su primer pensamiento fue que había encontrado un pueblo, dado que había muchas. Pero a medida que avanzaba vio para gran sorpresa suya que todas ellas pertenecían a un enorme edificio –una estructura elevada con torres puntiagudas que se clavaban en la penumbra. Sus ojos distinguieron el perfil de un castillo con aires de palacio enclavado en una zona alta de la orilla rodeada en tres de sus lados por acantilados que se precipitaban hacia donde el mar besaba las sombras con labios glotones.

"Un espejismo", pensó Rainsford. Pero vio que no era espejismo alguno cuando abrió la alta verja de hierro coronada de pinchos. Los escalones de piedra eran bien reales; la inmensa puerta, que tenía una maliciosa gárgola por aldabón, era también real, si bien sobre todo ello reinaba un aire de irrealidad.

Levantó el aldabón y éste chirrió como si nunca nadie lo hubiera usado antes. Lo dejó caer y su escandaloso estruendo lo sobresaltó. Creyó oír pasos en el interior pero la puerta permaneció cerrada. De nuevo Rainsford levantó el pesado aldabón y lo dejó caer. La puerta se abrió entonces, tan repentinamente como si estuviera armada sobre un muelle, y el torrente de resplandeciente luz dorada que emanó de ella dejó a Rainsford paralizado y parpadeante. Lo primero que los ojos de Rainsford lograron discernir fue el hombre más enorme que jamás había visto: una criatura gigantesca, de constitución sólida y con una larga barba negra que le alcanzaba la cintura. El hombre sostenía en su mano derecha un revólver de cañón largo que apuntaba directamente al corazón de Rainsford.

Entre la enredada barba dos pequeños ojos observaban a Rainsford.

“No se alarme”, dijo Rainsford con una sonrisa que esperaba fuera irresistible. “No soy un ladrón. Me caí de un yate. Me llamo Sanger Rainsford, de Nueva York.”

La mirada amenazadora no se alteró una pizca. El revólver seguía apuntando en la misma dirección como si el gigante fuera una estatua. No dio señales de haber entendido las palabras de Rainsford, ni siquiera de haberlas oído. El gigante llevaba uniforme –un uniforme negro adornado con astracán gris.

“Soy Sanger Rainsford de Nueva York”, Rainsford repitió. “Me caí de un yate. Estoy hambriento”.

La única respuesta del hombre fue levantar con su pulgar el percutor de su revólver. Rainsford vio entonces que el hombre se llevaba la mano libre a la frente en saludo militar, daba un taconazo y se ponía en posición de firme. Otro hombre bajaba por los anchos escalones de mármol, un hombre erguido y esbelto vestido con atuendo formal. Se acercó a Rainsford y le tendió la mano.

Con una voz cultivada marcada por un ligero acento, que le añadía precisión y determinación, dijo: “Es un gran placer y un honor darle la bienvenida a mi hogar al Sr. Sanger Rainsford, el célebre cazador”.

Rainsford le dio un apretón de manos sin más.

“He leído su libro sobre la caza del leopardo de las nieves en el Tíbet,” explicó el hombre. “Soy el General Zaroff”.

La primera impresión de Rainsford fue que el hombre era singularmente apuesto; la segunda que el rostro del general tenía algo original, casi extravagante. Era un hombre alto de algo más que mediana edad según indicaba su cabello, que era de un blanco radiante; sin embargo, sus gruesas cejas y su puntiagudo bigote militar eran negros como la noche de la que Rainsford había surgido. Sus ojos eran también negros y muy brillantes. Tenía los pómulos elevados, una nariz afilada, un rostro oscuro y enjuto –el rostro de un hombre habituado a dar órdenes, el rostro de un aristócrata. Girándose hacia el gigante uniformado, el general le hizo una señal. El gigante guardó su pistola, saludó y se retiró.

“Iván es un tipo increíblemente fuerte”, observó el general, “pero tiene la desgracia de ser sordo y mudo. Un tipo simple pero me temo que, como todos los de su raza, un tanto salvaje”.

“¿Es ruso?”

“Es cosaco”[2], dijo el general y su sonrisa dejó al descubierto sus rojos labios y sus puntiagudos dientes. “Como yo”.

“Venga”, dijo, “no deberíamos estar de charla aquí. Podemos hablar más tarde. Ahora necesita usted ropa, comida y descanso y los tendrá. Éste es un lugar muy relajante.”

Iván había reaparecido y el general se comunicó con él moviendo los labios sin emitir sonido alguno.

“Siga a Iván, por favor, Sr. Rainsford”, dijo el general. “Me disponía a cenar cuando usted llegó. Le esperaré. Verá que mi ropa es de su misma talla, según creo.”

Rainsford siguió al silencioso gigante a un inmenso dormitorio con el techo de vigas de madera y con una cama con dosel capaz de acoger a seis hombres. Iván preparó un traje y Rainsford notó al ponérselo que provenía de un sastre londinense que habitualmente cosía sólo para clientes por encima del rango de duque.

El comedor al que Iván condujo a Rainsford era notable en muchos sentidos. Tenía un esplendor medieval que recordaba a las estancias de los barones de tiempos feudales con sus paneles de roble, sus altos techos, sus vastas mesas comunales en las que podían comer cuarenta hombres. El comedor estaba decorado con cabezas de muchos animales –leones, tigres, elefantes, alces, osos- los especímenes más grandes y más perfectos que Rainsford había visto jamás. El general estaba sentado a la gran mesa, solo.

“Tome un *cocktail*, Sr. Rainsford”, sugirió. El *cocktail* era excelente y según observó Rainsford el servicio de mesa era de lo mejor –la mantelería, la cristalería, la plata, la vajilla.

Comían *borsch*, la rica sopa roja[3] aliñada con nata montada tan apreciada por los paladares rusos. Medio justificándose dijo el General Zaroff que “tratamos por todos los medios de conservar las comodidades de la civilización aquí. Por favor perdóneme los posibles *lapsus*. Estamos muy lejos de ella ¿sabe? ¿Cree usted que el champán se ha estropeado a causa de su largo viaje oceánico?”

“En absoluto” declaró Rainsford. Pensaba que el general era un anfitrión de lo más atento y afable, un auténtico cosmopolita. Había, sin embargo, un pequeño rasgo que incomodaba a Rainsford. Siempre que levantaba la vista del plato sorprendía al general estudiándolo ávidamente, valorándolo.

“Tal vez”, dijo el General Zaroff, “se sorprendió de que reconociera su nombre. Sucede que he leído todos los libros sobre caza publicados en inglés, francés y ruso. Sólo tengo una pasión en mi vida, Sr. Rainsford, y es la caza”.

“Tiene unas cabezas estupendas aquí”, dijo Rainsford mientras daba cuenta de un filete *mignon*[4] especialmente bien cocinado. “Ese búfalo del Cabo[5] es el más grande que he visto nunca”.

“Oh, ése. Sí, era un monstruo”.

“¿Le embistió?”

“Me arrojó contra un árbol”, dijo el general. “Me rompió el cráneo. Pero le di caza”.

“Siempre he pensado”, dijo Rainsford, “que el búfalo del Cabo es la pieza de caza mayor más peligrosa”.

Por un momento el general guardó silencio, ofreciendo su curiosa sonrisa de labios rojos. Sólo entonces dijo lentamente: “No, señor mío, se equivoca. El búfalo del Cabo no es la pieza más peligrosa de caza mayor”. Tomó un sorbo de vino. “Es aquí, en mi reserva de la isla”, dijo en el mismo tono pausado, “donde se caza la presa más peligrosa”.

Rainsford expresó su sorpresa. “¿Hay caza mayor en esta isla?”

El general asintió. “La mayor”.

“¿De verdad?”

“Oh, no se encuentra aquí en estado salvaje. Me veo obligado a abastecer la isla”.

“¿Qué ha importado usted, general?”, preguntó Rainsford. “¿Tigres?”

El general sonrió. “No”, dijo. “Cazar tigres dejó de interesarme hace algunos años. Agoté sus posibilidades, ¿sabe usted? Los tigres ya no me excitan, no ofrecen un peligro real. Yo vivo por y para el peligro, Sr. Rainsford”.

El general sacó de su bolsillo una pitillera de oro y le ofreció a su invitado un largo cigarrillo negro con boquilla plateada; su aroma era similar al del incienso.

“Disfrutaremos de una caza magnífica usted y yo”, dijo el general. “Estaré encantado de disfrutar de su compañía”.

“¿Pero qué presas...?” empezó Rainsford.

“Ya se lo diré”, dijo el general. “Le divertirá, lo sé. Creo que puedo decir sin falsa modestia que he hecho algo singular. He inventado una sensación nueva. ¿Puedo ofrecerle otra copa de oporto?”

“Gracias, general”.

El general llenó ambas copas y dijo: “Dios hace a algunos hombres poetas. A algunos los hace reyes, a otros mendigos. A mi Él me hizo cazador. Mi mano fue hecha para el gatillo, me decía mi padre. Era un hombre rico con un cuarto de millón de acres en Crimea y un deportista consumado. Cuando yo sólo tenía cinco años me regaló una pequeña escopeta, especialmente hecha para mi en Moscú, para cazar gorriones. Cuando cacé algunos de los pavos que criaba especialmente para competir no me castigó, me felicitó por mi puntería. Maté mi primer oso en el Cáucaso cuando tenía diez años. Toda mi vida ha sido una larga

cacería. Me alisté –era lo que se esperaba de los hijos de los nobles- y durante un tiempo estuve al mando de una división de la caballería cosaca, pero mi verdadero interés fue siempre la caza. He cazado todo tipo de presas en todo tipo de parajes. Me sería imposible calcular cuántos animales he matado".

El general dio una calada a su cigarrillo.

"Después de la debacle en Rusia[6] dejé el país ya que era imprudente para un oficial del Zar permanecer allí. Muchos nobles rusos lo perdieron todo. Yo, afortunadamente, había invertido mucho en bonos americanos así que nunca tendré que abrir una tetería en Montecarlo o conducir un taxi en París[7]. Naturalmente, seguí cazando –osos *grizzly*[8] en sus Montañas Rocosas, cocodrilos en el Ganges, rinocerontes en África del Este. Fue en África donde el búfalo del Cabo me atacó y me dejó fuera de combate durante seis meses. En cuanto me recuperé partí al Amazonas a cazar jaguares puesto que había oído que son especialmente astutos. No lo eran", suspiró el cosaco. "No eran en absoluto un rival a la altura de un cazador aplicado y con un rifle de precisión. Me llevé una amarga desilusión. Estaba un día echado en mi tienda con un descomunal dolor de cabeza cuando se me ocurrió una terrible idea. ¡La caza estaba empezando a aburrirme! Y la caza, recuerde, era mi vida. He oído decir que los hombres de negocios americanos a menudo se derrumban cuando dejan la empresa que ha sido su vida".

"Sí, así es", dijo Rainsford.

El general sonrió. "No deseaba derrumbarme", dijo. "Tenía que hacer algo. Mi mente, Sr. Rainsford, es una mente analítica. Es por ello sin duda que disfruto de los retos y problemas de las batidas".

"Sin duda, General Zaroff".

"Así que", continuó el general, "me pregunté por qué la caza ya no me fascinaba. Usted es mucho más joven que yo, Sr. Rainsford, y no ha cazado tanto como yo pero quizás puede adivinar la respuesta".

"¿Cuál fue?"

"Simplemente ésta: la caza había dejado de ser lo que usted llama 'un reto deportivo'. Era demasiado fácil. Siempre conseguía mi presa. Siempre. No hay nada más aburrido que la perfección".

El general encendió otro cigarrillo.

"Ningún animal tenía la más mínima oportunidad conmigo. No es inmodestia: es una certeza matemática. El animal tan sólo tenía sus piernas y su instinto y el instinto no es un rival digno de la razón. Cuando se me ocurrió esto fue un momento trágico para mi, de eso estoy seguro".

Rainsford se inclinó sobre la mesa absorto en lo que le contaba su anfitrión.

"Lo que tenía que hacer me vino como una inspiración", continuó el general.

"¿Y qué era?"

El general sonrió con la calma de quien sabe que se ha enfrentado a un obstáculo que ha superado con éxito. "Tenía que inventar una nueva presa", dijo.

"¿Un animal nuevo? Está de broma".

"En absoluto", dijo el general. "Nunca bromeo sobre la caza. Necesitaba un nuevo animal y encontré uno. Así que compré esta isla, construí esta casa y aquí voy de cacería. La isla es perfecta para mis necesidades –hay selvas con un laberinto de senderos, colinas, pantanos..."

"¿Pero y el animal, General Zaroff?"

"Oh", dijo el general, "me ofrece la caza más excitante del mundo. Ningún otro tipo de caza tiene comparación. Cazo cada día y nunca me aburro ya que ahora tengo una presa al nivel de mi inteligencia".

La perplejidad de Rainsford se podía leer en su rostro.

"Quería el animal ideal para la caza", explicó el general. "Así que me dije '¿Cuáles son los atributos de una presa ideal?' Y la respuesta, por supuesto era que 'Debe tener coraje, ser astuta y, sobre todo, debe ser capaz de razonar'".

"Pero ningún animal puede razonar", objetó Rainsford.

"Querido colega", dijo el general, "hay uno que sí puede".

"No puede ser que quiera decir...", Rainsford balbuceó.

"¿Y por qué no?"

"No puedo creer que esto vaya en serio, General Zaroff. Es una broma macabra".

"¿Por qué duda de que vaya en serio? Estoy hablando de caza".

"¿Caza? Por mis pistolas, General Zaroff, usted habla de asesinato".

El general se rió de buena fe y miró a Rainsford con curiosidad. "No puedo creer que un joven tan moderno y civilizado como usted parece mantenga aún esas ideas románticas sobre el valor de la vida humana. Sin duda sus experiencias en la guerra..."[9]

"No me permiten justificar el asesinato a sangre fría", Rainsford dijo tajantemente.

El general reía. "¡Qué gracioso es usted!", dijo. "Uno no espera encontrar hoy en día un joven de la clase educada, ni siquiera en América, con un punto de vista tan ingenuo y, si me lo permite, tan victoriano. Es como encontrar una caja de rapé en una limusina. Ah, bien, sin duda tuvo antepasados puritanos. Tantos americanos parecen tenerlos. Me apuesto lo que sea a que pronto se olvidará de sus principios si va de caza conmigo. Le espera una auténtica nueva emoción, Sr. Rainsford".

"Gracias pero soy un cazador, no un asesino".

"Vaya por Dios", dijo el general sin inmutarse, "de nuevo esa desagradable palabra. Pero creo que le puedo demostrar que sus escrúpulos no tienen base alguna".

"¿Sí?"

"La vida es para los fuertes, para que la vivan los fuertes y si es necesario para que los fuertes la tomen en sus manos. Los débiles del mundo están aquí para dar placer a los fuertes. Yo soy fuerte. ¿Por qué no debería usar mi don? Si deseo cazar, ¿por qué debería refrenarme? Cazo la escoria de la tierra: marinos de barcos ilegales –indios orientales, negros, chinos, blancos, mestizos- un caballo o un galgo pura sangre valen más para mi que una docena de ellos".

"Pero son hombres", dijo Rainsford con firmeza.

"Precisamente", dijo el general. "Por ello los uso. Me da placer. Pueden razonar de un modo u otro. Así que son peligrosos".

"¿Pero dónde los consigue?"

El general guiñó el ojo izquierdo. "Esta isla se llama Atrapa-Barcos", contestó. "A veces un dios furioso de alta mar me los envía. A veces, cuando la Providencia no es tan amable, la ayudo un poco. Venga a la ventana conmigo".

Rainsford se acercó a la ventana y miró hacia el mar.

"¡Mire! ¡Ahí!", exclamó el general, apuntando hacia la noche. Los ojos de Rainsford tan sólo vieron negrura pero al apretar el general un botón Rainsford pudo distinguir el centelleo de luces mar adentro.

El general se rió entre dientes. "Indican un canal", dijo, "donde no hay ninguno; rocas gigantes afiladas como navajas que están al acecho como monstruos marinos con las fauces bien abiertas. Pueden aplastar un barco tan fácilmente como yo aplasto esta nuez". Dejó caer una nuez en el duro suelo y la machacó con su tacón. "Oh, sí", dijo casualmente, como en respuesta a una pregunta, "Tengo electricidad. Aquí intentamos ser civilizados".

"¿Civilizados? ¿Y dan caza a hombres?"

Una chispa de furia se asomó a los ojos negros del general pero sólo durante un segundo y dijo con sus modales más exquisitos, "Vaya, ¡qué joven tan virtuoso es usted! Le aseguro que no hago eso que usted insinúa. Eso sería bárbaro. Trato a esos visitantes con todo

respeto. Se les da comida buena y abundante, y ejercicio. Cogen una forma física espléndida. Lo podrá ver usted mismo mañana".

"¿Qué quiere decir?"

"Visitaremos mi escuela de formación", sonrió el general. "Está en el sótano. Tengo unos doce alumnos en ella ahora mismo. Son de la barcaza española San Lúcar, que tuvo la mala suerte de estrellarse contra las rocas de ahí afuera. Una partida de mala calidad, siento decir. Especímenes de poca monta y más acostumbrados a la cubierta que a la selva". Levantó la mano e Iván, que hacía de camarero, les trajo un espeso café turco. Rainsford, haciendo un esfuerzo, mantuvo la boca cerrada.

"Es un juego, sabe usted", insistió el general sin demasiado énfasis. "Le propongo a uno de ellos que vayamos de caza. Le doy comida suficiente y un excelente cuchillo de caza. Y le doy una ventaja de tres horas. Más tarde lo sigo, armado tan sólo con una pistola del más pequeño calibre y de alcance limitado. Si mi presa me elude durante tres días, gana el juego. Si la encuentro", sonrió el general, "pierde".

"Suponga que alguien se niega a ser cazado".

"Oh", dijo el general. "Le doy la opción, por supuesto. No tiene por qué jugar si no lo desea. Si no desea cazar, lo dejo en manos de Iván. Una vez Iván tuvo el honor de servir de oficial a cargo del látigo bajo el Gran Zar Blanco, y tiene sus propias ideas sobre lo que es el deporte. Invariablemente, Sr. Rainsford, invariablemente todos escogen la caza".

"¿Y si ganan?"

La sonrisa en el rostro del general se hizo aún más amplia. "Hasta la fecha no he perdido", dijo. Se aprestó a añadir entonces: "No deseo que piense que soy un fanfarrón, Sr. Rainsford. Muchos de ellos suponen un reto de lo más elemental. De tanto en tanto doy con alguno más fiero. Uno casi ganó. Me vi obligado a usar los perros".

"¿Los perros?"

"Por aquí, por favor. Se lo mostraré".

El general condujo a Rainsford a la ventana. Desde allí las luces daban una iluminación oscilante que producía figuras grotescas en el patio y Rainsford pudo ver aproximadamente una docena de enormes sombras negras que al girarse mostraban sus brillantes ojos verdes.

"Una cuadrilla bastante buena, creo", observó el general. "Los suelto a las siete cada noche. Si alguien intentara entrar en mi casa, o salir de ella, algo muy lamentable podría ocurrirle". Y tarareó un pasaje de una canción de Folies Bergère.[10]

"Y ahora", dijo el general, "le quiero mostrar mi nueva colección de cabezas. ¿Me haría el favor de venir conmigo a la biblioteca?"

"Espero que pueda excusarme esta noche, General Zaroff", dijo Rainsford. "No me siento muy bien".

"¿No?", preguntó el general amablemente. "Bueno, supongo que es lógico, después del esfuerzo que hizo al nadar. Lo que usted necesita es una buena noche de descanso y dormir. Mañana se sentirá un hombre nuevo, me apuesto lo que sea. Y entonces iremos de caza, ¿eh? Tengo un plan bastante prometedor..." Rainsford salió a toda prisa de la habitación.

"Siento que no pueda venir conmigo esta noche", le dijo el general. "Tengo en perspectiva buena diversión –un negro grande y fuerte. Parece un hombre de recursos. Bien, buenas noches, Sr. Rainsford. Que descanse bien".

La cama era cómoda y el pijama de seda muy suave. Cada fibra de su cuerpo necesitaba descansar pero aun así Rainsford no podía calmar su cerebro con el opio del sueño. Permanecía tumbado con los ojos bien abiertos. Una vez le pareció oír pasos en el pasillo tras la puerta. Pensó en abrirla de par en par pero estaba atrancada. Se acercó a la ventana y miró por ella. Su habitación estaba en lo alto de una de las torres. Las luces del castillo se habían apagado y todo estaba oscuro y en silencio pero había un gajo de luna amarilla y bajo su

pálida luz podía a duras penas ver el patio. Allí, serpenteando en la sombra se percibían formas negras y silenciosas; los sabuesos lo oyeron y alzaron la vista, expectantes, con sus ojos verdes. Rainsford volvió a la cama y se acostó. Intentó conciliar el sueño de todas las maneras posibles. Estaba ya medio dormido cuando, justo al alba, oyó lejos en la jungla la débil detonación de una pistola.

El General Zaroff no apareció hasta la hora del almuerzo. Vestía un impecable traje de *tweed,* propio de un caballero rural. Se interesó por el estado de salud de Rainsford.

"En lo que a mi respecta", suspiró el general, "no me encuentro muy bien. Estoy preocupado, Sr. Rainsford. Anoche detecté síntomas de mi antiguo mal. *Ennui*. Aburrimiento".

Sirviéndose más *crêpes* Suzette[11], el general explicó: "La caza no fue bien anoche. El tipo perdió la cabeza. Dejó un rastro que no ofrecía dificultad alguna. Eso es lo malo de estos marineros; tienen cerebros embotados y no saben manejarse en la selva. Hacen cosas muy estúpidas y obvias. Es muy molesto. ¿Tomará otra copa de Chablis[12], Sr. Rainsford?"

"General", dijo Rainsford con firmeza, "deseo abandonar esta isla de inmediato".

El general enarcó sus gruesas cejas; parecía ofendido. "Pero, mi querido amigo", protestó, "si acaba de llegar. Aún no ha cazado...".

"Deseo marcharme hoy mismo", dijo Rainsford. El general fijó sus mortecinos ojos negros en él, estudiándolo. De repente, el rostro del General Zaroff se iluminó.

Llenó la copa de Rainsford con un venerable Chablis vertido de una polvorienta botella.

"Esta noche", dijo el general, "usted y yo –cazaremos".

Rainsford negó con la cabeza. "No, general" dijo. "No cazaré".

El general se encogió de hombros y comió con delicadeza un grano de uva de invernadero. "Como usted desee, amigo mío", dijo. "La elección es enteramente suya. Pero, ¿puedo aventurarme a señalar que encontrará mi idea del deporte más atractiva que la de Iván?"

Inclinó la cabeza hacia el rincón donde el gigante permanecía de pie, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho de barril.

"Quiere usted decir...", se alteró Rainsford.

"Querido colega", dijo el general, "¿no le he dicho que siempre hablo en serio en lo que se refiere a la caza? Esto ha sido una inspiración. A la salud de un enemigo a la altura de mi acero –por fin". El general alzó su copa pero Rainsford permaneció sentado con la mirada fija en él.

"Verá usted que el juego vale la pena", el general dijo entusiasmado. "Su cerebro contra el mío. Su pericia en la selva contra la mía. Su fuerza y resistencia contra las mías. ¡Ajedrez al aire libre! Y lo que hay en juego no es que sea despreciable, ¿verdad?"

"Y si gano..." Rainsford empezó a decir con la voz ronca.

"Reconoceré de muy buen grado mi derrota si no le encuentro antes de la medianoche del tercer día", dijo el General Zaroff. "Mi chalupa lo dejará en el continente cerca de una ciudad". El general intuyó lo que Rainsford pensaba.

"Oh, se puede usted fiar de mi", dijo el cosaco. "Le daré mi palabra de caballero y deportista. Usted, por supuesto, debe comprometerse a no decir nada sobre su visita".

"No me comprometeré en absoluto", dijo Rainsford.

"Oh", dijo el general, "en ese caso... Pero ¿por qué discutir eso ahora? Dentro de tres días lo podemos hablar mientras bebemos una botella de Veuve Cliquot[13], a no ser que...".

El general dio un sorbo al vino.

Un aire pragmático lo animó entonces. "Iván", le dijo a Rainsford "lo equipará con ropas de caza, comida, un cuchillo. Le sugiero que se ponga mocasines; dejan menos rastro. Le sugiero, también, que evite el gran pantano en el extremo sudeste de la isla. Lo llamamos

el Pantano de la Muerte. Hay arenas movedizas allí. Un bobo lo intentó. Lo más deplorable fue que Lázarus fue tras él. Se puede imaginar mis sentimientos, Sr. Rainsford. Adoraba a Lázarus, era el mejor sabueso de mi jauría. Bien, le ruego que me excuse. Siempre duermo la siesta después del almuerzo. Me temo que usted apenas tendrá tiempo para echarse un rato. Sin duda querrá partir. No lo seguiré hasta el anochecer. Cazar de noche es mucho más excitante que hacerlo de día ¿no cree? *Au revoir*, Sr. Rainsford, *au revoir*[14]". El General Zaroff, inclinándose con profunda cortesía dejó la habitación.

Por otra puerta entró Iván. Bajo un brazo llevaba ropas de caza de color caqui, una mochila llena de comida y una funda de cuero que contenía un cuchillo de caza de filo largo; su mano derecha reposaba sobre un revólver listo para disparar sujeto a la faja carmesí que rodeaba su cintura.

Rainsford ya había pasado dos horas en la selva intentando sobrevivir. "Debo conservar la calma. Debo conservar la calma", se dijo con los dientes bien apretados.

Cuando las puertas del castillo se cerraron tras él estaba aún confundido. Su primera idea fue poner tanta distancia como fuera posible entre él y el General Zaroff y por ello se había echado a correr espoleado por las agudas espinas del pánico. La prudencia, sin embargo, lo hizo detenerse y examinar la situación. Se dio cuenta de que la simple huida era fútil; inevitablemente, acabaría en el mar. Se encontraba como en un cuadro enmarcado por el mar y, claramente, sus movimientos debían confinarse a ese marco.

"Dejaré un rastro para que Zaroff lo siga", murmuró Rainsford y se salió del tosco sendero que había estado siguiendo para entrar en la inexplorada espesura. Ejecutó una serie de embrollados rodeos; volvió sobre sus pasos una y otra vez recordando todo el saber popular sobre la caza del zorro y todos los trucos de este animal. La noche lo alcanzó sobre un frondoso saliente con las piernas fatigadas, las manos y la cara azotadas por las ramas. Sabía que era una locura moverse a ciegas de noche, incluso teniendo las fuerzas suficientes. Su necesidad de descansar era imperativa y pensó "he jugado a ser el zorro, ahora me toca jugar a ser el gato de la fábula". Había cerca un gran árbol de grueso tronco y ramas bien separadas y, procurando no dejar la menor marca, lo escaló y tendiéndose sobre una de las anchas ramas como pudo, descansó. El descanso le trajo una renovada confianza en sí mismo y casi un sentimiento de seguridad. Ni siquiera un cazador tan concienzudo como Zaroff podría encontrarlo allí, se dijo; sólo el diablo podría seguir ese complicado rastro en la selva y en la oscuridad. Tal vez el general era un diablo...

La aprensiva noche serpenteó poco a poco como una culebra herida pero a pesar de que en la selva reinaba el silencio de un mundo muerto el sueño no visitó a Rainsford. Ya casi por la mañana cuando un gris sucio teñía el cielo, el grito de algún pájaro asustadizo atrajo su atención y le hizo fijarse en la dirección de la que provenía. Algo se movía entre la maleza con cuidado, lentamente, siguiendo el mismo camino tortuoso que Rainsford había seguido. Éste se apretó contra la rama y a través de una mampara de hojas casi tan espesa como un tapiz vio... que lo que se aproximaba era un hombre.

Era el General Zaroff. Siguió andando con sus ojos clavados en el suelo y con la máxima concentración. Se detuvo, casi debajo del árbol, se dejó caer de rodillas y examinó el suelo. El primer impulso de Rainsford fue arrojarse sobre él como una pantera pero vio que el general sujetaba en su mano derecha algo metálico –una pequeña pistola automática.

El cazador sacudió la cabeza varias veces, como si estuviera extrañado. Se incorporó y extrajo de su pitillera uno de sus cigarrillos negros. Su pungente humo con su toque de incienso alcanzó la nariz de Rainsford.

Rainsford contuvo la respiración. Los ojos del general habían dejado el suelo y subían pulgada a pulgada por el tronco. Rainsford se quedó inmóvil, tensando todos sus músculos para saltar. Pero los agudos ojos del cazador se detuvieron antes de que alcanzaran la rama

sobre la que Rainsford yacía y una sonrisa se extendió sobre su bronceado rostro. Deliberadamente soltó un anillo de humo al aire; le dio entonces la espalda al árbol y con aire confiado se marchó por donde había venido. El susurro del sotobosque contra sus botas se perdió en la distancia.

El aire retenido en los pulmones de Rainsford escapó de sopetón. Su primer pensamiento lo dejó nauseabundo y paralizado. El general podía seguir un rastro de noche, incluso uno extremadamente difícil. Debía tener poderes extraordinarios; sólo por pura casualidad se le había pasado por alto al cosaco el escondite de su presa.

La segunda idea de Rainsford era aún más terrible. Todo su cuerpo sufrió la sacudida de un escalofrío de helado terror. ¿Por qué había sonreído el general? ¿Por qué había regresado?

Rainsford se negaba a creer que lo que su razón le decía era cierto pero la verdad era tan evidente como el sol que asomaba ya de entre las nieblas matinales. ¡El general estaba jugando con él! ¡El general lo estaba preservando para otro día de diversión! El cosaco era el gato y él era el ratón. En ese momento supo Rainsford lo que significa el terror.

"No perderé la calma. No la perderé".

Se bajó del árbol y entró de nuevo en la selva. Su rostro mostraba la determinación con la que obligó a funcionar a su maquinaria mental. A trescientos metros de su escondite, allí donde un enorme árbol muerto se apoyaba en uno menor y vivo, Rainsford se detuvo. Desprendiéndose de la mochila con la comida, sacó el cuchillo de la funda y se puso a trabajar con toda su energía.

Acabada al fin su tarea, Rainsford se arrojó detrás de un tronco caído a treinta metros de allí. La espera fue corta. El gato se acercaba de nuevo para jugar con el ratón.

Siguiendo el rastro con la seguridad de un sabueso apareció el General Zaroff. Nada escapaba a sus inquisitivos ojos negros: una brizna de hierba aplastada, una ramilla curvada, una marca en el musgo por más imperceptible que fuera. Tan sumido estaba el cosaco en su rastreo que dio con lo que Rainsford había hecho antes de verlo. Su pie dio con la rama prominente que hacía de detonante. Al tocarla el general se percibió del peligro y dio un salto hacia atrás con la agilidad de un simio. Pero no fue lo bastante rápido. El árbol muerto, ajustado con precisión para que descansara sobre el vivo, que Rainsford había cortado, se desplomó y le dio al general un formidable golpe en el hombro; si no fuera por sus reflejos, lo habría aplastado. Zaroff se tambaleó pero no cayó ni soltó su revólver. Permaneció en pie, masajeándose el hombro herido y Rainsford, con el corazón en un puño, pudo oír el resonar de la risa burlona del general en la selva.

"Rainsford", dijo el general, "si puede oír mi voz, como supongo, permítame felicitarlo. No muchos hombres saben cómo construir un atrapa-hombres malayo. Por suerte para mi yo también he cazado en Malaca. Está resultando ser interesante, Sr. Rainsford. Voy a curarme la herida, que sólo es ligera. Pero volveré. Lo prometo".

Cuando el general se hubo marchado, mimando su herida, Rainsford reemprendió la huida. Era una huida a la desesperada que lo mantuvo en vilo varias horas. Llegó el anochecer, y luego la oscuridad y aún así continuó. El suelo se volvió menos firme bajo sus mocasines, la vegetación más densa y maloliente, los insectos le picaban salvajemente.

Justo entonces, al dar un paso adelante, su pie se hundió en el lodo. Intentó sacarlo de él pero el cieno lo succionó con fiereza como si fuera una sanguijuela gigante. Con un violento esfuerzo, Rainsford liberó su pie. Ahora ya sabía donde estaba. El Pantano de la Muerte y sus arenas movedizas.

Rainsford mantenía los puños cerrados como si su coraje fuera algo tangible que alguien pudiera arrancarle en la oscuridad. La pastosidad de la tierra le había dado una idea. Se apartó de las arenas movedizas más o menos unos doce pies y como si fuera un enorme castor prehistórico empezó a cavar.

Rainsford había cavado improvisadas trincheras en Francia cuando un segundo de demora podía significar la muerte.[15] Aquello había sido tan sólo un plácido pasatiempo comparado con lo que hacía ahora. El hoyo se hizo más profundo; cuando le llegó por encima de los hombros Rainsford salió y usando unas ramas cortó estacas que afiló tanto como pudo y que plantó en la base del hoyo con las puntas hacia arriba. Con dedos ágiles tejió una tosca alfombra de malas hierbas y ramas y con ella cubrió la boca del hoyo. Entonces, cubierto de sudor y dolorido por el cansancio, se agachó tras el tocón de un árbol abrasado por un rayo.

Sabía que su perseguidor se acercaba; podía oír el sonido amortiguado de pies pisando la blanda tierra, y la brisa nocturna le traía el perfume del cigarrillo del general. Le pareció a Rainsford que el general se acercaba con inusitada celeridad; no iba tanteando el camino paso a paso. Rainsford, agachado, no podía ver al general ni el hoyo. Cada minuto parecía un año. Entonces sintió el impulso de gritar de alegría, ya que oyó el seco estallido de las ramas al romperse cuando la cubierta del hoyo cedió; oyó el agudo grito de dolor cuando las estacas dieron en su víctima. Saltó de su escondite sólo para ocultarse de nuevo. A tres pies del hoyo había un hombre, linterna en mano.

"Lo ha hecho muy bien, Rainsford", resonó la voz del general. "Su trampa para tigres birmanos se ha tragado uno de mis mejores perros. Otro punto para usted. Sr. Rainsford, vamos a ver qué puede hacer usted contra toda mi jauría. Me voy a casa a descansar un rato. Gracias por una velada de lo más entretenida".

Al alba Rainsford, que se había echado cerca del pantano, despertó por culpa de un ruido que le indicaba que había temibles novedades. Era un ruido distante, débil y oscilante, pero lo reconoció. Eran los ladridos de una jauría de sabuesos.

Rainsford sabía que sólo podía optar entre hacer dos cosas. Podía quedarse donde estaba y esperar. Eso era suicida. Podía huir. Eso era retrasar lo inevitable. Por un momento se quedó allí, pensando. Se le ocurrió entonces una idea de lo más arriesgada y, apretándose el cinturón, se alejó del pantano.

El ladrido de los sabuesos se acercaba cada vez más, más y más. Rainsford escaló un árbol que había en un saliente. Arroyo abajo, a menos de un cuarto de milla, podía ver cómo se movía el sotobosque. Forzando la vista vio la figura enjuta del General Zaroff; justo delante Rainsford observó otra figura cuyos anchos hombros asomaban por encima de los altos tallos de las malas hierbas: era el gigante Iván, que parecía empellido por alguna fuerza invisible. Rainsford se dio cuenta de que Iván sujetaba las correas de los perros de la jauría.

En un minuto llegarían. Su mente funcionaba frenéticamente. Pensó en un truco nativo que había aprendido en Uganda. Bajó del árbol. Agarró una rama joven y elástica y sujetó con ella su cuchillo de caza con la hoja apuntando hacia el rastro que había dejado; con un poco de parra silvestre ató la rama al tronco. Y corrió para poder salvar la vida. Los sabuesos alzaron sus voces al dar con su olor. Rainsford comprendió cómo se siente un animal perseguido.

Tuvo que parar para recuperar el aliento. El ladrido de los sabuesos cesó de golpe y el corazón de Rainsford también se detuvo. Debían de haber alcanzado el cuchillo.

Se encaramó al árbol y volvió los ojos. Sus perseguidores se habían parado. Pero la esperanza que dominaba la mente de Rainsford al subirse al árbol se extinguió en cuanto vio en el poco profundo valle que el General Zaroff aún estaba en pie. No así Iván. El cuchillo, impulsado por la fuerza elástica de la rama verde no había fallado del todo.

Rainsford aún no había tocado al suelo cuando la jauría empezó a ladrar de nuevo.

"¡Coraje, coraje, coraje!", jadeó mientras corría. Un hueco azul apareció entre los árboles muertos que se veían más adelante. Los sabuesos se acercaban más y más. Rainsford se obligó a ir hacia el hueco. Lo alcanzó. Era la orilla del mar. Al otro lado de la cala podía ver la piedra gris y sombría del castillo. Siete metros bajo él el mar retumbaba y ululaba. Rainsford dudó. Oyó los sabuesos. Y entonces saltó al agua tan lejos como pudo de la orilla.

Cuando el general y su jauría alcanzaron el lugar junto al mar desde el que Rainsford había saltado, el cosaco se detuvo. Durante algunos minutos se quedó observando la masa verdiazul de agua. Encogió los hombros. Entonces se sentó, tomó un sorbo de brandy de una petaca de plata, encendió un cigarrillo y tarareó un pasaje de *Madame Butterfly*[16].

El General Zaroff cenó magníficamente en su gran salón forrado de roble esa noche. Con la cena se tomó una botella de Pol Roger y media de Chambertin[17]. Dos pequeños inconvenientes empañaron su perfecto disfrute. Uno era la idea de que sería difícil sustituir a Iván; el otro era que la presa se le había escapado; por supuesto, el americano no había jugado bien –eso pensaba el general mientras degustaba un licor tras la cena. Para consolarse leyó en la biblioteca las obras de Marco Aurelio[18]. A las diez subió a su habitación. Estaba deliciosamente agotado, se dijo, antes de encerrase. La luna daba algo de luz, así que, antes de encender la lámpara, se acercó a la ventana y observó el patio. Veía a los sabuesos y les gritó "Habrá más suerte la próxima vez". Sólo entonces encendió la lámpara.

Un hombre, que se había ocultado tras los cortinajes de la cama, se dejó ver.

"Rainsford", gritó el general. "¡Por Dios! ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?"

"A nado", dijo Rainsford. "Es más rápido que andar por la selva".

El general contuvo el aliento un instante y sonrió. "Le felicito", dijo. "Ha ganado usted el juego".

Rainsford no sonrió. "Aún soy una bestia perseguida", dijo en una voz ronca y grave. "Prepárese, General Zaroff".

El general hizo una profunda reverencia. "Ya veo", dijo. "¡Espléndido! Uno de nosotros ha de convertirse en refrigerio para los sabuesos. El otro dormirá en esta estupenda cama. En guardia, Rainsford"...

Rainsford opinó para sus adentros que nunca había dormido en una cama mejor.

Notas

NOTA: El título original "The Most Dangerous Game" es ambiguo, dado que 'game' puede significar tanto 'presa' como 'juego'. El título "La presa más peligrosa" es por lo tanto tan correcto como "El juego más peligroso" pero he escogido el primero por ser ésas las palabras literales que el General Zaroff pronuncia en referencia al hombre.

1. James Purdey & Sons es una conocida armería de Londres, fundada en 1814 y aún hoy en activo.
2. No hay contradicción entre ser ruso y cosaco, si bien no todos los cosacos son rusos. Es posible que Zaroff sea ucraniano, ya que de Ucrania proceden muchos de los cosacos. Lo que define a un cosaco, en todo caso, es que tenía la obligación de prestar 20 años de servicio militar en la Rusia Imperial a cambio del privilegio de mantener su libertad, ya que se supone que los cosacos eran originalmente siervos feudales huidos y aventureros.
3. Color debido a que la base de esta sopa es la remolacha. La nata con la que se adereza debe ser agria, no montada.
4. Se refiere a la pieza más sabrosa de la carne de vacuno, el solomillo. La palabra francesa 'mignon' tiene aproximadamente el significado 'exquisito'.
5. *Syncerus caffer*, el búfalo del Cabo o africano, es un animal de gran tamaño que puede llegar a pesar 900 kilos y habita las zonas este y sur de África. Tiene la reputación de ser un animal muy peligroso cuando se siente atacado.
6. Se refiere a la Revolución que acabó en 1917 con la Rusia Imperial regida por el Zar.
7. Destinos y ocupaciones frecuentes entre los aristócratas rusos en el exilio sin recursos económicos.
8. *Ursus arctos*, el oso grizzly es una especie de gran tamaño en peligro de extinción. Solía encontrarse en todos los continentes pero hoy sobrevive sólo en Norteamérica, principalmente en Canadá.

9. La Primera Guerra Mundial (1914-8).
10. Famoso cabaret parisino, inaugurado en 1869, que tuvo su período de mayor popularidad entre 1890 y 1930 y que aún sigue en activo.
11. Obleas finas de pasta rellenas con corteza de naranja y ron.
12. Reputado vino blanco de la región norte de Borgoña, entre Dijon y París.
13. Veuve Clicquot (y no Cliquot) es un apreciado champán francés.
14. Del francés: 'Hasta la vista'.
15. Obviamente, durante la Primera Guerra Mundial y no para la caza.
16. Ópera de Giacomo Puccini (1858-1924) estrenada en 1904.
17. Pol Roger es un reputado champán francés, se dice que el favorito de Winston Churchill; Chambertin es un tinto de la Borgoña también muy apreciado.
18. Marco Aurelio (121-180), emperador de Roma desde 161 hasta su muerte. Su obra *Meditaciones*, un conjunto de doce libros, refleja una filosofía estoica de la vida.

RICHARD CONNELL, "La presa más peligrosa" (1924).
IRVING PICHEL & ERNEST B. SHOEDSHACK, *El malvado Zaroff* (T.O.: *The Most Dangerous Game*, 1932). Guión de James Ahsmore Creelman. RKO. Blanco y negro. 63 mins.

Richard Connell (Nueva York, 1893 – Los Ángeles, 1949) empezó su carrera profesional a la temprana edad de 10 años como periodista deportivo para el periódico de su padre, que llegó a editar a los 16. Vivió al parecer en diversos países europeos tras su experiencia en las trincheras de la Primera Guerra Mundial y fue al regresar a su patria e instalarse en California cuando empezó a publicar relatos. Compaginó esta actividad con la escritura de guiones tales como los que le valieron sendas nominaciones a los Oscars: *Two Girls and a Sailor* (1944, un musical co-escrito con Gladys Lehman) y la popular obra de Frank Capra *Juan Nadie* (1941, co-escrita con Robert Presnell Sr.). "La presa más peligrosa" fue publicada originalmente en *Collier's Magazine* en 1924, siendo finalista del conocido premio de narración corta O. Henry ese mismo año. Puede decirse que es un clásico popular, del tipo que se valora no tanto por sus méritos literarios como por el provocativo tema que plantea, en este caso la caza de seres humanos por placer.

El claro y directo relato de Connell parece no arrojar dudas sobre su interpretación pero lo cierto es que encierra algún que otro inquietante punto oscuro. "La presa..." critica el deporte de la caza mayor y es fácil ver que Connell castiga simbólicamente al gran cazador Rainsford, por su falta de empatía con los animales que abate, poniéndolo en su lugar. En la época en la que Connell escribió este relato no había noción alguna de que la caza podía poner en peligro de extinción a las especies salvajes en el punto de mira del cazador. Nombres como los del eficaz Denys Hatton Finch (1887-1931), el amante de la escritora Isaak Dinesen interpretado en el cine por Robert Redford en *Memorias de África* (1985), popularizaron la figura del gran cazador en ese continente, que se vio asolado por hordas de insaciables europeos y americanos dispuestos a ejercitar sus rifles a mansalva. El Rainsford de Connell, tal vez lejanamente inspirado por Finch, y el propio Zaroff encarnan esa pasión por la caza y es evidente que Connell critica la cobardía de uno y otro, ya que los dos cazan en condiciones de gran superioridad sobre sus respectivas presas. Sin embargo, aunque Connell condena la transgresión moral en la que Zaroff incurre al decidir cazar presas humanas aburrido de las animales, Rainsford no es condenado en igual medida ya que, como su personaje, Connell distingue entre el cazador y el asesino. El relato acaba con Rainsford vengándose del sádico juego al que Zaroff lo somete pero no contiene declaración alguna en el sentido de que Rainsford haya aprendido la lección: al contrario, la última imagen es la del cazador satisfecho porque ha dado muerte a su presa –en este caso el propio Zaroff. Lejos de suponer

que Rainsford dejará de cazar, lo podemos imaginar contándole a sus colegas cazadores la anécdota que le sucedió en la isla de Zaroff como la más excepcional en su carrera cinegética pero no necesariamente como la que la cerró. Es posible incluso conjeturar en vista del ambiguo final de la historia que Rainsford le toma gusto al asunto y quizás llega a convertirse en un segundo Zaroff.

"La presa más peligrosa" fue el octavo relato de Connell en ser adaptado al cine, llegando a las pantallas en 1932 en la versión dirigida por Irving Pichel y Ernest B. Schoedsack, conocida en España como *El malvado Zaroff* pese a que su título original es el del relato. Ha habido después numerosas películas de irregular calidad que más que adaptar citan la obra de Connell, tomando prestada tan sólo la premisa básica de la caza humana. Schoedsack, el productor Merian C. Cooper, el músico Max Steiner y miembros del reparto como la actriz Fay Wray y los actores Robert Armstrong y Noble Johnson simultanearon el rodaje de *El malvado Zaroff* con el de *King Kong* (1933), película que en cierto modo trata también de la presa más peligrosa, al ser el gran gorila el animal más extraordinario jamás capturado por el hombre blanco en territorios exóticos.

Vista hoy, *El malvado Zaroff* tiene interés limitado por dos razones principales. Por una parte, la histriónica interpretación que Leslie Banks hace del Conde –que no General-Zaroff lo distancia del racional personaje de Connell, transformándolo en un tópico y típico villano loco. Mientras que el General Zaroff sabe muy bien lo que hace, habiendo escogido su presa tras deducir con impecable lógica que ningún animal podría ya colmar sus ansias de sentir el reto de la caza, el Conde Zaroff es un psicópata sin control sobre su mente racional y, por ello, un personaje mucho menos inquietante. El Zaroff de Connell es un hombre amoral que ignora a conciencia los límites entre el bien y el mal mientras que el Zaroff de la película es un hombre anormal fuera de control. Por otra parte, la introducción de la heroína Eve Trowbridge (Wray) y su borracho hermano Martin (Armstrong), otros dos náufragos, diluye el tenso enfrentamiento entre Rainsford y Connell, problema al que hay que sumar lo ridícula que ella resulta hoy, en estos tiempos de heroínas fuertes, corriendo por la selva en traje de noche y tacones, obstaculizando a cada paso los esfuerzos del héroe. Eve, según es fácil observar, aporta sexualidad a la historia dado que lo que se juegan Zaroff y Rainsford en esta versión es su posesión; el Conde, que se siente claramente atraído por ella, explica que en su juego no se caza a mujeres sino que ellas satisfacen la excitación creada por la caza. Si él gana, sabemos que Eve será violada mientras que si Rainsford, interpretado por un guapo Joel McCrea sin demasiados matices, gana ella será igualmente poseída más tarde o más temprano pero con su consentimiento. Como curiosidad hay añadir que la película rompe con el tabú que el relato mantiene: mientras en él Rainsford se niega a ver la sala de trofeos de Zaroff sabiendo que en él hay muestras de sus cacerías humanas, en la película la sala y las cabezas sí se muestran en su momento más espeluznante.

Es muy posible que la popularidad del relato de Connell se haya mantenido a lo largo de 80 años porque puso el dedo en la llaga al permitirle al lector fantasear sobre la posibilidad de cazar seres humanos. Se supone que la conducta de Zaroff debe disgustarnos y asquearnos pero lo cierto es que no pocas personas cederían a la tentación si se les ofreciera cazar a sus congéneres sin tener que sufrir el castigo de la ley. Al menos eso sugieren los populares juegos de caza en los que se utilizan bolas de pintura como munición, que es una manera simbólica de ventilar deseos ocultos de matar en la realidad. En 2003 hubo incluso un gran escándalo en torno a un juego ofertado en Las Vegas en el cual hombres que pagaban 10.000$ por cabeza daban caza a mujeres desnudas con proyectiles de ese tipo. En seguida se dijo que todo había sido una broma pero queda la malsana impresión de que si no ha sucedido ya, sucederá y puede que con munición menos inofensiva.

Por todo esto no sorprende que entre las adaptaciones del relato de Connell al cine haya versiones poco menos que pornográficas tales como *Lethal Woman* (1990, Christian

Marham) en la que las cazadoras son un grupo de mujeres violadas que se vengan de sus atacantes; *Deadly Prey* (1988, David A. Prior), en la que ex-mercenarios empleados en Vietnam usan presas humanas para entrenar a sus sucesores; *Slave Girls from Infinity* (1987, Ken Dixon) en la que se le da un toque futurista a la caza de mujeres; *Woman Hunt* (1975, Eddie Romero) centrada como su explícito título sugiere en la caza de féminas; y *Bloodlust!* (1961, Ralph Brooke), de tema similar. La misoginia de estas fantasías es más que evidente.

Entre las versiones 'serias' cabe comentar que hubo un fallido *remake* de la versión de 1932 a cargo del mismo estudio RKO, filmado en 1945 por Robert Wise, al parecer tan pobre que incluso usó metraje de la versión anterior. La mayoría de nuevas versiones, sean serias o no, empezando por *Huida hacia el sol* (1956, Roy Boulting) prefieren distanciarse del original literario y de la adaptación de 1932 buscando su propio contexto. En *La presa desnuda* (1966, Cornel Wilde y Sven Persson) un cazador blanco que participa en un safari en el siglo XIX en Sudáfrica es perseguido por seis guerreros africanos a lo largo de una tensa caza que dura casi toda la película. En *Blanco humano* (1993, John Woo) Jean-Claude Van Damme descubre que un rico hacendado, Emil Fouchon (Lance Henriksen), se dedica a dar caza a hombres sin techo en los pantanos de sus propiedades en Louisiana. En *Juego de supervivencia* (1994, Ernest R. Dickerson), el rapero y actor afrocamericano Ice T interpreta a otro sin techo que se convierte en presa de un grupo de hombres blancos, añadiendo un toque racial a la trama de *Blanco humano* e invirtiendo los colores de los personajes de *La presa desnuda*.

El relato de Connell, en suma, no dejará de inspirar adaptaciones en tanto persista el tabú contra la caza del ser humano como deporte, que esperemos que sea por siempre.

“El Diablo y Daniel Webster” (1937), Stephen Vincent Benet (1898-1943)

I

Esta es una historia que se cuenta en la zona de la frontera, allí donde Massachusetts, Vermont y New Hampshire se tocan.[1]

Sí, Daniel Webster está muerto –o, al menos, enterrado. Pero cada vez que hay una tormenta cerca de Marshfield[2], dicen que se puede oír su voz retumbando en las hondonadas del cielo. Y dicen que si se acerca uno a su tumba y pronuncia alto y claro “!Dan’l Webster, Dan’l Webster!” el suelo empezará a temblar y los árboles a estremecerse. Y al poco se oirá una voz profunda diciendo “Vecino, ¿cómo va la Unión?” Más vale entonces decir que la Unión se mantiene como se mantenía –firme como una roca y forrada de cobre, unida e indivisible- o se podría dar el caso que él mismo brote de la tierra. Al menos, eso me dijeron cuando era un jovenzuelo.

Sucede que, por un tiempo, él fue el hombre más grande del país. Nunca llegó a Presidente, pero fue el hombre más grande. Miles de personas confiaban en él casi tanto como en Dios Todopoderoso y contaban historias sobre él como las de los patriarcas y demás. Decían que cuando se disponía a dar un discurso aparecían en el cielo barras y estrellas, y en una ocasión en la que habló en contra de un río lo obligó a hundirse en la tierra. Decían que cuando iba de excursión al bosque con su caña de pescar, Matatodo, las truchas saltaban del río a sus bolsillos ya que sabían que de nada valía luchar contra él; cuando defendía un caso, podía hacer sonar a voluntad las arpas de los bienaventurados y provocar los temblores de la tierra profunda. Ésa era la clase de hombre que era y no hay duda de que su gran granja en Marshfield encajaba con él. Los pollos que criaba eran todos ellos carne blanca hasta el mismo hueso, las vacas recibían tantos cuidados como un niño, y el gran carnero al que bautizó Goliat tenía cuernos con curvas bellas como las de una enredadera florida de maravillas y podía derribar con ellos una puerta de hierro. Pero Dan’l no era un simple caballero granjero; conocía muy bien cómo se comportaba la tierra y se levantaba a la luz de las velas para asegurarse de que se hacían todas las tareas. Un hombre con una boca como un mastín, una frente como una montaña y ojos de antracita ardiente –ése era Dan’l Webster en la flor de la vida. Y eso que el caso más importante que defendió nunca llegó a los libros porque lo defendió contra el diablo, de igual a igual y sin límites. Y así es como me lo contaron a mi.

Había un hombre llamado Jabez Stone, que vivía en Cross Corners, New Hampshire. De entrada no era un mal hombre, pero era un hombre sin suerte. Si plantaba maíz, lo devoraban los gusanos; si plantaba patatas, las estropeaba el tizón. Tenía tierra de calidad más que suficiente pero no prosperaba; tenía una esposa honesta e hijos, pero cuantos más hijos tenía menos había con qué alimentarlos. Si en el campo del vecino aparecían piedras, en el suyo eran peñascos; si tenía un caballo con los huesos enfermos lo cambiaba por uno guillado y aún pagaba extra. Hay tipos que no tienen más remedio que ser así, según parece. Hasta que un día Jabez Stone se hartó de todo el asunto.

Llevaba toda la mañana arando y acababa de romper la reja del arado contra una roca que juraría que no estaba allí el día anterior. Mientras contemplaba el arado roto el caballo empezó a toser –esa clase de tos espesa que anuncia una enfermedad y pide un veterinario. Dos de los niños tenían el sarampión, su mujer estaba enferma, y él mismo tenía un dedo

infectado. Jabez Stone ya no podía más. “Juro”, dijo mirando a su alrededor con desesperación, “juro que dan ganas de venderle el alma al diablo. ¡Y yo lo haría por dos centavos!”

Sintió entonces cómo se apoderaba de él una extraña sensación tras pronunciar estas palabras, aunque, naturalmente, siendo de New Hampshire, no se iba a retractar[3]. No obstante, al llegar la noche y ver que, según le parecía, nadie había tomado sus palabra en serio, se sintió aliviado, dado que era un hombre religioso. Pero palabras como esas, más tarde o más temprano, siempre se toman en serio, como dice el Buen Libro. Y, cómo no, al día siguiente, sobe la hora de la cena, un forastero vestido con ropas oscuras y de voz melodiosa se presentó en su bello carruaje a preguntar por Jabez Stone.

Bien, Jabez le dijo a su familia que era un abogado que venía a verlo en relación con una herencia. No le gustaba el aspecto del forastero, ni el modo en que enseñaba los dientes al sonreír. Eran unos dientes blancos y abundantes –hay quien dice que estaban afilados, pero no podría asegurarlo. Tampoco le gustó que tras echarle un vistazo al extraño el perro saliera a toda prisa aullando y con el rabo entre las piernas. Pero habiendo pronunciado aquellas palabras, más o menos, se reafirmó en ellas, y los dos firmaron su pacto detrás del granero. Jabez Stone tuvo que pincharse el dedo para firmar y el forastero le prestó una aguja de plata. La herida sanó bien pero dejó una pequeña cicatriz blanca.

II

Después de todo eso, de repente, las cosas empezaron a mejorar y Jabez Stone a prosperar. Sus vacas engordaron y sus caballos cogieron lustre, sus cosechas fueron la envidia del vecindario y el rayo, que caía en cualquier punto del valle, esquivaba su granero. Muy pronto era una de las personas más prósperas del condado. Le pidieron que se presentara a concejal del ayuntamiento, y lo hizo; ahí se empezó a hablar de si se presentaría al Senado del estado. En conjunto, se podría decir que la familia Stone vivía feliz y satisfecha como un gato en una vaquería. Y así era, con la excepción de Jabez Stone.

Un día el forastero se acercó por el campo bajo, dándoles pequeños golpes a sus botas con una vara –eran unas botas negras espléndidas, pero a Jabez Stone nunca le gustaron, especialmente las punteras. Después de un rato de conversación trivial el extraño dijo al fin, “Bien, Sr. Stone, ¡qué bien se le da! Tiene usted una estupenda finca, Sr. Stone”.

“Bueno, a unos podría gustarles y a otros no”, dijo Jabez Stone, puesto que era de New Hampshire.[4]

“Oh, no es necesario despreciar su esmero”, dijo el extraño, muy tranquilo, mostrando sus dientes en una sonrisa. “Después de todo, sabemos qué se ha hecho, y se ha hecho de acuerdo con el contrato y sus especificaciones. Así que cuándo, ejem, la hipoteca venza el año que viene, no tiene usted nada de que arrepentirse”.

“Hablando de la hipoteca, señor” dijo Jabez Stone y le imploró ayuda con la mirada a la tierra y al cielo, “empiezo a tener alguna duda”.

“¿Dudas?”, dijo el forastero, ya no tan amablemente.

“Pues sí”, respondió Jabez Stone. “A causa de ser esto los Estados Unidos de América y de haber sido yo mismo siempre un hombre religioso”. Se aclaró la garganta y se envalentonó. “Sí, señor”, dijo, “empiezo a tener dudas considerables sobre si la hipoteca sería válida en un juzgado”.

“Hay juzgados y juzgados”, dijo el extraño, chasqueando los dientes. “Con todo, podríamos echar un vistazo al documento original”. Y sacó una gran libreta negra, llena de papeles. “Sherwin, Slater, Stevens, Stone”, murmuró. “Yo, Jabez Stone, durante un período de siete años... Oh, todo está en orden, creo”.

Pero Jabez Stone no prestaba atención porque vio que algo se escapaba de la libreta. Parecía una polilla pero no lo era. Y al mirarlo Jabez Stone le habló con una vocecilla aguda,

terriblemente tenue y minúscula, pero terriblemente humana. “¡Vecino Stone!”, chilló. “Vecino Stone, ¡ayúdeme! Por el amor de Dios, ¡ayúdeme!”

Pero antes de que Jabez Stone pudiera mover extremidad alguna, el forastero sacó un gran pañuelo de cuello, atrapó a la criatura con él, como si fuera una mariposa y se puso a atar los extremos.

“Perdón por la interrupción”, dijo. “Como iba diciendo...”

Pero Jabez Stone temblaba todo él como un caballo asustado.

“¡Ésa era la voz del avaro Stevens!”, dijo con la voz ronca. “¡Y lo tiene atrapado en su pañuelo!”

El forastero parecía un poco incómodo.

“Sí, debería haberlo pasado a la caja” dijo con una sonrisa falsa, “pero había algunos especímenes poco habituales allí y no quería que se apretujaran. Vaya, vaya, qué contratiempo”.

“No sé qué quiere decir por contra el tiempo[5]”, dijo Jabez Stone, “¡pero esa era la voz del avaro Stevens! ¡Y no está muerto! ¡No puede decirme lo contrario! ¡El martes mismo se lo veía aún ágil y mezquino como una marmota!”

“En la flor de la vida...”, dijo el extraño con un toque de piedad. “¡Escuche!” Una campana empezó a tañer en el valle y Jabez Stone prestó atención, mientras el sudor le corría por el rostro. Sabía que tañía por el avaro Stevens y que estaba muerto.

“Estas cuentas a largo plazo” dijo el forastero con un suspiro, “sabe mal cerrarlas. Pero el negocio es el negocio”.

Todavía tenía en pañuelo en la mano, y Jabez Stone se sintió enfermo al ver cómo la tela se retorcía y agitaba.

“¿Son así de pequeñas?”

“¿Pequeñas?” dijo el forastero. “Oh, ya veo lo que quieres decir. Pues varían”. Escudriño a Jabez Stone con sus ojos, mostrando sus dientes. “No se preocupe, Sr. Stone”, dijo. “Sacará usted muy buena nota. No lo dejaría escapar de la caja. Ahora bien, un hombre como Dan’l Webster, por supuesto... bueno, tendría que construir una caja especial para él, e incluso así, creo que la envergadura de las alas le asombraría. Pero en su caso, como iba diciendo....”

“¡Guarde el pañuelo!”, exclamó Jabez Stone, y empezó a rogar y a orar. Todo lo que pudo conseguir, sin embargo, fueron tres años más con ciertas condiciones.

Hasta que no se firma un pacto así, uno no tiene idea de lo rápido que pueden pasar cuatro años. Al final de esos años, a Jabez Stone se lo conoce en todo el estado y se habla de que podría presentarse a Gobernador... polvo y cenizas en su boca. Cada día, al levantarse, piensa “Otra noche que ya pasó” y cada noche, al acostarse, piensa en la libreta negra y el alma del avaro Stevens y le duele el corazón. Hasta que, finalmente, no puede soportarlo más, y en los últimos días del año, ensilla su caballo y decide ir a ver a Dan’l Webster. Y es que Dan’l nació en New Hampshire, a sólo pocas millas de Cross Corners, y es bien sabido que tiene debilidad por sus antiguos vecinos.

III

Era primera hora de la mañana cuando llegó a Marshfield, pero Dan’l estaba ya levantado, hablando en latín a los braceros y luchando con el carnero, Goliat, y probando un nuevo caballo trotón y componiendo discursos en contra de John C. Calhoun[6]. Pero cuando le dijeron que una persona de New Hampshire había venido a verlo dejó todo lo que estaba haciendo, como solía hacer en estos casos. Le ofreció a Jabez Stone un desayuno con el que cinco hombres no habrían podido, repasó la biografía de cada hombre y mujer en Cross Corners y, finalmente, le preguntó en qué podía servirlo.

Jabez Stone explicó que se trataba de algo parecido a un caso de hipoteca.

“Bueno, no he llevado casos de hipoteca desde hace mucho tiempo, y en general no llevo casos ahora, excepto ante el Tribunal Supremo”, dijo Dan’l, “pero si puedo ayudar, lo haré”.

“Entonces tengo esperanza por primera vez en diez años”, dijo Jabez Stone y le dio los detalles del caso.

Dan’l paseó arriba y abajo mientas escuchaba, con las manos a la espalda, haciendo una pregunta de tanto en tanto y clavando los ojos en el suelo como si pudieran taladrarlo. Cuando Jabez Stone acabó, Dan’l hinchó los carrillos y sopló. Se volvió hacia Jabez Stone y una sonrisa iluminó su rostro como la salida del sol ilumina Monadnock[7].

“Ciertamente, Vecino Stone, te has dado una tarea de demonios”, dijo, “pero llevaré tu caso”.

“¿Lo aceptas?”, dijo Jabez Stone, casi sin poder creerlo.

“Sí”, dijo Dan’l Webster. “Tengo otras setenta y cinco cosas que hacer y debo encarrilar el Compromiso de Missouri[8], pero llevaré tu caso. Si dos tipos de New Hampshire no pueden con el Diablo, lo mejor que podríamos hacer es devolverle el país a los indios”.

Le dio entonces la mano a Jabez Stone y dijo, “¿Has venido a toda prisa?”

“Bueno, vine a buen paso”, dijo Jabez Stone.

“Regresarás más rápido”, dijo Dan’l Webster y ordenó enganchar a Constitución y Constelación al carruaje. Eran dos caballos idénticos, grises con las patas blancas, y corrieron como el rayo.

No describiré lo entusiasmada y contenta que se sintió la familia Stone al recibir al gran Dan’l Webster como invitado cuando al fin llegó. Jabez Stone había perdido su sombrero por el camino, arrebatado de su cabeza cuando adelantaron al viento mismo, pero no le preocupaba demasiado la pérdida. Después de la cena envió a su familia a la cama ya que tenía un negocio de lo más singular que tratar con el Sr. Webster. La Sra. Stone quería que se sentaran en la sala de estar preparada para agasajar a los invitados, pero Dan’l Webster estaba cansado de ver salas de este tipo y dijo que prefería la cocina. Así que fue allí donde se sentaron, esperando al forastero, con una jarra sobre la mesa y un chispeante fuego en el hogar... sabiendo que el forastero haría su aparición al llegar la medianoche, según lo especificado.

Bueno, pocos hombres habrían deseado mejor compañía que Dan’l Webster y una jarra. Pero con cada tic-tac del reloj crecía la tristeza de Jabez Stone. Sus ojos vagaban de punta a punta de la cocina y aunque había probado el contenido de la jarra estaba claro que no podía saborearlo. Finalmente, al dar las 11:30 alargó la mano y agarró a Dan’l Webster por el brazo.

“¡Sr. Webster, Sr. Webster!”, dijo, y su voz temblaba de miedo y de coraje desesperado. “Por el amor del cielo, Sr. Webster, ensille sus caballos y márchese de aquí mientras pueda!”

“Me has hecho hacer un camino muy largo, vecino, como para decirme ahora que no te gusta mi compañía”, respondió Dan’l Webster, muy sereno, sirviéndose de la jarra.

“¡Qué desgraciado que soy!”, gimió Jabez Stone. “Le he llevado por un camino infernal y ahora veo my insensatez. Que se me lleve si quiere. No es que lo desee, debo decirlo, pero puedo soportarlo. ¡Pero usted es el bastión de la Unión y el orgullo de New Hampshire! ¡Hay que impedir que lo atrape, Sr. Webster! ¡Hay que impedirlo!”

Dan'l Webster contempló al angustiado hombre, todo gris y temblando a la luz del fuego, y puso una mano sobre su hombro.

“Te lo agradezco, Vecino Stone”, dijo con cortesía. “Es muy amable de tu parte. Pero hay una jarra sobre la mesa y un caso que juzgar. Y nunca he dejado una jarra o un caso a medio acabar en mi vida”.

Justo en ese momento se oyó llamar a la puerta.

“Ah”, dijo Dan’l Webster, muy compuesto, “ya me pareció que tu reloj iba un poco atrasado, Vecino Stone”. Se acercó a la puerta y la abrió. “¡Pase!”, dijo.

El forastero entró... parecía muy alto y sombrío a la luz del fuego. Llevaba una caja bajo el brazo... una caja laqueada negra con pequeños orificios en la tapa. Al ver la caja, Jabez Stone gimoteó y se quedó encogido en un rincón de la cocina.

“El Sr. Webster, supongo”, dijo el extraño, muy educado pero con ojos que refulgían como los de un zorro en lo profundo del bosque.

“El abogado que representa a Jabez Stone”, replicó Dan’l Webster, también con ojos refulgentes. “¿Puedo preguntarle su nombre?”

“He tenido muchos”, respondió el forastero con indiferencia. “Tal vez Scratch[9] bastará esta noche. A menudo me llaman así en esta región”.

Se sentó entonces a la mesa y se sirvió un trago de la jarra. El licor se conservaba frío en ella pero llegó al vaso humeante.

“Y ahora”, dijo el forastero, “le pediré, como ciudadano respetuoso con la ley, que me ayude a tomar posesión de mi propiedad”.

Y bien, con esas palabras empezó la discusión... que fue acalorada y farragosa. Al principio, Jabez Stone albergó una chispa de esperanza, pero cuando vio que Dan’l Webster se veía obligado a retroceder punto por punto, se quedó agachado en su rincón, con los ojos fijos en la caja laqueada. No había duda alguna sobre la escritura o la firma... eso era lo peor. Dan’l Webster le dio todas las vueltas que pudo al tema y golpeó la mesa con el puño pero no hubo manera de zafarse. Observó que la propiedad había aumentado de valor y que los senadores estatales debían valer más; el forastero se ciñó a la letra de la ley. Era un gran abogado Dan’l Webster pero sabemos muy bien quién es el Rey de los Abogados, como el Buen Libro nos dice, y parecía que, por primera vez, Dan’l Webster había encontrado un rival a su medida.

Al fin el forastero bostezó ligeramente. “Sus enconados esfuerzos en nombre de su cliente le honran, Sr. Webster”, dijo, “pero si no tiene más razonamientos que alegar, tengo algo de prisa”... y Jabez Stone sintió un escalofrío.

La frente de Dan’l Webster tenía la apariencia sombría de una nube de tormenta.

“Con prisa o sin ella, ¡no se llevará a este hombre!”, atronó. “El Sr. Stone es un ciudadano americano, y ningún ciudadano americano puede ser obligado a servir a un príncipe extranjero. ¡Luchamos contra Inglaterra por ello en el año 12[10] y lucharemos contra el infierno al completo de nuevo por ello!”

“¿Extranjero?”, dijo el forastero. “¿Y quién me llama extranjero?”

“Bueno, nunca he oído que el diablo... que usted haya declarado ser ciudadano americano”, dijo Dan’l Webster sorprendido.

“¿Y quién tendría más derecho?” dijo el extraño, con una de sus terribles sonrisas. “Cuando se cometió el primer atropello contra el primer Indio, yo estaba allí. Cuando el primer barco de esclavos partió hacia el Congo, yo estaba en cubierta. ¿No estoy presente en vuestros libros, historias y creencias, desde los primeros asentamientos? ¿No hablan mal de mí aún en cada iglesia de Nueva Inglaterra? Es cierto que el Norte dice que soy del Sur y el Sur que soy del Norte, pero no soy ni una cosa ni la otra. Soy tan solo un americano honesto como usted mismo –y del mejor linaje- porque, si quiere que le diga la verdad, Sr. Webster, aunque no me gusta presumir de ello, mi nombre se conoció antes en este país que el suyo”.

“¡Ajá!”, dijo Dan’l Webster, con las venas de la frente hinchadas. “¡Apelo entonces a la Constitución! ¡Pido un juicio para mi cliente!”

“El caso no es que sea propio de la justicia ordinaria”, dijo el forastero, parpadeando. “Es, además, muy tarde...”

“Escoja usted el juzgado que quiera, ¡siempre que tenga un juez americano y un jurado americano!”, terció Dan’l Webster con orgullo. “Estén muertos o vivos, aceptaré su veredicto”.

“Usted lo ha dicho”, dijo el forastero y señaló con su dedo la puerta. Y con ese gesto, de repente, se levantó viento y se oyó ruido de pasos en el exterior. Se oyeron, nítidos y diáfanos a través de la noche. No eran, sin embargo, como los pasos de los hombres vivos.

“En el nombre de Dios, ¿quién viene tan tarde?” lloriqueó Jabez Stone turbado por el miedo.

“El jurado que el Sr. Webster ha pedido”, dijo el forastero, tomando un sorbo de su vaso hirviente. “Deben ustedes disculpar el aspecto desastrado de uno o dos; vienen de muy lejos”.

IV

Al decir esto el fuego ardió azul y la puerta se abrió de golpe y doce hombres entraron, uno a uno.

Si Jabez Stone estaba ya enfermo de miedo, ahora se quedó ciego de terror. Allí estaba Walter Butler[11], el Leal a Gran Bretaña, que había asolado con fuego y horror el Valle del Mohawk en los tiempos de la Revolución; y allí estaba Simon Girty[12], el renegado, que vio cómo ardían hombres blanco en la hoguera y celebró con los Indios verlos arder. Tenía los ojos verdes, como los de un gato salvaje, y las manchas en su camisa de caza no eran precisamente de sangre de ciervo. El Rey Felipe[13] estaba allí, bravo y orgulloso como había sido en vida, con el gran corte en la cabeza producido por su mortal herida, y el cruel Gobernador Dale[14], que torturaba a los hombres en la rueda. Allí estaba Morton de Merry Mount[15], que tanto había incordiado a la colonia de Plymouth, con su rostro apuesto, arrebatado y libertino y su odio de lo divino. También estaba Teach[16], el pirata sangriento, con su negra barba rizada cubriéndole el pecho. El Reverendo John Smeet[17], con sus manos de estrangulador y su túnica ginebrina, caminando con el mismo miramiento con la que se acercó al cadalso. La huella roja de la soga se apreciaba aún alrededor de su cuello, pero llevaba un pañuelo perfumado en una mano. Todos y cada uno entraron en la habitación aún con el fuego del infierno sobre ellos, y el forastero anunció sus nombres y sus hazañas a medida que entraban, hasta que concluir la historia de los doce. Pese a todo el forastero había dicho la verdad... todos ellos habían jugado un papel en América.

“¿Le satisface a usted el jurado, Sr. Webster?” pregunto burlón el forastero, cuando hubieron ocupado su lugar.

La frente de Dan’l Webster estaba perlada de sudor, pero su voz era firme.

“Lo suficiente”, respondió. “Aunque echo en falta al General Arnold[18]”.

“Benedict Arnold está ocupado con otro asunto”, replicó el forastero, con el ceño fruncido. “Ah, usted pidió justicia, según creo”.

Señaló con su dedo una vez más y un hombre alto, vestido con los sobrios ropajes puritanos, con la mirada ardiente del fanático, entró a zancadas en la habitación y ocupó el lugar del juez.

“El Juez Hathorne[19] es un jurista experimentado”, explicó el forastero. “Presidió ciertos juicios de brujas que se celebraron una vez en Salem. Otros se arrepintieron del asunto más tarde, pero él no”.

“¿Arrepentirse de un empeño y de maravillas tan notables?” dijo el estricto viejo juez. “No, ¡que los cuelguen... a todos!” Y murmuró algo para sus adentros de un modo que dejó helada el alma de Jabez Stone.

El juicio empezó entonces y, como cabe esperar, no fue siempre bien para la defensa. Y Jabez Stone sirvió de muy poco como testigo de su propia causa. Le echó una mirada a Simon Girty, dio un chillido y tuvieron que ponerlo de nuevo en su rincón medio desmayado.

No se detuvo por ello el juicio que continuó como cualquier otro. Dan'l Webster se las había visto con jurados inclementes y jueces aficionados a la horca en su tiempo pero este era el más duro al que se había enfrentado y lo sabía. Estaban allí sentados con un cierto brillo en los ojos y la voz sedosa del forastero no cesaba. Cada vez que protestaba, se oía "se admite la protesta" pero cuando era Dan'l quien objetaba, siempre era "protesta denegada". Bueno, no se podía esperar juego limpio de un tipos como el Sr. Scratch.

Al final la paciencia de Dan'l se agotó y él empezó a calentarse, como un hierro en la forja. Cuando se puso en pie para hablar estaba dispuesto a despellejar al forastero con todos los trucos conocidos por la ley, lo mismo que a juez y al jurado. No le importaba que fuera acusado de desacato ni lo que le pudiera ocurrir. Tampoco le importaba ya lo que le pudiera ocurrir a Jabez Stone. Pensando en lo que diría se enfadaba cada vez más. Y sin embargo, curiosamente, cuanto más pensaba en ello, menos capaz se sentía de preparar mentalmente su discurso.

Hasta que, finalmente, llegó el momento de ponerse en pie, cosa que hizo, listo para atacar con relámpagos y recriminaciones. Antes de empezar les echó una mirada rápida al juez y al jurado, como era su costumbre. Y reparó en que el brillo en sus ojos era dos veces más potente que antes y en que todos se inclinaban hacia adelante. Parecían perros de caza antes de que suelten al zorro y la neblina azul del mal se espesó en la habitación al tiempo que él los miraba. Se dio cuenta entonces de qué había estado a punto de hacer y se secó el sudor de la frente, como un hombre que se ha salvado por poco de caer en un pozo en la oscuridad.

Habían venido a por él y no a por Jabez Stone. Lo podía leer en el brillo de sus ojos y en el modo en que el forastero se cubría la boca con una mano. Y si luchaba contra ellos usando sus propias armas, caería en su poder; lo sabía, aunque no habría sabido explicar cómo. Era su propia ira y horror lo que brillaba en los ojos de los otros; tendría que dominarse o el caso estaba perdido. Se quedó quieto un momento, con sus negros ojos ardiendo como antracita. Y entonces empezó a hablar.

Empezó en voz baja, si bien se podía oír con claridad cada palabra. Dicen que cuando se lo proponía podía invocar las arpas de los bienaventurados. Hablaba con sencillez y calma, como un hombre cualquiera. No empezó condenando ni vilipendiando. Habló de las cosas que hacen que un país sea un país y un hombre, un hombre.

Empezó por las cosas que todo el mundo conoce -la frescura de una bella mañana cuando uno es joven, el sabor de la comida cuando uno está hambriento, y la novedad de cada día cuando se es un niño. Les miró a la cara y los tuvo en sus manos. Estas cosas eran buenas para cualquier hombre pero sin libertad los hombres enfermaban. Y cuando habló de los esclavos, y de las penalidades de la esclavitud, su voz sonó como la de una gran campana. Habló sobre los primeros días de América y los hombres que los habían construido. No era un discurso pretencioso sino que te hacía comprender. Webster reconoció todos los atropellos que se habían cometido pero demostró cómo algo nuevo había surgido de lo que estaba mal y de lo que estaba bien, del sufrimiento y las privaciones. Y todo el mundo había tomado parte en esto, incluso los traidores.

Se volvió entonces hacia Jabez Stone y lo presentó como lo que era -un hombre común que había querido cambiar su mala suerte. Y, sólo porque había querido cambiarla, iba a ser castigado para toda la eternidad. Pese a ello Jabez Stone era bueno, y él demostraría su bondad. Podía ser duro y mezquino en algunas cosas pero era un hombre. Era triste ser un hombre pero también era algo de lo que estar orgulloso. Sí, incluso en el infierno, si un hombre era un hombre, se sabía. Ya no defendía a una persona en particular aunque su voz sonaba como un órgano. Estaba detallando la historia y los fracasos y el viaje interminable de la humanidad. Habían sido engañados y embaucados pero era un gran viaje. Y ningún demonio engendrado jamás podría experimentar el enriquecimiento interior que esto suponía -sólo un hombre podía hacerlo.

V

El fuego empezó a pagarse en el hogar y se levantó el viento que precede al alba. La luz en la habitación era ya gris cuando Dan'l Webster acabó. Sus palabras finales retornaron al territorio de New Hampshire y al tema de ese pedazo de tierra que cada hombre ama y al que se siente apegado. Lo bordó y a cada miembro del jurado le habló de cosas largo tiempo olvidadas. Y es que su voz podía tocar el corazón y ése era su don y su fuerza. Para uno, su voz era como el bosque y sus secretos, para otro como el mar y sus tempestades; uno oía el dolor de su nación perdida, y otro una pequeña escena anodina en la que no había pensado en muchos años. Cada uno vio algo. Y cuando Dan'l Webster hubo concluido no sabía si había salvado a Jabez Stone o no. El brillo había desaparecido de los ojos del jurado y, por un instante, eran de nuevo hombres y lo sabían.

"La defensa ha concluido", dijo Dan'l Webster y permaneció en pie como una montaña. En sus oídos retumbaba aún su discurso y no oyó nada más hasta que el juez Hathorne anunció que "el jurado se retirará a meditar su veredicto".

Walter Butler se levantó de su asiento y su rostro reflejaba un orgullo oscuro y alegre.

"El jurado ha acordado un veredicto", dijo mirando a los ojos del forastero. "Fallamos a favor del acusado, Jabez Stone".

Al oír estas palabras se borró la sonrisa del rostro del forastero pero Walter Butler ni se inmutó.

"Tal vez no sea el fallo no concuerde estrictamente con las pruebas", aclaró, "pero incluso los malditos pueden rendir homenaje la elocuencia del Sr. Webster".

Tras esto, el prolongado canto de un gallo rompió el gris cielo matinal y juez y jurado se evaporaron como una bocanada de humo si es que realmente habían estado en esa habitación. El forastero se dirigió a Dan'l Webster con una sonrisa irónica. "El Comandante Butler siempre ha sido un hombre atrevido", dijo. "No pensaba que lo fuera tanto. No obstante, mis felicitaciones, como corresponde al trato entre dos caballeros".

"Si no le importa, quisiera primero ese papel", dijo Dan'l Webster y lo cogió para romperlo en cuatro pedazos. Al tocarlo lo notó singularmente caliente. "Y ahora", dijo, "usted", y su mano se lanzó como trampa para osos al brazo del forastero. Sabía que si se derrotaba a alguien como el Sr. Scratch en combate limpio quedaba uno a salvo de su poder. Y podía ver que el Sr. Scratch también lo sabía.

El forastero se retorcía y se resistía pero no podía soltarse. "Vamos, vamos, Sr. Webster", dijo con una sonrisa pálida. "Esto es ridíc…¡ay!…ridículo. Si le preocupan las costas del juicio, naturalmente estaré encantado de pagar…"

"¡Y así será!", dijo Dan'l Webster, sacudiéndolo hasta que le repiquetearon los dientes. "Se va usted a sentar a la mesa y redactará un documento con la promesa de que nunca molestará a Jabez Stone, a sus herederos ni a sus representantes, ¡ni a ningún otro hombre de New Hampshire hasta el día del Juicio Final! Porque si queremos montar un infierno en este estado, lo podemos hacer nosotros mismos sin la ayuda de forasteros".

"¡Ay!", se quejó el forastero. "¡Ay! Bueno, nunca ha sido fácil atraparlos pero ¡ay!, de acuerdo".

Así que tomó asiento y redactó el documento pero Dan'l Webster no apartó la mano del cuello de su abrigo en todo ese tiempo.

"¿Puedo irme ya?", dijo el forastero, muy humilde, una vez que Dan'l hubo comprobado que el documento cumplía todos los requisitos legales.

"¿Irse?", dijo Dan'l, zarandeándolo otra vez. "Aún estoy por decidir qué voy a hacer con usted. Ha pagado las costas del caso pero no lo que me debe a mi. Creo que lo llevaré conmigo a Marshfield", dijo algo meditativo. "Tengo un carnero allí de nombre Goliat que

puede derribar una puerta de hierro. Me gustaría dejarlo a usted suelto en su prado y ver qué haría".

Bien, al oír esto el forastero empezó a rogar e implorar. Y rogó e imploró con tanta humildad que finalmente Dan'l, que tenía un buen corazón, accedió a dejarlo marchar. El forastero parecía profundamente agradecido y se ofreció, en prueba de su amistad, a adivinar el futuro de Dan'l antes de irse. Dan'l aceptó la oferta aunque normalmente no creía demasiado en los adivinos.

Naturalmente, el forastero era algo distinto. Bueno, pues husmeó y escudriñó las líneas de la mano de Dan'l. Y le dijo cosas que en conjunto eran substanciales pero que pertenecían al pasado.

"Sí, todo eso es cierto y ocurrió", dijo Dan'l Webster, "¿Pero qué pasará en el futuro?"

El forastero sonrió abiertamente, feliz, y negó con la cabeza. "El futuro no es lo que usted piensa", dijo. "Es sombrío. Tiene usted una gran ambición, Sr. Webster".

"Así es", dijo Dan'l Webster con firmeza ya que todo el mundo sabía que quería ser Presidente.

"Está casi al alcance de su mano", dijo el forastero, "pero no lo conseguirá. Hombres de menor talento llegarán a Presidente pero usted no".

"Y si así es, aún seré Dan'l Webster", respondió Dan'l. "Siga".

"Tiene usted dos hijos fuertes", dijo el forastero moviendo la cabeza. "Espera usted fundar una estirpe. Pero los dos morirán sin alcanzar la gloria".

"Vivos o muertos, son mis hijos", contestó Dan'l Webster. "Siga".[20]

"Ha dado usted grandes discursos", dijo el forastero. "Dará muchos más".

"Ah", dijo Dan'l Webster.

"Pero el último gran discurso le enemistará con muchos de los suyos", dijo el forastero. "Le llamarán Ichabod, le llamarán cosas peores. Incluso en Nueva Inglaterra dirán que ha cambiado de chaqueta y vendido su país, y sus voces se alzarán contra usted hasta que muera".[21]

"Así que será un discurso honesto, digan lo que digan", replicó Dan'l Webster. Miró entonces al forastero y sus miradas se enzarzaron.

"Una pregunta", dijo. "He luchado por la Unión toda mi vida. ¿Veré cómo se gana esa lucha contra los que quieren destrozarla?"

"En vida no", contestó el forastero con aire lúgubre, "pero se ganará. Después de que usted muera, miles lucharán por su causa y será por las palabras que usted pronunció".[22]

"Muy bien, entonces, escuálido, larguirucho, carilargo adivino de pacotilla y usurero", dijo Dan'l Webster con una gran risotada, "¡lárgate a tu casa antes de que te use como diana! ¡Por las trece colonias originales!, iría al Infierno para salvar la Unión!"

Y cogió impulso para propinar una patada que habría aturdido a un caballo. Le dio al forastero tan sólo con la puntera pero aún así salió volando por la puerta con su caja de especímenes bajo el brazo.

"Y ahora", dijo Dan'l Webster, viendo que Jabez Stone empezaba a despertar de su síncope, "veamos qué queda en la jarra porque tengo la garganta seca de hablar toda la noche. Espero que haya tarta para desayunar, Vecino Stone".

Dicen que siempre que el Diablo se acerca a Marshfield, incluso ahora, pasa de largo. Y no ha sido visto en el estado de New Hampshire desde ese día hasta la fecha. No sé si ese es el caso en Massachusetts o Vermont.

Notas

NOTA: Daniel Webster (1782-1852) fue un brillante abogado y orador que, tras ser congresista y senador, llegó a Secretario de Estado (1841-43) en el Gobierno del Presidente William Henry

Harrison. Webster hizo a la largo de su carrera política una defensa a ultranza de los valores nacionalistas de la Unión y se pronunció en contra del sistema de esclavitud y de los intentos de segregarse de los estados americanos del sur. No vio, sin embargo, cumplida su ambición de llegar a Presidente pese a que lo intentó en tres ocasiones. Murió a consecuencia de las heridas recibidas al caer de su caballo. Los hechos que el Diablo profetiza en este cuento son parte de su biografía real.

1. Los tres son estados de Nueva Inglaterra, la región fronteriza con Canadá en el extremo nororiental de los Estados Unidos.
2. Localidad de Massachusetts donde Webster vivió los últimos años de su vida y donde está enterrado.
3. Al parecer los habitantes de este estado tienen cierta fama de ser buenos vecinos, taciturnos, frugales, estoicos... y testarudos.
4. Y por lo tanto, cauto y parco en palabras según se supone de las gentes de ese estado.
5. El Diablo, muy fino él, usa la palabra de origen francés 'contretemps' que el menos culto Jabez entiende como 'contertan', vocablo que carece de sentido alguno.
6. John C. Calhoun (1782-1850), brillante político sureño que llegó a ser Vicepresidente de los Estados Unidos en dos ocasiones. Pese a que sus ideas tendían a la defensa de la Unión, a diferencia de Webster defendía el derecho de los estados a ignorar la ley federal incluyendo la legislación contra la esclavitud, institución que siempre defendió.
7. Una bella región montañosa de New Hampshire en torno al monte Grand Monadnock, uno de los más populares entre los escaladores americanos.
8. La Unión estaba dividida en dos bloques de once estados cada uno, según fueran esclavistas o libres, y la petición de Missouri de sumarse a ella amenazaba con romper el equilibrio de modo que se hizo condicional a la abolición de la esclavitud en su territorio. Por el Compromiso de Missouri (1820-1), sin embargo, se aceptó la entrada del estado esclavista de Missouri en la Unión junto a la del estado libre de Maine, con lo cual se mantuvo el frágil equilibrio original hasta que se rompió en 1854 con la entrada de nuevos estados.
9. El 'Viejo Scratch' es un apodo que Satán recibe aún hoy en el sur de los Estados Unidos. Irónicamente, el apodo proviene, de hecho, del noreste, es decir, de Nueva Inglaterra, donde se usó en el siglo XIX tal vez imitando su uso en la Inglaterra del siglo XVIII. 'Scratch' significa 'arañar' pero es más probable que el apodo del Diablo se refiera al vocablo del Inglés Medio (entre el siglo XI y el XVI) 'scrat', que designa a un duende o demonio hermafrodita y que tiene origen escandinavo.
10. Webster se refiere a la guerra entre los Estados Unidos de América y Gran Bretaña, librada entre 1812 y 1814, la primera gran guerra librada por EEUU y la última entre la nueva nación y su antigua colonizadora. La guerra acabó en un empate técnico teniendo en cuenta que no hubo avances territoriales por uno u otro bando pero llevó a fijar en 1818 por medios diplomáticos el paralelo 49º como frontera entre los EEUU y Canadá, entonces en manos británicas.
11. Capitán Walter Butler (1752-1818). Oficial americano del regimiento comandado por su padre, John, leal a Gran Bretaña durante la Guerra de Independencia americana. Capturado y condenado a muerte, escapó y lideró a sus Rangers en el ataque contra el pueblo de Cherry Vale (1778), donde los soldados y fuerzas nativas a cargo del Mohicano Joseph Brant masacraron a la población.
12. Simon Girty (1741-1818). Americano de origen irlandés que tras pasar unos años prisionero en manos de los indios Secona se convirtió en intérprete entre las tribus y, según las circunstancias, los ingleses o los americanos, siendo visto como traidor por unos y otros. Cruel y pragmático, llegó a liderar ataques indios si bien los propios nativos acabaron desconfiando de él al darse cuenta de la creciente supremacía blanca.
13. Rey Felipe (1639?-1676) era el apodo dado por los ingleses a Metacom, jefe tribal de los Wampanoag, que lideró la rebelión contra la ocupación de Nueva Inglaterra conocida como Guerra del Rey Felipe (1675-6). Metacom fue capturado y decapitado y su ejecución puso fin a la resistencia india.
14. El Gobernador Thomas Dale (fallecido en 1619) rigió con mano dura la colonia de Virginia en 1611 y entre 1614-6 en nombre de la London Company. Pese a su crueldad Dale le dio

prosperidad a la colonia y retornó a Inglaterra en compañía de la hoy famosa Pocahontas y su esposo inglés John Smith.

15. Thomas Morton de Merry Mount (1576?-1624). Comerciante y abogado inglés que fundó el pueblo de Merry Mount ('Monte Alegre') y ofendió con su filosofía hedonista y sus prácticas relajadas a sus adustos vecinos puritanos de Plymouth, tal vez ofendidos también por su éxito en el comercio de pieles que pretendían monopolizar.
16. Edward Teech o Teach, apodado Barbanegra, era un pirata inglés activo en el Caribe y Norte América (1716-8). Su base de operaciones estaba en Carolina del Norte, estado gobernado por su cómplice, Charles Eden. El pirata murió a manos de una fuerza expedicionaria enviada por Virginia.
17. El Reverendo John Smeet no parece haber dejado otro rastro que el del cuento de Benet. Es posible que el autor usara una grafía incorrecta para el nombre.
18. El General Benedict Arnold (1741-1801), amargado por el poco reconocimiento que habían recibido sus éxitos durante la Guerra de Independencia americana y por la hostilidad de las autoridades civiles (llegó a enfrentarse a un consejo de guerra por sus disputas), acordó entregar West Point al Gobernador inglés de Nueva York a cambio de dinero y de un puesto como oficial en el ejército británico. La captura del espía John Andre, a la que se refiere Irving en "La leyenda...", puso al descubierto su traición y forzó a Arnold a exiliarse.
19. El Juez de Paz John Hathorne (1641-1717) y su colega Jonathan Corwin, ambos hombres muy religiosos, llevaron los interrogatorios de los acusados de brujería en los juicios de Salem (1692) que Hathorne presidió y que acabaron con la ejecución de 19 personas. Su nieto, el reputado escritor Nathaniel Hawthorne, añadió una 'w' al apellido familiar para intentar disimular la conexión con su severo y fanático antepasado.
20. Los dos, efectivamente, murieron, uno de ellos en la guerra entre los Estados Unidos y Méjico (1846-8).
21. Ichabod, el nombre bíblico del protagonista de "La leyenda de Sleepy Hollow" significa 'sin gloria'. El último gran discurso de Webster, pronunciado el 7 de Marzo de 1850 ante el Senado, promovía un acuerdo por el cual el Norte debería abandonar sus ambiciones abolicionistas y el Sur moderar sus ansias secesionistas. Webster buscaba prolongar así el equilibrio alcanzado tras el Compromiso de Missouri, alterado por los nuevos territorios ganados a Méjico tras la guerra del 46. El conjunto de leyes conocidas como el Compromiso de 1850 fue un parche que no consiguió resolver el conflicto que estallaría en la Guerra Civil (1861-5) y que afectó negativamente la reputación Unionista de Webster.
22. Webster murió en 1852, nueve años antes del estallido de la Guerra Civil.

STEPHEN VINCENT BENET, "El Diablo y Daniel Webster" (1937).
WILLIAM DIETERLE, *El hombre que vendió su alma* (T.O.: *The Devil and Daniel Webster*, 1941). Guión de Dan Totheroh y Stephen Vincent Benet. RKO. Blanco y negro. 106 mins.

Desconocido en España, Stephen Vincent Benet o Benét (1898-1943) fue un ilustre escritor estadounidense que destacó, sobre todo, en el campo de la poesía. Su obra en este género le hizo merecedor en dos ocasiones del Premio Pulitzer: la primera por su poema épico sobre la Guerra Civil americana *John Brown's Body* (1929) y la segunda por otro texto épico, en este caso sobre la conquista de la frontera, *Western Star* (1944), que recibió a título póstumo.

Benet era hijo de un militar cuyos pasos habría seguido de no ser haber sido declarado inútil para el servicio a causa de las limitaciones de su vista. Del padre heredó también la pasión por la lectura, pasión que le llevó a publicar su primer libro de poemas a los 17 años y a graduarse en Yale con su tercer libro del mismo género como tesis de *master*. Al tiempo que iniciaba su carrera como novelista a principios de los años 20, Benet continuó sus estudios en París, ciudad donde conoció a su esposa y colaboradora literaria Rosemary Carr. La pareja

residió de nuevo en Francia entre 1926 y 1930, regresando a su patria tras recibir Benet su primer Pulitzer e ingresar en el National Institute of Arts and Letters. En los años 30 Benet se dedicó a retratar el espíritu americano en, por ejemplo, *A Book of Americans* (1933, escrito con su esposa) o *Thirteen O'Clock* (1937), el volumen donde apareció "El Diablo y Daniel Webster" tras ser publicado en *The Saturday Evening Post* y ganar el O. Henry. También en los años 30, Benet escribió el libreto de *The Headless Horseman* (1936), una ópera de un acto con música de Douglas Moore basada en "La leyenda de Sleepy Hollow" de Washington Irving. El dúo Moore-Benet produciría también una ópera corta basada en "El Diablo..." (1939).

En los años 40 Benet escribió además guiones para la radio y para el cine, entre el que se cuenta el de la adaptación del cuento sobre el insigne Daniel Webster para el cine. *The Necessary Evil* (1925, George Archainbaud) había sido la primera película en adaptar su obra, en este caso el relato "Uriah's Son". Otro cuento suyo, "The Sobbin' Women" sirvió de inspiración para el famoso musical *Siete novias para siete hermanos* (1954, Stanley Donen) y algunos más se encuentran repartidos entre el cine y la televisión.

"El Diablo y Daniel Webster" es un relato altamente representativo de lo que los estadounidenses llaman 'americana', es decir, el conjunto de objetos y textos relacionados con la Historia y la nacionalidad americana. Aunque no es imprescindible para disfrutarlo saber de antemano quién era Daniel Webster el cuento sin duda se saborea más a fondo si se aprecia la ficcionalización que en él realiza Benet de esta notable figura de la Historia norteamericana. De hecho, todo el relato se articula en torno a la idea de que sólo un orador tan sobresaliente como Webster podría derrotar al Diablo en un juicio, si bien, a diferencia de la película, el relato acaba resumiendo más que reflejando la perorata de Webster ante su insólito jurado. "El Diablo..." pertenece por otra parte a la tradición del relato fáustico, es decir, a la ficción que narra lo que le sucede a un humano que pacta con el Diablo la venta de su alma y que tiene como ejemplos más sobresalientes la obra de teatro de Christopher Marlowe *La trágica historia del Dr. Fausto* (1589, 1592) y el poema dramático de Johann Wolfgang von Goethe (1808, 1830), *Fausto*. En el cine el tema ha dado entre otras películas memorables como *La semilla del Diablo* (Roman Polanksi, 1968, según novela de Ira Levin), *El corazón del ángel* (1987, Alan Parker, según novela de William Hjiortsberg) y *Pactar con el Diablo* (1997, Taylor Hackford, según novela de Andrew Niederman).

El relato de Benet se organiza sobre cuatro ejes que varían en distintos sentidos en la película: la mala suerte que lleva al granjero Jabez Stone a vender su alma a Satán; las peculiaridades locales de las gentes de Nueva Inglaterra; la figura de Daniel Webster, asociada al tema de su ambición nunca satisfecha de alcanzar la Presidencia de los Estados Unidos y la intervención del Diablo en la Historia americana. Lejos del tono trágico de los ejemplos de pacto fáustico mencionados, el relato de Benet tiene tintes cómicos, no exentos de un cierto pesimismo. La mala suerte que aqueja a Jabez Stone es hiperbólica y le da motivos más que suficientes para sentirse abandonado de la mano de Dios. En todo caso, su invocación al Diablo y la venta de su alma son en parte accidentales y en parte producto de su cabezonería, típica según Benet de las gentes de New Hampshire, estado a costa del cual se urde la broma que sostiene la comicidad del texto. Es por no retractarse de su palabra que Stone se ve en la peliaguda situación de tener que ir al infierno, situación que no es más que una excusa para el lucimiento de Webster ante el Diablo, lucimiento moderado por el hecho de que, a diferencia de lo que Webster cree, el Diablo dice ser tan americano como él, sino más. Y aunque Webster gane el juicio al que Stone se ve sometido por la propiedad de su alma conmoviendo al jurado de grandes pecadores contra el pueblo americano con un discurso sobre la libertad del americano medio para escoger condenarse o no, su propia desmedida ambición política es signo inequívoco de que el Diablo de la vanidad domina a todas las grandes figuras americanas sean del signo que sean.

La adaptación de 1941, estrenada en España en 1945, es una película muy poco conocida que en su momento funcionó bien entre la crítica pero no demasiado en taquilla. Vista hoy sorprende que ése fuera el caso ya que es una cinta simplemente encantadora, muy en la línea del Capra de *Juan Nadie* (1941) y con memorables interpretaciones de Walter Huston como el Diablo, Edward Arnold como Daniel Webster y la guapísima Simon Simone –que protagonizaría al año siguiente *La mujer pantera*- como la tentadora Belle. La película cuenta además con música del ilustre Bernard Herrmann, compositor habitual de Alfred Hitchcock, y edición de Robert Wise, que llegaría a ser un director de larga y variada carrera.

Aunque se puede decir que es una adaptación notablemente fiel al original –cosa poco sorprendente si pensamos que el propio Benet firmó el guión junto a Dan Totheroh- la película de William Dieterle difiere del cuento sobre todo en la caracterización de Jabez Stone y en el discurso subyacente sobre la comunidad y el individuo. El guión refuerza además la presencia femenina que en el cuento se limita a la mención de la esposa de Jabez, ignorante de sus tratos con el Diablo pero beneficiara indirecta de los mismos al compartir el creciente éxito del esposo. En la película Jabez (James Craig) vive inicialmente pobre pero feliz con su imponente madre (Jane Darwell) y su bonita y humilde esposa Mary (Anne Shirley). Tras el pacto con el socarrón Sr. Scratch Jabez se deja seducir por la nueva criada Belle –aparecida el mismo día del nacimiento de su hijo primogénito- y llega a compartir una suntuosa casa con ella aún estando casado con la sufrida Mary, que le perdona todo por amor. Es ella quien mantiene a Daniel Webster, amigo circunstancial de los Stone, al tanto de la decadencia moral de su esposo. Jabez falla no sólo como esposo y padre sino también como vecino. Incluso antes del pacto rechaza formar parte de la mutua fundada por sus vecinos agricultores para protegerse de los malos tiempos y aunque su adorado Webster trabaja en el Senado a favor de proteger a los granjeros de las garras de los usureros como su vecino Stevens el propio Jabez acaba atrapando en sus ávidas garras a toda la región. Es por ello que la película acaba con una doble imagen de reconciliación familiar y comunal en una gran mesa de desayuno provista de la comida sencilla y rica cocinada por la madre de Jabez y presidida por Daniel... antes de que el Sr. Scratch, sonriendo pese a su derrota en el juicio, mire a los ojos del espectador buscando su nueva víctima.

Hay que señalar que hay dos versiones más del cuento. *The Devil and Daniel Mouse* es una película de dibujos animados dirigida por Clive A. Smith para la televisión en 1978 en la que una pareja de ratones cantantes de folk se ven en apuros cuando ella vende su alma al Diablo para ser una estrella del rock. Lamentablemente la versión de 2001 para cine, *The Devil and Daniel Webster*, dirigida por el actor Alec Baldwin y basada en la obra de Archibald Macleish que adapta el cuento de Benet no verá nunca la luz al no haberse acabado por problemas de financiación durante la post-producción. Es una pena ya que el trío protagonista con el propio Baldwin (Stone), Anthony Hopkins (Webster) y Jennifer Love Hewitt (el Diablo) prometía.

El libro *Siete Relatos Góticos: Del Papel a la Pantalla* fue publicado en 2006 por Ediciones Jaguar (Madrid) dentro de la colección «La Barca de Caronte», dirigida por Antonio Ballesteros. El texto publicado lleva el ISBN: 84-96423-25-5 y el Depósito Legal M 12.044-2006, y tiene originalmente 240 páginas. Está actualmente descatalogado.

Pongo aquí a disposición del lector el texto (exceptuando el prólogo de Antonio Ballesteros) con mi propia edición, una vez obtenido el permiso escrito de la editorial para su difusión en formato digital y sin ánimo de lucro. No he hecho más retoques que la corrección de un par de palabras incorrectamente escritas.

Sara Martín Alegre
Sara.Martin@uab.cat
Barcelona, Febrero 2014